Fray Mocho
REVISTA SEMANAL



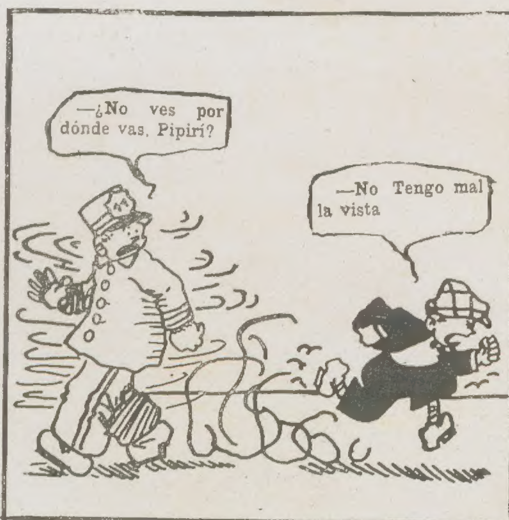


"Don Santiago Liniers y Beremont"

12 de agosto de 1806 — 12 de agosto de 1927

N.º 798

AVENTURAS DE PIPIRI







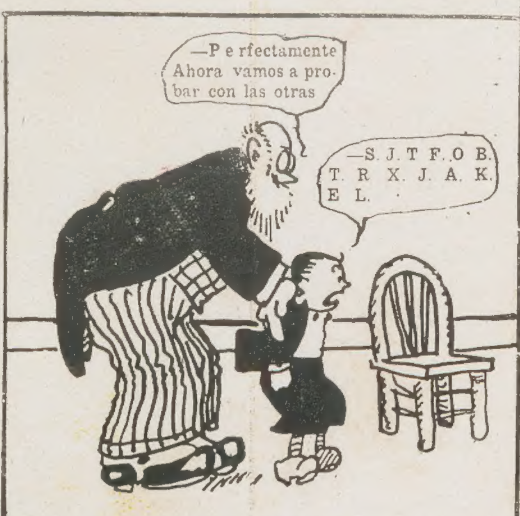


















FRAY MOCHO

Fundado el 3 de Mayo de 1912. Redaccion y Administración. BOLIVAR 879

Año XVI Buenos Aires, Agosto 9 de 1927 N.° 798

Macanitas, por Rojas



—¡Qué erupción la del Vesubio! ¡Es formidable!
—¿Y la que me ha salido en la cara? ¿No me dices nada?

—La silla eléctrica donde se sientan los condenados a muerte en los Estados Unidos, ha sido corregida quitándosele una especie de plataforma donde descansaban las piernas. Ahora es como una silla corriente y dicen que se está muy cómodo sentado.
—Prefiero estar de pie.



—El niño de Pérez no crece. Se ha quedado muy bajito.
—Es que ahora, como fin de estación, está todo muy rebajado.



—El vaporcito "Honora", de matrícula argentina, embistió en la Boca a la lancha "Sam", poniéndola a la miseria.
—¡Para boca a la miseria, la que yo tengo!



—¿Por qué has borrado la firma de Murillo a este cuadro y le has puesto el de Juana González?
—Porque como pienso quebrar, lo he puesto todo a nombre de mi mujer.

MI AMIGO ADRIAN

Por Boy

En la estación de Las Piedras he tomado el tren nocturno que baja de Rivera y al momento he encontrado un viejo amigo con quien he sostenido un diálogo que puede interesar a los lectores. Lo inauguró el viajero de Rivera diciendo:

—Ya se habrá usted enterado de la desgracia del pobre Adrián. Una mañana apareció ahogado junto a unos arbotantes del muelle de Montevideo.

Eso supe. Pero me extraña el misterio en que todo quedó envuelto. ¿Usted cree que fué un suicidio?

—Sí. No cabe duda.

—Pues a mí me cuesta creerlo, porque el suicidio en el caso de ese hombre, como punto final de su existencia, resultaría una moraleja verdaderamente horrible. Yo apreciaba de veras a Adrián. Le conocí en Minas, hace doce o trece años, trabajando en el almacén de Ramiro, un valenciano muy alto, muy listo y muy simpático que también ha muerto hace poco. En aquel establecimiento se trabajaba de una manera brutal. Ocupaba con la barraca media manzana y andábamos continuamente de un lado a otro, llevando al hombro enormes cajones de fideos, fantásticos postes de ñandubay, toneles llenos de alquitrán y grandes sacos de azúcar, que solían pesar hasta ciento veinte kilos. Nos levantábamos al amanecer, nos acostábamos a la una de la madrugada y dormíamos desparramados por el almacén, sobre los mismos catres que luego se vendía a los paisanos en una atmósfera contaminada de petróleo, pimentón y grasa de caracú. Los domingos cerrábamos a medio día y nos pasábamos la tarde fabricando Oporto con garnacha y vino seco, y llenando latas de aceite de oliva con aceite de algodón. Como la casa vendía mucho, casi toda la población se hallaba enferma del estómago. Ramiro tenía tan infiltrada en su organismo la vocación mercantil que hasta las cosas de su uso individual las consideraba cosas de lance. Vendía su reloj, su sombrero, su guardapolvo, sus botines, hasta la colcha de su cama. Dicen que cuando murió dejó algo más de medio millón de pesos. Yo no pude aguantar aquella vida más que ocho meses, porque el dolor de los huesos me duraba de un día para otro, y al cabo tuve que darme por vencido. Adrián, que solía sorprenderme durante el almuerzo leyendo libros de Diderot, de Chateaubriand, de Larra y del padre Balmes, me decía con cierta congoja:

—Esta vida no se ha hecho para usted.

—¿Por qué? — le preguntaba yo. ¿Por qué me quejo de los huesos?

Y él me respondió:

—No. Los huesos se acostumbran poco a poco. Lo que no se acostumbra es otra cosa.

Adrián tenía razón. Pero cuando quise marcharme sintió verdadera pena y me decía para disuadirme:

—No se vaya usted, muchacho. Yo le aseguro que si se queda, antes de cinco años tendrá la base de un capital, y cuando hayan pasado otros diez años habrá juntado más de cien mil pesos.

Y también en esto tenía razón Adrián. Tanto la tenía, que ya ve usted: a los tres o cuatro años de haberme yo marchado de Minas se separó él de Ramiro para poner otro almacén, creo que en Nico Pérez, y de allí se fué a Rivera, donde estableció otra casa de comercio, y antes del plazo fijado contaba ya con un capital de ciento veinte mil pesos. En Montevideo, cuando venía a hacer las compras, yo solía encontrármelo por la calle, nos metíamos en un café y me hablaba de sus negocios con entusiasmo. El hombre se había comprado un fastuoso reloj con una enorme cadena de oro macizo, que describía dos curvas sobre el chaleco, un anillo con una piedra como un garbanzo y un alfiler de corbata, que era una gran herradura cargada de brillantes. Como yo no tenía nada y él me apreciaba sinceramente, al encontrarse conmigo se abotonaba la ropa y escondía la mano del garbanzo en un bolsillo para no apabullarme moralmente con aquellas manifestaciones de su poderío. Luego me golpeaba un hombro y exclamaba:

—¿Se acuerda usted ahora de lo que yo le decía? Creo que usted cometió una gran bobada cuando se nos marchó de casa de Ramiro.

Pero fué al principio. Pasaron dos o tres años y un día que lo encontré me dejó desconcertado, porque me dijo de pronto:

—¡Qué feliz debe ser usted escribiendo sus artículos!

—Nunca tanto como usted — le respondí — contando sus buenos pesos. ¿Cuántos ha juntado ya?

—No lo sé. ¡Una barbaridad!

—¡Caramba, amigo!

—Pues con todo eso, aquí me tiene sin saber qué hacer. Soy un desgraciado.

—¿Por eso?

—Por eso.

—Pues reparta su dinero entre los amigos. Aquí estoy yo, por ejemplo.

—De buena gana lo haría; pero tendría que ser con una condición que usted no aceptaría de ningún modo.

—Hable usted. Me interesa el asunto.

—No — concluyó Adrián, dándome la mano. — Es usted demasiado idealista.

Y pronunció estas palabras sonriendo con una mueca que verdaderamente me dejó helado. No lo entendí. Yo no sabía que por aquellos días Adrián había andado allá en Rivera, ofreciendo dinero para que lo matasen. Aquello debe estar lleno de idealistas. Dicen que hay un farmacéutico a quien llegó a ofrecerle un cheque firmado en blanco para que un día, en cualquiera de las recetas que le mandaba preparar, le introdujese un veneno que lo quitase del mundo, sin saberlo él. La cuestión era esa: comprar cómodamente la muerte con el dinero que había ganado vendiendo la vida.

—Estaba loco.

—No sé. Lo que sé es que a los pocos meses volví a encontrármelo en la plaza Independencia y volvió a decirme que seguía sin saber qué hacer. Esto era un sábado. Cuatro días después, un miércoles, la policía dió cuenta de lo que usted me dice: que cerca de uno de los malecones de la dársena acababa de aparecer el cadáver de un hombre que no había sido posible identificar. Lo enterraron. Luego, se supo que era el de Adrián, porque empezaron a llegar noticias de Rivera sobre la desaparición del pobre hombre, y entoces desenterraron el cadáver y pudo verificarse la identificación.

—A usted ¿qué le parece? ¿Encontraría en Montevideo el asesino que buscaba?

—Hay dos detalles que inducen a sospechar que lo encontró: primero, su probada repugnancia a suicidarse por acto propio; segundo, que según el encargado de su establecimiento, lo único que trajo de Rivera fué el reloj y un rollo de billetes que sumaban unos mil quinientos pesos. Adrián no se hospedó en ninguna parte ni efectuó pago alguno en ninguna de las casas con las cuales tenía relaciones. Sin embargo, ni el reloj ni los mil quinientos pesos aparecieron en sus bolsillos cuando sacaron del agua el cadáver.

—Es verdad. Aquello debió ser algo espantoso.

—Más que por nada, por la moraleja.

—Que prueba que entre la gente de la capital se encuentran ciertos bandidos que no los hay en campaña.

—Cierto. Pero crea usted que el mundo sería muy tolerable si la muerte de Adrián no probase más que eso.

¡AUSENTE!

Tierra adorada, tierra querida,
de mis amores la preferida,
a cuyas plantas murmura el mar,
valiosa joya que fué escogida
como gallarda perla oriental.

Ya de tus playas lejos me veo,
y en vano el alma como el deseo
a todas horas piensan en ti,
que hasta en mis sueños mirarte creo,
sin que me dejes de sonreír.

En estas horas crepusculares
oigo los ritmos de tus cantares,
como argentina lejana voz,
como un consuelo de los pesares
que me destrozan el corazón.

Flota el recuerdo siempre querido
de aquel mi alegre dorado nido,
donde los años sentí pasar,
donde los besos he recibido
de dulce y bella felicidad.

La paz hermosa de mis verjeles,
donde a la sombra de mis laureles,
amantes ecos al viento di,
donde cercado de amigos fieles
no tuve miedo del porvenir.

Como en los prados nacen las flores
nacieron goces de mis amores
entre mis sueños de juventud,
siempre alumbrado por los fulgores
de aquel brillante sol andaluz.

De esos amores fueron primicias
las más espléndidas gratas delicias
que vida han sido del corazón
y aun al recuerdo de esas caricias
culto le ofrezco de inmenso amor.

Mientras que el cielo me otorgue vida
de tu recuerdo, patria querida,
sumiso esclavo siempre he de ser,
lo guarda el alma que nunca olvida
y es su sagrario mi propia fe.

Narciso DIAZ de ESCOBAR.

¡Cada cual lo suyo!...

Por Francisco Caravaca

Hasta que el convoy llegó a la estación de X, había realizado el viaje absolutamente solo en mi departamento, lo cual no había dejado de producirme cierto vago reparo, mezcla de terror, dado lo verdaderamente largo de este viaje, por comarcas erizadas de peligros naturales, e infestadas de foragidos que en más de una ocasión habían asaltado el convoy.

Por ello me causó alegría cuando, después de varios segundos de espera en aquella estación, a donde llegamos a las dos de la madrugada, se abrió la portezuela de mi departamento, y un viajero penetró en él, dándome cortésmente las buenas noches.

El viajero, un señor alto y delgado, de afable fisonomía, comenzó a colocar sus bártulos, bastante pesados, en la rejilla de mimbre, y después de realizada esta operación tomó asiento frente a mí.

Yo llevaba muchas horas de viaje, solo en aquel departamento, sin tener nadie con quien charlar; esa necesidad tan imperiosa de toda persona que se halla mucho tiempo sola, y que siente el comezón de la expansión de comunicar a alguien sus impresiones.

No es de extrañar por ello que yo, amparado en la bondad que revelaba el rostro de mi nuevo compañero, tratase hábilmente de buscar el tan deseado intercambio de ideas.

Para ello era necesario un pretexto, un motivo, por fútil que fuese, que aunase el hilo de nuestra charla. Busquélo afanosamente durante un buen rato, mientras el convoy rodaba por los obscuros campos y nosotros cabeceábamos soñolientos.

Hallar un motivo, aun cuando sea baladí, para lograr ese contacto mental, que en mí era tan necesario, me pareció en aquella ocasión algo dificilísimo, un horrible escollo, contra el cual se estrellaba toda mi oratoria, toda mi elocuencia de diplomático sagaz, que sabía hablar a tiempo, aunque desconociera tal vez lo que aun es más importante y trascendental: callar a tiempo.

Pero entonces no se trataba de callar — que harto tiempo llevaba sin abrir la boca — sino de hablar y de hacer hablar.

¡Dios mío, cuántos apuros pasé para necontrar esa frase acertada, esa expresión lisonjera que lograse romper el mutismo del compañero!... Pero al fin la hallé, y bien tontamente, por cierto; no podré nunca lisonjearme de decir que fué de una manera original como conseguí mi propósito.

Saqué la petaca de mi bolsillo, y lentamente, puesta la mirada en el rostro del impasible viajero, empecé a cargar mi pipa.

Al tiempo de encenderla, dulcificando cuanto pude mi voz y mi gesto, dije al señor aquel:

—?A usted le molesta, caballero?...

—En absoluto — respondió con un laconismo enteramente espartano. Realmente, no se podía decir nada más concreto, expresivo y eminentemente cortés. Confieso que mi primer tentativa me desencantó por completo. Pero ya había sido lanzada la primera piedra, y quise probar fortuna nuevamente.

—¡Esta maldita costumbre!... ¡Si a usted le molesta, dígalo sin reparos!... Y a propósito, no le he ofrecido tabaco. ¡Perdone usted la descortesía! ¿Quiere usted llenar su pipa?... — exclamé gozoso, tendiendo mi bolsa de cuero, que mi acompañante rehusó muy, cortés diciendo con aquella su abrumadora brevedad:

—¡Muchas gracias, caballero!

Completamente defraudado por el resultado de mi segunda intentona, decidí no insistir, y reclinando la cabeza contra el respaldo del asiento, me dispuse a dormir, si bien

Aquello me pareció incorrecto, y hasta me ofendió un poco. Delicadamente se lo dije. El viajero sonrió y me contestó muy afable:

—No se ofenda. No es desprecio, ni mucho menos, sino que yo profeso una teoría que a usted le parecerá algo extraña, que consiste en usar y gastar siempre de lo mío. Esta teoría tiene algo de la seriedad inglesa y de la rigidez teutona. Mi lema es: "Cada cual lo suyo", de modo que no lo tome usted a mal.

Me pareció un verdadero milagro que mi interlocutor hubiese he-



—¡No me agarre usted del brazo, por favor! ¿Qué iba a decir a mamá si nos viese así?
—Cualquier cosa... que iba usted con su hermano.

lanzando grandes bocanadas de humo de mi pipa, con el muy sano propósito de molestar al viajero.

Pero, ¡cuál no sería mi sorpresa cuando apenas si habían transcurrido dos minutos de mi generosa oferta, vi que el viajero sacaba un puñado de tabaco negruzco y empezaba a llenar su pipa, con la delectación de un sibarita!

cho aquel derroche de palabras, y como al mismo tiempo su teoría no me gustó ni pizca, y yo lo que quería era seguir conversando, le dije:

—Perdone; pero su teoría me parece atrozmente egoísta. No estoy de acuerdo con ella... ¡Tal vez modificada!...

—No; nada de eso. No es egoísmo; es rectitud. Esta teoría no se puede modificar.

—¿Por qué? — pregunté.

—Porque en ella no caben términos medios. "Cada cual lo suyo".

—Está bien — dije; y variando de parecer decidí callarme, y allá se las entendiese mi viajero con sus teorías anglosajonas.

Había transcurrido cerca de una hora, lo cual quiere decir que eran las tres de la madrugada, cuando llegamos a una estación en la cual el convoy paraba unos quince minutos.

Bajé al andén para estirar un poco las piernas, y mi compañero de viaje hizo lo propio. La noche era fría, y como no se podía parar en el andén, me encaminé al restaurante. Mi acompañante hizo lo propio, y dentro de la sala del restaurante de la estación nos encontramos.

—Una copa de coñac — pedí yo.

—Una copa de coñac—pidió él.

Nos bebimos las copas, respectivamente; otras, otras, total, tres copas, y yo hundí la mano en mi bolsillo y dije al mozo tirando una moneda sobre el bufete.

—¡Cóbrelo todo!

—Perdón — oí que me decía una voz a mi lado; y una mano me cogía el brazo. — "Cada cual lo suyo"...

Guardé silencio.

De nuevo en el interior del departamento, mi acompañante, habiendo desaparecido el gesto afable y confiado de su rostro, y después de mirar largo rato por la ventanilla, me dijo:

—Oígame caballero. He oído decir que estas comarcas que atravesamos están asoladas de bandidos, que a veces asaltan los convoyes para robar y matar a los viajeros. Lo he oído en el andén. ¿Será cierto?... Es la primera vez que viajo por esta línea, y como llevo valores...

—En efecto; es triste, pero es cierto. Los atracos son muy frecuentes. Hace cosa de un mes hubo el último. Hubo víctimas...

—¡Diavolo! — exclamó, dándome a entender que era italiano, mi compañero de viaje.

Después de esto, ambos guardamos silencio, y poco rato después yo dormía profundamente. No así mi compañero, que, embargado de sus temores, ni cerraba un ojo, y escudriñaba sin cesar las negruras de la noche, mirando al través de la ventanilla.

Le miré asustado, y ví que estaba lívido.

—¿Ha oído usted?... — me dijo con temblores de una cosa que no era miedo, sino pánico. — ¡Han asaltado el convoy!...

En efecto; a los pocos momentos, el convoy disminuyó la marcha y se paró. Sonaron confusos ruidos de gritos, de lamentos, de protesta de los viajeros, que se resistían a desalojar sus bolsillos, y de los golpes de las culatas de las carabinas de los bandidos que se acercaban.

—¡Estamos perdidos! — exclamé más muerto que vivo.

—¡Ah, caballero! ¡Sálveme usted de este gran peligro! ¡Tengo cinco hijos!...

—¿Que le salve? ¡Ah!, "cada cual lo suyo".

EL VIAJE

(Versión de César A. Comet)

Viajero, di, qué significa el viaje?

Cuando de pronto me viera trasladado a la isla de Hong-Kong o de Granada, ¿qué haría? Una ojeada me revelaría todo el país y unos trazos hechos con el lápiz me conservarían el aspecto. Luego, pasado el primer movimiento, reanudaría mi ensueño de filosofía, mis éxtasis de poeta y mis meditaciones metafísicas.

¿Qué tierra sería bastante nueva para causar extrañeza a mi pensamiento? ¿Qué país existe del cual no pueda anticiparme su visión?

¿Qué región atraería mis miradas hasta el punto de apartarlas del cielo, y de que el cielo no apareciera en todas partes?

Siéntate, pues; levanta la cabeza hacia el cielo; mira y piensa.

Alfredo de VIGNY.

La montaña de cristal

(CUENTO JAPONÉS)

Por Tamara Frankowska

Sobre una alta montaña de cristal había un castillo de oro. Frente a él crecía un manzano, cuyos frutos eran de oro también. Y sólo quien cortara una de sus pomas podría entrar en el castillo.

En una sala con paredes de plata estaba escondida una bella princesa encantada. Poseía tesoros sin fin, escondrijos llenos de piedras preciosas y en los salones del castillo arcas rebosantes de monedas de oro.

En vano muchos galanes caballeros, jinetes en briosos corceles, intentaran subir a la montaña. Llegaban hasta su ladera y en ella caían. Algunos se quebraban los brazos o las piernas al caer. Otros perdían la vida. Tristemente, la bella princesa veía desde su ventana de oro las inútiles tentativas. Contemplarla daba a los caballeros nuevo valor. Venían de los cuatro extremos del mundo. Y ya hacía siete años que la princesa esperaba, en vano, a su libertador.

Muchos caballeros y corceles yacían en torno a la montaña de cristal. Muchos heridos, con los huesos rotos, agonizaban, quejándose. Era el flanco de la montaña, tan triste como un cementerio.

Cuando faltaban tres días para que se cumplieran los siete años, se presentó al pie de la montaña de cristal un caballero con brillante armadura de oro. Al galope de su caballo subió hasta la mitad de la ladera y bajó después sin que le pasara nada, dejando maravillados a cuantos le veían. Al día siguiente, al salir el sol, volvió a galopar con su caballo y subió de nuevo la resbaladiza pendiente con tanta facilidad como si en vez de cristal fuera de tierra. Los cascos del caballo hacían saltar chispas como diamantes. Con asombro le miraban los otros caballeros vencidos; ya está arriba; le miran otra vez, y está bajo el manzano. Pero de pronto un águila, que era la guardiana del árbol y del castillo, sacude sus grandes alas y golpea con ellas los ojos del caballo. El corcel se espanta; el miedo hincha sus narices, se le erizan las crines, se encabrita, resbala y cae rodando por la montaña, arrastrando al jinete, dejando huellas sangrientas en el cristal.

Del caballero y del corcel quedó sólo un montoncito de huesos que resonaban dentro de la armadura de oro.

La víspera de que se cumplieran los siete años llegó al pie de la montaña de cristal un joven estudiante. Era fuerte, alto y hermoso. Hacía un año, en su casa, oyó hablar de la priicesa encerrada en el castillo de oro, sobre la montaña de cristal. Decidido a libertarla se fué al bosque, mató a un lince y le cortó sus zarpas. Cuando llegó a la montaña de cristal y vió a tantos caballeros que caían y se herían o se mataban intentando subir, se puso en las manos y en los pies las largas uñas del lince y comenzó a subir sin miedo.

A mitad del camino se sintió muy cansado; la sed abrasaba sus labios y respiraba con fatiga. Pasó una nube negra y le rogó que siquiera le diese una gota de agua para refrescar su boca. Pero la nube negra se disipó y ni una sola gota de agua humedeció los labios del muchacho, ya resecos cual pergamino. Sus pies estaban ensangrentados, y sólo se detenía en la pendiente con las manos. El sol se ponía. El estudiante miró hacia cima de la montaña de cristal, para ver la distancia que aun le quedaba por subir; pero tuvo que levantar la cabeza tanto, que su sombrero se le cayó. Miró hacia abajo: su muerte le pareció segura si caía; tan grande era el abismo. Sentía el olor de los cadáveres de los jóvenes, audaces como él, que le precedieran y murieran en la empresa.

Cuando vino la noche, las estrellas alumbraron un poco la montaña de cristal. El muchacho estaba clavado en ella con sus manos ensangrentadas. Sin poder subir más, agotadas sus fuerzas, no sabía qué hacer, y sólo esperaba la muerte. Pero el sueño cerró sus ojos y, olvidado el peligro, se durmió. Como sus uñas estaban hincadas en el cristal, durmió hasta la media noche sin caer de la montaña.



ELLA. — ¡Cómo me recuerda usted el mar, Arturito!
EL. — ¡Alborotado, romántico, indómito!
ELLA. — No es por eso; es porque marea usted.

El águila que cuidaba el manzano de oro velaba por las noches en torno a la montaña de cristal. Apenas salió la luna voló del manzano, subió al cielo y vió al muchacho dormido. Creyéndolo un cadáver fresco, bajó para comerlo. Pero ya el muchacho había despertado, y viendo al águila resolvió servirse de eltla para salir de la montaña. El águila clavó sus garras en la carne del muchacho; pero él soportó el dolor y asió las patas del ave, la cual, muy asustada, lo levantó en alto y comenzó a dar vueltas alrededor de una torre del castillo.

Asido a las patas del águila con toda su fuerza, el estudiante miraba el castillo, que brillaba a la luz de la luna, las altas ventanas con vitrales de mil colores y la bella princesa que soñaba asomada al balcón de oro.

En una de las vueltas que daba el águila, al pasar rozando sobre el manzano, el muchacho desenvainó su puñal y cortó las patas del águila. El ave voló más alto, graznando de dolor y desapareció en las nubes, y el muchacho cayó en las ramas del manzano. Entonces se arrancó del cuerpo las garras del águila, puso una manzana de oro sobre sus heridas y las curó al instante. Llenó después sus bolsillos con manzanas de oro y sin temor se dirigió al castillo.

En la puerta se le apareció un enorme dragón, pero él le arrojó una de las manzanas y en seguida desapareció el monstruo y se abrió la gran puerta. El muchacho contempló el vasto patio del castillo, lleno de flores, con una escalera por donde descendía la princesa, seguida de su corte. Al ver entrar al joven, la princesa corrió hacia él y le saludó como a su señor y esposo.

La princesa le colmó de riquezas y de honores, y se casaron. Pero el estudiante nunca volvió a la tierra. Sólo el águila, guardián del castillo y de la princesa, le hubiera podido bajar a la tierra con sus tesoros. Pero el águila murió cuando el estudiante le cortó las patas, y su cuerpo fué encontrado después en la selva, cerca de la montaña de cristal.

* * *

Una vez que la princesa y el estudiante, vuelto príncipe, paseaban por el jardín del castillo, advirtieron una gran multitud de gente al pie de la montaña de cristal. El príncipe se sorprendió y mandó a una golondrina que le servía de emisario fuere a ver lo que abajo pasaba.

Cuando el pájaro regresó, dijo:

—Príncipe y señor: la sangre que perdió el águila ha hecho resucitar a los audaces caballeros, que murieron en el intento de subir a la montaña. Hoy se levantan, como después de un largo sueño, y montan en sus caballos. Y el pueblo mira asombrado el prodigio.

Así acaba el cuento de la montaña de cristal.

PENSAMIENTOS

Establécete ti mismo, por decirlo así, un carácter y una figura que hayas de mantener en adelante, tanto respecto de ti mismo cuanto en comunicación con las personas.—Epicteto.

* * *

Frecuenta buenas compañías y tú también te tornarás bueno.—Herbert.

* * *

El saberse gobernar a sí mismo es la única libertad que puede gozar un individuo.—Perthes.

* * *

Nada es vivir bien y dichosamente, sino vivir honesta y rectamente.—Cicerón.

* * *

Los pobres de espíritu todas sus culpas las atribuyen a la suerte.—Persichetti.

* * *

En los reveses suele suceder que uno eche la culpa a otro.—Q. Curcio.

* * *

El hombre ama sobre todo a la mujer; la mujer ama ante todo a los hijos.—Carmen Sylva.

Las tres ánforas

Bartolomé Galíndez, el poeta sutil, que con sus libros anteriores ha conquistado un puesto en la lírica americana, dará próximamente un nuevo volumen de versos, con el título de "Las tres ánforas".

No dudamos que el autor de "Sol de Otoño" habrá hecho un nuevo camino con el tomo que nos promete, pues deducimos por la factura de los versos que insertamos, que el nuevo libro dará mayor relieve a su ya definida personalidad de poeta.

Madame Récamier, óleo de Gérard

Sobre el ancho sillón de obscuro terciopelo
reposa como un sueño húmedo de fragancia.
Las columnas de mármol permiten ver el cielo
de Francia.

Tiene los pies desnudos y las manos sutiles
cuyo blancor la sala sombreada atenúa.
Como un nido de rosas o un lecho de marfiles,
la delicada línea del pecho se insinúa.

Los ojos fijos, hondos, bañados de belleza,
parecen contener una extraña tristeza
de mujer, una sed tierna y acariciante.

Y la boca sensual como un vaso pequeño,
a pesar de estar muda tiembla bajo el ensueño
que le acerca la hostia del infierno de Dante.

Orleans y la rosa

Orleans, aquel Regente soñador y galante
que dió a Francia la era de la ensoñación cálida,
recibió un día en una rosa el mejor brillante:
la lágrima de amor de una condesa pálida.

El Príncipe, sonriente, tomó la flor — encaje,
espuma, gasa, nieve — mas, como quien recela
de la fina elegancia y apostura del paje,
mirándole la boca, le arrojó la escarcela.

Quedó solo el Regente. La mano caprichosa
que emergía del puño de seda, blanca y suave,
acarició los pétalos húmedos de la rosa;

y como si la lágrima hubiera contenido
un encanto, el Regente, meditativo y grave,
dejó sobre la flor su corazón dormido.

En Silencio

Tu cabeza olorosa de yerba,
olorosa de yerba,
se ha dormido en mis manos
soñolienta.
Por la ventana cae
la luna sobre ella.

En el jarrón dos rosas
de soledad enfermas,
se desmayan sutiles
en agua de tristeza.

Como un botón que se abre
tu cabeza despierta
y el arco de los brazos
en tu cuello se cierra.

Bartolomé GALINDEZ.

LA MARAVILLA AZUL DE LA ISLA DE CAPRÍ

Por Enrique Feyjóo

En la serena majestad del viejo *Tyrrhenum*, frente al cabo Campanella — antiguo promontorio de Minerva — sobre una formidable basa de cantiles inexpugnables y coronada su cabeza por deliciosa diadema de laureles y limoneros, yérguese gentil la isla de Capri, que llamóse en la antigüedad *Caprea*, debido al divino avecindamiento de una cabra olímpica escapada de los rebaños de Júpiter.

El soñador y el viajero que buscan una sedación y un descanso espiritual al huracán de arte que desbordan las ciudades de la vieja Italia, despertando del sueño evocador de Pompeya y Herculano, en el que reviviendo épocas fenecidas convirtió setenta y un años antes del nacimiento de Cristo y presintió en las lontananzas históricas las llamaradas gigantes y las trombas de lava ardiente del Vesubio, que han convertido en momias de piedra sus edificios, sus hombres y sus utensilios; este viajero ideal, repetimos, poeta ignorado de las ciudades muertas, hállase con la grata caricia de luz, aromas y perspectivas que la bella nereida *Caprea* esparce sobre la sábana azul del Mar Latino, como un perfumado incensario. La Naturaleza — maravilloso orfebre — labró en sus entrañas de piedra prodigios de arte, que sorprenden; los misterios de la gestación geológica del globo dejaron una huella majestuosa y bellísima de su labor gigante, y los fenómenos de condensación y cristalización, rocas que se volatilizan, antros que se transforman en fantásticas grutas, edenes submarinos, un poema de piedra; en fin, brota a la evocación de algún conjuro mágico y surge la maravillosa isla sobre la majestad neptuniana del *Mare Inferum*, cuando el hombre tal vez era sólo un proyecto en la mente formidable del Creador.

Y convertido en morada humana, el hombre se enseñoreó de este prodigio de arquitectura natural, y al traer su vida trajo su historia y con ella sus grandezas y sus ruindades. En los albores del siglo xix, siendo colonia inglesa, el año 1808 fué conquistada por Napoleón. Maximiliano Lamarque, general del Imperio y héroe de Wagram y Laybach, la tomó después de un sitio y un asalto asoladores y furiosos. Esta es su historia moderna; pero el verdadero esplendor de esta isla remóntase a mil y pico de años, en la brillante época de los Césares...

Con razón se ha llamado el "Paraíso de las Grutas". Maravillosas oquedades y excavaciones muestran la inspiración infinita del escultor misterioso que diseñó en sus entrañas un fantástico poema de caprichosa arquitectura.

El Arte y la Naturaleza realizan prodigios, y ante nuestros ojos asombrados se presentan como en un bello *film* la gruta de las *Estalactitas*, la gruta *Bianca*, los *Faraglioni*, la gruta *Verde*, etc., etc.

El contraste es espléndido y abrumador: arriba, el airón bellísimo de sus bosquecillos de limoneros y laureles el perfume de sus azahares, la mancha ubérrima de sus viñedos y las gentiles avanzadas de pinares que llegan hasta las aguas para escuchar mejor la grandiosa sinfonía del viejo Mediterráneo, en cuyas olas cabrillean las leyendas del *Latio*. Abajo, en sus entrañas de piedra, el artista geológico, con cincel de siglos, ha excavado diminutas catedrales, palacios submarinos, grutas de ensueño... Las concreciones del carbonato de cal y la serpentina tallan bóvedas prodigiosas, columnas estilizadas, arcos atrevidísimos, audaces arbotantes y surgen las subterráneas grutas que reflejan toda la gama arquitectónica del Artista Unico, que modeló prodigiosamente la nervadura de piedra.

Pero donde culmina nuestro entusiasmo estético es al penetrar por una angosta hendidura de las rocas, deslizándose nuestro esquife por un lago de aguas de cielo, bajo el dosel calizo de un palacio de ensueño. Nos hallamos en la maravillosa *Grotta azurra*, la Gruta azul; la escena es emocionante. La bóveda se eleva graciosamente unos trece metros sobre el lago tranquilo, que tiene unos cincuenta y dos de extensión. Fuertes machones calizos, admirables estalagmitas y bovedillas voladas, constituyen el decorado del recinto prodigioso, bañado por las aguas susurrantes del lago subterráneo, que realizan la maravilla de platear intensamente los objetos sumergidos en ellas.

Infinidad de recuerdos históricos se agolpan a nuestra mente y reconstituímos sin darnos cuenta la época triunfal en la que el emperador Augusto convirtió el misterioso lago en un apacible y silencioso retiro, verdadera *sancta sanctorum* de prodigiosas *naumaquias*. Se reconstruyen en nuestra memoria los doce palacios imperiales que Tiberio mandó erigir, y en nuestro afán investigador descubrimos los vestigios de la escalera secreta que unía el lago al palacio de *Damecutta*.

En las memorias "A través de la humanidad", de nuestro amigo el doctor Spero, encontramos una típica evocación de época, que nos creemos obligados a transcribir:

"Las blancas togas de palatinos y *quirites* azulean en la gruta, entre los rebrilleos del bronce y el hierro de las armaduras de los hombres de guerra. Esclavas númidas tienden tapices de Siria; otras bellas como estatuas de Fidias, vierten en los cráteres los dorados zumos de *Chio* y de *Cyprum*, que llevan rayos de sol fundidos en sus aguas que adormecen... Entra el Divino, el Augusto, y una vez que asienta en la sede de oro, las flautistas y los músicos, las bailarinas y los *balneatores*, hacen irrupción en la cueva del placer, que se estremece y estalla con la loca algarabía de aquella muchedumbre venida de Iberia, las Galias y hasta del sombrío país de los Cimmerianos".

"Se bebe hidromiel; se devoran exquisitas viandas. Cada orgía del *Pontifex* cuesta una provincia del *Latio*. Los vinos abrasadores trastornan las patricias testas y de pronto resuena estridente y olímpica la formidable carcajada romana — mezcla de poderío y de crueldad — y las aguas azules del misterioso lago se pueblan de docenas de animadas y bellísimas estatuas de plata... Los majestuosos patricios, los fieros *quingentarios* y los austeros *équites*, hasta el propio *Imperator*, han lanzado a las aguas de turquesa a bailarinas, flautistas y esclavas, que argentean sus cuerpos de maravilla en aquel elemento que parece animado por un amoroso beso de *Amphytrite*..."

Arrancándonos a esta ancestral evocación salimos de la gruta y podemos observar que los derruídos palacios, las dovelas de los arcos primorosos, los labrados arquitrabes y los capiteles de maravilla, han servido para construir la fábrica de una deliciosa ermita cuya esquililla cantárica desgrana notas de plata, que ruedan como óbolos de fe sobre el pagano *Tyrrhenum*, hasta morir en las playas de la vieja Italia.

¡MONTES DE LA GRAN CANARIA!

¡Oh, montes claros y bellos!...
¡Montes de la Gran Canaria!
Ya brotan en tus vertientes
tomillos y maljuradas...
Ya el heno su suave aroma
sobre los valles derrama.
Tus laderas están llenas
de codesos y retamas,
y en los sembrados florecen
amapolas y giraldas.
La pompa de los mocanes
es gala de tus montañas...
Acebiños y viñátigos
adornan tus hondonadas.
En las selvas rumorosas
el barbusano se alza
junto a la verde hermosura
de los tilos y las hayas.
El escobón y el follado
hermosean tus cañadas...
Son ventalles de los cielos
la belleza de tus palmas,
Los dragos de verde copa
brindan su suave fragancia,
y la gloria de los pinos
brilla en tus cumbres más altas...
¡Oh, montes claros y bellos!
¡Montes de la Gran Canaria!
Ya triscan en tus laderas
las ovejas y las cabras.
Ya el pastor dice su canto
en las claras alboradas...
Los dulces cantos nativos
que llenan de luz el alma
y en suave eco se alejan
por las vegas y cañadas...
Cantos de amor de la tierra
donde los pechos exhalan
el fuego de las pasiones
con una dulzura brava.
Canto que es miel en los labios,
y ardiente como una llama,
cuando busca el corazón
de la mujer que es amada...
¡Mis dulces cantos nativos!...
¡Cantos de la Gran Canaria!
¡Bellas rosas del ensueño
que florecen en mi alma!...

Vicente JIMENEZ.

Una mosca vulgar

Por Knut Hamsun

Nuestro conocimiento empezó el día que entró la primera vez por la ventana abierta de mi habitación, estando yo sentado ante la mesa, absorto en mi trabajo literario. Al punto comenzó a ejecutar sus danzas alrededor de mi cabeza. Tal vez había llegado hasta allí atraída por el olor a alcohol que exhalaban mis cabellos.

Intenté ahuyentarla con la mano; pero ella no hizo caso. Entonces cogí mis tijeras, que son muy largas y fáciles de manejar. Con ellas vacío mi pipa; ellas reemplazan también a las tenazas para partir el carbón de la chimenea, y me sirven para clavar clavos en la pared. En mis manos experimentadas, constituyen un arma terrible. Las blandí en el aire varias veces, y la mosca huyó.

Pero momentos después entró de nuevo y comenzó otra vez a danzar alrededor de mi cabeza. Me levanté y trasladé mi silla más cerca de la puerta. Ella me siguió.

—Vas a ver — le dije — el chasco que te llevas.

Y me lavé la cabeza para que desapareciera el olor a alcohol.

Fué aquel un recurso eficaz, porque la mosca, desconcertada, se instaló en la pantalla de la lámpara y no se movió.

Todo marchó bien durante un largo rato y pude continuar mi trabajo que adelantaba rápidamente; pero una sorda cólera se apoderaba de mí cada vez que mis ojos se encontraban con aquella bestezuela. Pude examinarla a mi gusto; era una mosca vulgar, de tamaño mediano, bien hecha, con unas alas grises muy pequeñas.

—¡Vamos! ¡Muévete un poco!— le dije.

Pero la mosca no se movía.

—¡Márchate! — le grité con un ademán amenazador.

Entonces alzó el vuelo, dió una vuelta por la habitación... y volvió a la pantalla. En aquel momento se puede decir que empezó nuestra amistad. La constancia del bicho — que no renunciaba por nada del mundo a la realización de sus propósitos — me le hizo simpático. Me conmovió el verle ladear la cabecita y mirarme con mirada triste.

A la mañana siguiente me levanté a la hora de costumbre, y cuando me hube desayunado y me retiré a mi habitación a trabajar, me encontré a la mosca esperándome junto a la puerta. La saludé con una ligera inclinación de cabeza; y ella, después de dar unas cuantas vueltas, zumbando, por la estancia, se acomodó en mi silla. Ni siquiera se me había pasado por las mientes invitarla a tomar asiento. Con tanto motivo cuanto que la silla la necesitaba yo.

—Vete de aquí! — le grité.

Voló un poquito y se posó de nuevo sobre la silla.

Entonces le dije:

—Pues bien, ¡qué vamos a hacer! Voy a sentarme.

Y me senté. La mosca abrió las alas y se trasladó a mis papeles.

—¡Vete! — le grité de nuevo.

Ella guardó silencio.

Comencé a soplarle, pero aferró sus patas al papel y no se movió.

—¡Vamos! — le dije. — Comprende que, sin una estimación recíproca esto no puede prolongarse.

Oyó mis palabras y comenzó a reflexionar; pero, por lo visto, resolvió seguir allí. Entonces la amenacé con las tijeras, y como los cristales estaban abiertos huyó por la ventana.

¿Adónde se había ido? ¿Qué peligros podía correr? Por fin, resuelto a continuar mi trabajo, me senté de nuevo, pero los presentimientos negros no me abandonaron.

Súbitamente, la mosca entró. En una de sus patas traseras llevaba una gotita de lodo.

—¡Has andado por el lodo, imbécil — le grité. — ¡Confiésalo!

Sin embargo, en mi fuero interino, me congratulaba de su vuelta. Cerré la ventana cuidadosamente.

—¿Por dónde has andado, vagabunda? — le pregunté.

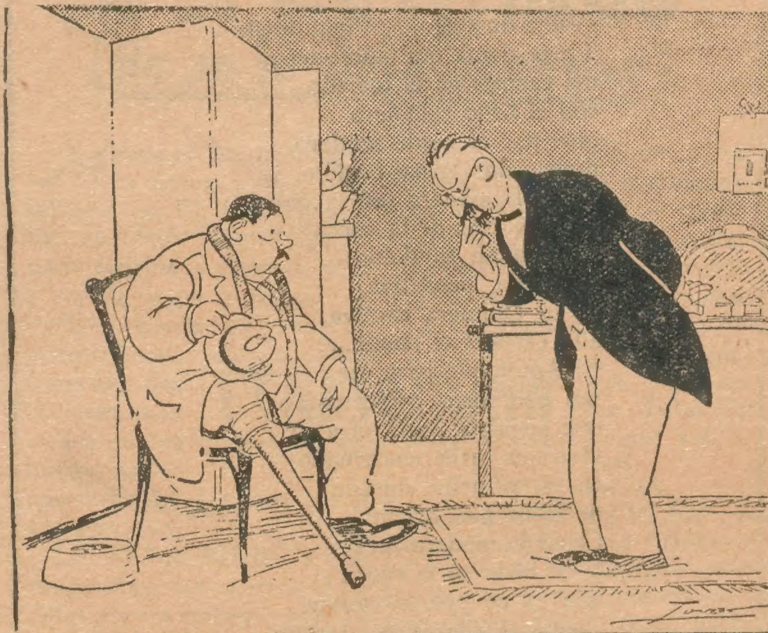
Pero ella parecía muy orgullosa de su proeza y mofándose de mi enojo me enseñó la lengua. Yo no había visto en mi vida una mosca tan graciosa. Su alegría se me contagió y acabé por enseñarle tambien la lengua y a reir a mandíbula batiente.

—¡Ja, ja, ja! ¿Hay en el mundo una criatura tan graciosa como tú— le dije. — ¡Acércate pues, para que te toque la barbilla, tunantuela!...

Aquella noche intentó impedirme de nuevo el paso por la puerta cuando quise salir. Me erguí y le hice saber que no estaba dispuesto a que se burlase de mí. Naturalmente, no había inconveniente en que me quisiera; pero obligarme por las noches a quedarme en casa... no, francamente, ya era demasiado.

Y aunque seguía impidiéndome el paso, me lo abría a viva fuerza. Se quedó zumbando colérica, y le grité:

—Ahora te toca a ti quedarte sola... Ya verás lo agradable que es eso. ¡Hasta luego...!



—Ahora, en este tiempo, doctor, hay días que siento un frío en esta pierna de madera como si realmente fuese la mía.

—¡No se preocupe! Se da usted unas fricciones con papel de lija y procure no pisar con ella los charcos.

Al día siguiente, la mosca se divirtió en poner a prueba mi paciencia. Si alguien iba a visitarme se ponía celosa y desplegaba toda su impertinencia para hacer huir al visitante. Y cuando yo le reprochaba su conducta y la amenazaba con tirarle de los pelos, daba un salto vertiginoso y se subía al techo, llenándome de sobresalto.

—Te vas a caer — le decía.

Pero mis exhortaciones no servían de nada.

—Pues bien, ¡Haga usted lo que quiera! ¡Siga ahí hasta que se canse!

Y le volvía la espalda.

Entonces la mosca bajaba. Pude advertir que aquel era un recurso eficaz. Me bastaba no hacerle caso, para que acudiera en seguida y cayera sobre mi manuscrito, sobre el que se ponía a pasearse como si aquello fuera lo más natural del mundo. Parecía olvidarse entonces de que había tijeras en casa.

"Será preciso llamarla al orden de una manera amistosa". — pensaba yo.

—Te ruego que no andes sobre mi manuscrito — le dije. — Con la tinta fresca vas a ponerte como un lechoncillo. Te lo digo por tu propio interés.

Pero ella hacía oídos sordos a mis palabras.

—¡Te digo que no andes sobre ese papel! — repetí. — Es un papel muy áspero y puedes lastimarte las patas.

Pero la mosca endiablada no se asustaba por tan poco.

—¡Qué terquedad! — exclamé fuera de mí. — ¿No te haces cargo de que ese papel es muy áspero?... Pero si te empeñas, ¡que el diablo te lleve!... Voy a cojer otra hoja.

Apenas lo hice, la mosca voló hacia otro sitio.

—Si tienes que salir para arreglar algún asunto — le dije un día, — sal por la puerta.

Y le abrí de par en par la de mi cuarto.

—Pero el animalejo no tenía interés alguno en salir.

—¡Vamos! — le grité. — ¿Sales o no? Una, dos, tres...

Nada respondió. Entonces, colérico, cerré la puerta con violencia.

Tuve pronto ocasión de arrepentirme de aquel arrebato. La mosca, una mañana, aprovechó el momento en que la criada estaba haciendo la limpieza de mi cuarto y huyó por la puerta.

Comprendí que aquello era su venganza y no supe durante un rato qué determinación tomar. Acabé por salir al patio y declarar en alta voz que podía pasearse lo que quisiera y que yo no la necesitaba para nada. Y hasta aseguré que me alegraba mucho de que se hubiera ido.

Pero la estratagema fué inútil; la vagabunda no volvía.

Por fin, una mañana, la mosca volvió. Mas no venía sola, sino acompañada por un amante encontrado en la calle. Tanta fué mi alegría cuando la vi, que la perdoné y hasta me avine a soportar a su compañero por algún tiempo.

Pero todo tiene sus límites. Tomaron asiento y comenzaron a hacerse mimos; después se acariciaron, y de pronto, el amante se arrojó sobre la dama con tal impudicia, que me puse como un tomate.

—¿Qué os proponéis? — le dije con intención de despertar en ellos el sentimiento del decoro. — Eso es canallesco, repugnante.

Ella se ofendió y sacudió la cabeza dándome a entender que lo que me impulsaba a protestar era el ímpetu de los celos.

—¡Yo celoso! — exclamé con indignación. — ¿Celoso de éste?... ¡Vamos, es demasiado!

La mosca sacudió de nuevo la cabeza, firme en su opinión.

Entonces me levanté y dije:

—No quiero entrar contigo en discusiones; mi caballerosidad me lo impide. Pero voy a entenderme con tu desdichado amante, y le daré una buena lección.

Y empuñé mis tijeras.

Ambos amantes empezaron a mofarse de mí. Se colocaron en la orilla de la mesa, y se rieron a carcajadas.

—¡Ja, ja, ja! ¿No tienes otras tijeras más grandes? ¿Un poco más grandes? — parecían decir.

—Voy a demostraros — contesté — que lo de menos es el arma. Castigaré a ese pobre desgraciado con este sencillo objeto de escritorio.

Y blandí amenazadoramente la regla. La risa de los dos amantes subió de punto y sus manifestaciones de desprecio llegaron a ser de una expresividad intolerable.

—¿Ya empezáis otra vez? — les grité con voz terrible.

—¡Ay de vosotros!... grité, al verlos a punto de perder del todo la vergüenza.

Ellos, sin embargo, la perdieron. Entonces mi paciencia se agotó. Levanté la regla, y la dejé caer sobre ellos con la rapidez de un relámpago.

Algo se aplastó. Eran los dos amantes, que acababa yo de matar de un solo golpe.

Y así terminó mi amistad con la mosca.

Métale nomás m'hijo, no afloje — decíale el capataz de la estancia a un indiecito de unos doce años de edad que lo llamaban Yirí, mientras él rodeaba el fogón en compañía de otros peones saboreando el cimarrón.

Yirí era su hijo, y el capataz quería que fuera hombre gaucho, como vulgarmente se dice, y para que así resultara, lo hacía vistear con las dagas envainadas con un peón del establecimiento que tenía fama de ser muy de vista y hábil para el manejo del facón. El tapecito era petizo y fornido, de ojos muy vivos y ademanes rápidos; y además estaba convencido de que ya era hombre porque su padre se lo había dicho.

Las lecciones en el ataje de planazos y puñaladas eran diariamente debajo de una enramada. Braulio era el maestro de aquella escuela gaucha.

Le pegaba de plano por las orejas, luego por la cabeza, lugar éste que poco dolor sentía porque le servían de colchón sus negros cabellos duros como mata de espartillo. Entre jarana y risas picarescas, Braulio lo castigaba algo fuerte y Yirí atropellaba de fe a pesar de su corta edad y desventaja en estatura y tamaño de armas.

—No recule ni la pisada de un gallo, m'hijo, no sea maula — lo azuzaba su padre cuando veía que Braulio lo acometía con furia para hacerlo entrar en calor.

Después de un largo rato de cuerpeadas y saltos, Braulio fingía que Yirí lo había vencido y reculaba nada más que atajándose. Entonces a Yirí le brillaban sus ojitos vivos como el de un gato montés y lo atropellaba tirándole de punta y hacha.

—Bueno, me entrego, ya estoy rendío no ve... — le decía a su contrario guardando el facón en la cintura.

El indiecito orgulloso de su triunfo volvía sofocado y engreído a ocupar un asiento en la rueda del fogón.

—¡Ah, mi hijo! Si es gaucho toro — volvía a repetirle su padre y Yirí sonreía satisfecho arreglándose el barbijo de su sombrerito color bayo.

El capataz era viudo, y aquel gauchito su único hijo a quien le tenía un cariño entrañable por ser el recuerdo que le dejara su china querida que había muerto al tener aquel pichón, que iba a ser de la misma escuela gaucha de Polonio y de Crispín.

Muy de madrugada se levantaban juntos, y después de recorrer el campo, ya estaban de vuelta para que Yirí fuera a la escuela; porque al capataz le gustaba que su hijo aprendiera a leer y escribir porque ansí — decía — no lo iba a llevar por delante ningún milico empretinao.

II

Una mañana el sol marcaba las diez; las chicharras rayabas aquellas horas. El capataz se encontraba sobando unas guascas debajo de un corpulento tala, que tenía destinadas para hacerle un lacito trenzado a su hijo que ya sabía pialar los terneros por arriba del lomo. Daba la última brazada a un correón, cuando vió aparecer la silueta de un jinete en la ceja del palmar. A pesar de la distancia reconoció que no era otro que su hijo Yirí.

—¿Qué le habrá pasao a aquel criollo que viene juera de hora?— díjole a un viejo que junto a un

El pequeño matrero

Por Manrique Balboa Santamaría

fogón comía una picana de ñandú.

—¿Quién sabe — respondió el anciano.

Y mientras miraba con las guascas en la mano hacia el abra que formaba una cuchilla, afirmó los brazos sobre los palos de un corral y quedó pensativo esperando la llegada de su hijo. Y mientras perdía sus miradas por entre el verdegay de palmeras y algarrobos hacía un costado suyo un "carpintero" con una cruz colorada en la cabeza dió un grito que hizo estremecer al viejo que comía la picana de ñandú.

—¡Vicho mal agüero — dijo y le tiró con un cuerno de carnero rozándole el verde plumaje de la cola.

Mientras esto sucedía, Yirí venía llegando a la estancia y al cruzar la puerta cancel su petizo rosillo dió dos relinchos.

Al penetrar al galpón aquel gauchito, pasó serio por frente a su padre sin pronunciar palabra alguna.

Luego se bajó, ató su petizo y se encaminó al fogón en donde estaba el anciano y se sentó a su lado.

—¿Qué le ha pasao m'hijo que viene tan temprano a la escuela?— preguntóle su padre

—Pelié, tata — dijo Yirí con una tranquilidad y cachaza que parecía un hombre.

—¿Y cómo ha sio amigo?

—Me quiso castigar con una vara e sarandí el hijo e don Tiburcio el bolichero, y yo lo atropellé con mi cuchillo como a Braulio y lo corte por la barriga.

—Hijo e tigre overo a e'ser — dijo el viejo.

El capataz sin decir ni media palabra, montó a caballo y se dirigió al galope tendido al lugar de la escuela que quedaba de allí una media legua, a saber la verdad de lo que había ocurrido. No tardó mucho tiempo en llegar.

La maestra y los niños estaban embarullados. El hijo del bolichero permanecía boca arriba sobre un catre de guascas con la camisa manchada con sangre en la parte del estómago.

—¿Qué es lo que ha ocurrido— preguntó a la maestra el padre de Yirí.

—Señor, su hijo a herido a un niño! — respondió una simpática maestrita algo asustada, de esas que salen a las espesuras de los montes a civilizar con la escuelita humilde y que ignoran todas estas cosas de la vida de la selva.

Más atrás del padre de Yirí, venía don Tiburcio que ya había tenido noticias de lo sucedido.

Los dos padres revisaron al herido; y cual no sería la indignación de don Tiburcio cuando vió que el cuchillo había resbalado por encima de una costilla y el tajo apenas si sangraba ya.

Aquellos criollos eran amigos y se arreglaron sin la intervención del comisario del pago. Luego, el bolichero lo sacó de un tirón a su hijo del catre, diciéndole:

—¡Gallina, a mí no ha de salir, no te dá vergüenza de asustarte por ese rajuñón?

Momentos después se despedía de la maestra el padre de Yirí satisfecho de haber solucionado el asunto; y lo mismo hacía el bolichero que se marchaba en compañía de su hijo.

Veamos lo que había sucedido.

Antes de llegar a la escula se habían encontrado de camino el hijo de don Tiburcio, Yirí y otros muchachos del pago. Yirí desafió una carrera con su petizo rosillo por un real de tortas al hijo del bolichero que iba montado en un gateado reyuno.

Aceptado el desafío, nombraron sentencia a uno de los compañeros.

Después de haber avivado a los fletes, hicieron dos partidas largadoras y a la tercera gritó Yirí: ¡Vamos! — ¡Vamos! le respondió el contrario. Salió en punta el petizo rosillo; pero a mitad de la raya lo pasó por más de un cuerpo de caballo el gateado. No obstante la ventaja, la suerte se inclinaba de parte de Yirí. El gateado era redomon y a poca distancia antes de llegar a la raya se abrió y enderezó al monte siendo seguido inmediatamente por los demás compañeros que querían evitar que se estrellara en algún árbol.

Por esta causa llegó el petizo rosillo solito a la raya, picada al freno, y alentado por los gritos seguidores de su jinete, ganando en buena ley la carrera.

Después de un rato, llegó el contrario con los demás compañeros y su gateado reyuno cansado, diciendo que no pagaba porque se le había "juído" al monte su caballo. Yirí enmudeció de ira, y serenamente se acercó a su contrario diciéndole:

—¿Me vas a pagar o no?

El otro muchacho, más grande que Yirí, le contestó con grosería diciéndole que nada le debía. En ese instante sonó la débil voz de una campana; y sus metálicos sonidos se perdieron por el espacio interrumpiendo la disputa de los dos gauchitos que quedó pendiente hasta el primer recreo. Luego llegó la hora de solucionar el pleito, y como reclamara nuevamente el ganador su realito de tortas, el hijo de don Tiburcio que era mayor que él, creyó dominarlo, y con una vara de sarandí le dió dos chirlos por las piernas; pero Yirí enojado sintió el ardor de los azotes, lo atropelló con su cuchillo desenvainado, tirándole una puñalada que pudo su contrario desviar en gran parte, así mismo le cortó la ropa y algo de la piel des estómago. En seguida montó su petizo y se alejó al trotecito en dirección a la estancia donde su padre trabajaba.

III

Cuando Yirí quedó en compañía del anciano junto al fogón y vió que su padre se alejaba en dirección a la escuela, quedó pensativo, castigándose el pié con la lonja de su pequeña guacha forrada con cuero de iguana. Después de un momento, extendió su mirada por el panorama salvaje de la selva, suspiró, dió vuelta la cabeza y salivó por un costado de la boca, y perezosamente se acercó a su petizo, le apretó la cincha; de un solo salto lo montó y enderezó al monte al trotecito, sin mirar para atrás.

—¿P'ande vas, muchacho? — le gritó el viejo.

—A dar agua — le respondió sin mirarlo.

Poco más de medio día llegó el capataz; la peonada dormía la siesta tranquilamente.

Fué a su rancho, y su hijo no estaba. De ahí volvió al galpón y tampoco encontró el recado de Yirí; pero vió el rastro de las pisadas del petizo y las siguió hasta

VIEJA DUEÑA

¡Vieja dueña!... ¡Vieja dueña!...
Triste dama que aún sueña,
del castillo en el torreón,
con el bello caballero
que, por el verde sendero,
nunca vino en su bridón.
Cruje la madera seca...
Los sollozos de la rueca
acompañan tu dolor...
Y pálida, pensativa,
de tu Quimera cautiva,
aún esperas el Amor...
El Amor que para esas
tan poderosas princesas
que seguiste hasta el altar
vino una tarde, encarnado
en un príncipe dorado
de algún país oriental...
Cruje la madera seca...
Y tu hilas en la rueca
que ya no oye tu cantar,
—cual si hilaras tu Destino—
aguardando al que no vino
y que no vendrá jamás...

Manuel B. MUJICA LAINEZ.

que se perdieron entre los pastos. El viejo que había quedado cuando él se fué, era un vecino que diariamente llegaba a comer y a llevar lo que le dieran, y luego se iba.

Recordó a los peones y les preguntó por Yirí, ninguno lo había visto. Entonces les contó lo que había sucedido con el hijo de don Tiburcio, a lo que respondieron todos: "¡A ganao a juir al monte!" Y luego agregó Braulio jaraneando:

—Si no lo asujeta con tiempo, don Evaristo, ese muchacho va ser capaz de agarrar un tigre e los dientes.

—Lo vi'a tener que asujetar — respondió el paisano y se alejó silbando una vidalita a atizar el fuego para tomar mate y churrasquear.

La peonada, echada boca abajo sobre las pilchas de sus aperas, quedaron comentando entre bromas y risas la hazaña de aquel gauchito que prometía ser corajudo, de vista y peleador.

—Braulio, ensillá, vamos a rastrear al matrero — díjole don Evaristo desde el fogón en donde chirriaba la grasa de un medio matahambre que se asaba sobre brasas de ñandubay.

—Ya vamos a dir — contestó Braulio.

Media hora después salían en busca del matrero, don Evaristo y Braulio.

—¿Y p'ande habrá agarrao este diantre?

—Es baquiano en tuito el campo, puallí a estar en alguna isleta — respondió su padre.

Y así siguieron hasta internarse en el monte en busca del matrero,

—Allá en la copa de aquel algarrobo está un águila asustada; hay voló; ¿no estará puallí?

A ese punto siguieron; nada encontraron. Luego tomaron la dirección de una picada que estaba sobre el arroyo "Paiticú" y tampoco encontraron nada. Continuaron por la costa del arroyo, y al llegar a un sarandizal que daba curso a un richa, gritó un chajá: el centinela gaucho de las aves acuáticas que sombrean a orillas de las lagunas. Más allá voló el pájaro solitario de los barrancos que en vano grita "Caraú-Caraú"... al mismo tiempo que se sentía como un palmoteo una bandada de patos que se alzó de una playada enturbiando el agua cristalina del camalotal.

Las horas habían pasado y la sombra de los sauces llorones de la costa se extendían hasta la otra orilla del arroyo, que cual una gigantesca culebra azul perdíase entre los pajonales y las enredaderas.

El tropel de las manadas y el balido de las vacas, anunciaban la caída de la tarde mientras las flores empezaban a perfumar la brisa y a inclinarse hacia el poniente. Don Evaristo y Braulio seguían buscando al matrero por las isletas de la costa y era en vano, no daban con él.

El sol se había escondido tras el monte y el hirizonte parecía el incendio de un pajonal lejano. El crepúsculo avanzaba y las esperanzas de encontrar a Yirí casi estaban perdidas. Iban por un sendero de ovejas pensativos y cabizbajos con la esperanza de que quizá se hubiera vuelto a la estancia. Sus ojos de vichadores en lo oscuro, no perdían sombras ni bultos que no registraran; pero, en esos intantes fueron sorprendidos por un relincho que su eco se repitió varias veces en la espesura.

—Ese relincho es del petizo rosillo — dijo Braulio.

—Ajá — respondió el capataz y uno tras del otro marcharon en dirección al relincho.

En lo más espeso de un guayabal; donde el ramaje formaba así como un glorieta, estaba el petizo atado de la punta de un lazo, comiendo la verde gramilla que se cría lozana debajo de las ramas, y al lado permanecía acostado sobre el recado Yirí. De allí lo sacó de un brazo su padre, diciéndole:

—Pero amigo, que ha dao trabajo pa encontrarlo. ¿Por qué ha juído, mi hijo? Si naides le iba hacer nada.

Braulio reía sin bajarse de su caballo; luego cruzó la pierna derecha sobre la cruz y empezó a armar un cigarro. El tapecito con sus cabellos parados y la cara sudorosa, demostraba estar asustado. Su padre mismo le ensilló el petizo.

—¡Muchacho loco! ¿Y quí hibas hacer puaquí? Dejuro que te comían los zorros — le dijo Braulio.

—Y si yo no quería dir preso — respondió Yirí.

Al momento estuvo ensillado el rosillo.

Pero se fijó que el pequeño matrero no tenía sombrero.

—¿Y tu sombrero?

—Fuí a sacar una lechiguana hoy a la siesta y me corrieron lás avispas y lo perdí.

—¡Pero qué gaucho lindo perder el sombrero! — continuó diciendo Braulio.

Mientras tanto preparaban los caballos y se ponían en marcha para la estancia.

Ya había oscurecido y la sombra del monte alto hacía más obscuro aquel paraje. Al instante se oyeron unos gritos ásperos: guaaac... guaaac... guaaac.

—Un zorro clinudo, tata.

—Mirá si no te hallamos esta noche te avanzan—respondióle don Evaristo.

Yirí siguió marchando pensativo detrás de su padre, pues todos iban por el mismo camino que era un angosto sendero de oveja. Por fin después de un largo tirón llegaron a la estancia.

Los fogones ardían. El criollaje tomaba mate entre risas y comentarios sobre la huída del pequeño gauchito cuya inclinación ya se veía. Estos comentarios de la peonada fueron interrumpidos por la llegada de don Evaristo, Braulio y Yirí. Todos se levantaron de la rueda que habían formado.

—Hay ta el gaucho juidor, ve — decíanle todos a un mismo tiempo.

Una vez que desensillaron los caballos se sentaron todos nuevamente a oír los percances de como lo habían encontrado. Yirí permanecía serio, sentado junto al fuego. Un viejo que no se había movido de la banquilla en donde estaba sentado, lo pinchó por las costillas a Yirí con la punta del dedo índice diciéndole:

—¡Ah muchacho, que te aguante el diablo cuando seas hombre.

El indiecito se atajó haciendo la postura como si se atajara una puñalada de esas que le tira Braulio cuando visteaban todas las mañanas.

Largo rato siguieron los chistes y dichos sobre la hazaña de Yirí.

Luego, churrasquearon y todo quedó como siempre, en la misma tranquilidad campesina de todos los días, esperando la aparición del lucero para seguir el interminable madrugar, y recibir la caricia fresca y perfumada de las ráfagas mañaneras.

Veinte años después

Por Jorge Pourcel

Cuando el señor Jorge y la señora Landier penetraron en la sala del restaurante de ese lujoso palacio del litoral — él llevando levantada su fina cabeza de mosquetero, popularizada por las ilustraciones de ambos mundos; ella muy altiva, muy elegante — un murmullo corrió en torno de las mesas Maitre d'hotel y sirvientes se precipitaron a pedir sus órdenes.

La pareja escogió su mesa, con lentitud sabiamente calculada, y se instaló bajo las miradas de los que comían.

Jacques Landier, músico a la moda, había venido a la Costa Azul, para dirigir los ensayos de su última opereta, que acababa de obtener un éxito brillante en el casino de la ciudad. Joven todavía, no habiendo llegado a los cuarenta, respiraba embriagado el incienso de la gloria. En cuanto a Juana Landier, sorprendentemente joven de aspecto, llevaba como un penacho el nombre de su marido y se expandía bajo las luces de las arañas.

—¿Te fijaste en el criado que nos sirve? — dijo el marido alegremente. — Es un artista. Hace un momento, después de informarse de lo que tomábamos se alejó tarareando mi blackbottom del primer acto.

—¿Tu blackbottom? ¡Oh, qué divertido! ¿Dónde está ese diletante, como dicen aquí?

—Allí, el viejo aquel que lleva la sopera.

La señora de Landier dirigió sus impertienentes hacia el lugar indicado y no pudo reprimir un grito de asombro.

Correcto, impasible, el criado de cabellos grises, les servía ya la sopa; tan pronto como se retiró, ella dijo:

—¿Jacques, lo has mirado bien? ¿No te recuerda a nadie?

—Podría decirse que es Ernesto, tu ex marido; el parecido es sorprendente... ¡Pero qué suposición tan absurda resulta! El señor Ernesto Beurdouche, importante abogado de provincia, convertido en criado de un restaurante?

—Se han visto cosas más extraordinarias... Jacques, te juro que es él: ¡tiene la cicatriz en la nuca!

El músico palideció un poco y sus párpados batieron nerviosamente, como en sus momentos de emoción.

—Sí, no queda ninguna duda: es él... Crees tú que nos ha reconocido?

—Puesto que ha tarareado tu blackbottom! Además, hemos cambiado poco, yo sobre todo! A veces me pregunto si no estoy más joven que en el tiempo en que me llamaba la señora Beurdouche, y tú eras Isidoro Laternal, uno de los escribientes de la oficina...

—Fortunio, enamorado de Jacqueline! Espero que maestro Andrés no va a hacernos la broma de reconocernos... a pesar de la gana que tendrá de vengarse...

—Después de veinte años, puedes pensarlo?

Ella soltó una carcajada, pero a despecho de la desenvoltura que se esforzaban por aparentar, los dominaba una secreta agitación. La casualidad ponía bruscamente frente a frente los actores del antiguo drama: la mujer infiel y el empleado raptor, colocados muy alto; el marido aburrido y moroso patrón abajo , muy abajo, en situación...

—¡Pobre diablo! — murmuró Landier; — ¿cómo ha podido descender tanto?

—¡La justicia inmanente! — dijo la esposa.

Una mirada hacia el espejo de frente le reveló que era siempre bella.

—Escucha, Jacques, yo no puedo quedarme en la duda hasta el fin de la comida... ¡Déjame precipitar las cosas! Ningún escándalo qué temer: yo conozco a Ernesto... Vas a verlo deshacerse en respeto y consideración...

—¡Quizás haces mal, Juana! Trata, sobre todo de no humillar a ese pobre tipo...

Ella fijó sus ojos atrevidos sobre el criado y muy sonriente preguntó:

—Sus pichones con arvejas están comibles, Ernesto?

—Deliciosos, Juana, bastante cocidos sin ser demasiado; como sé que te gustan — dijo en voz baja el criado.

La señora Landier se frunció, pero ante el golpe inesperado, perdió la serenidad y balbuceó:

—¡Cómo! ¿Usted me había reconocido?

—Inmediatamente, desde que entraste, aunque has envejecido terriblemente... En cuanto a Isidoro, porque supongo que es el pollo que te acompaña, era un empleado tan mediocre, que no he guardado el recuerdo de su cara, desde luego insignificante...

—¡Pero, hombre! — protestó el músico, escandalizado.

Se le había caído el monóculo, y bajo la mirada del antiguo patrón reintegró por un momento el papel de Fortunio.

La conversación no tomaba el giro esperado por la señora Landier, y era necesario a cualquier precio ganar ventaja. Entonces preguntó con dulzura despreciativa:

—¿Pero como es posible que esté usted de criado en un café?

El sonrió, como halagado.

—Dentro de un instante... vuelvo a contarte eso... cuando le haya servido al viejo coronel que me está haciendo señas... Pero puedes tutearme, sabes?

—Hace largo tiempo que ejerce usted ese noble oficio? — preguntó Juana, entre dientes, con ironía sonriente y feroz.

—¡Desde la guerra! — replicó él, con gran dulzura. — Con las propinas me proporciono tardes interesantes, que me envidiarían muchos intelectuales. — Y lanzó una mirada hacia Isidoro.

—¡Tranquílece usted! — dijo el músico con risa burlona.

—Ignora usted, sin duda — exclamó ella, dirigiéndose a su antiguo marido — que se halla en presencia del señor Jacques Landier, el célebre músico, cuyo nombre llevo...

El criado abrió unos ojos vagos y alzando los hombros con aire de ignorancia, dijo:

—¡No conozco! Si fuera tan célebre como dices, se sabría! Un empleado que no era siquiera capaz de copiar un acta! Desde esa época se veía que jamás hacía nada que valiera la pena...

Y con una inflexión comprometedora agregó:

—El día que te provoque volverte conmigo y te decidas a hacer un oficio honrado, no te detengas! Comprendo que tienes bastante de Isidoro... ¡Una frutería! Yo podría recomendarte a la dirección para un puesto de frutera... En eso se gana y con las propinas...

—¡Sirviente, la cuenta! — gritó el músico, en el colmo de la exasperación.

La señora de Landier, de pie, temblaba de rabia; las lágrimas quemaban sus ojos.

—¡El bruto! Oh, el bruto! — murmuraba ella con palabras entrecortadas.

Y como el pedazo de papel no llegara:

—¡Deja un billete de mil francos, Jacque! El criado recogerá las vueltas.

Ernesto se inclinó sonriente ante los ricos clientes.

—Uno de sus colegas lo tocó con el codo.

—¡Has tenido suerte en servir al maestro! ¡Para dejarte semejante propina deben haber quedado muy contentos de ti el señor y la señora Landier!

—¡Muy contentos, mi viejo!

Estaba muy pálida y gotas de sudor le corrían por la frente.

—Pero no tan contentos como yo, te lo juro... Acabo de vivir la más bella hora de mi existencia.. porque estos dos insolentes a quienes todo sonríe y que ven el mundo a sus pies, pues bien, los he humillado y de qué manera!

LA FRENTE CONTRA EL CRISTAL

La frente contra el cristal...
Amor de pensar en nada.
Miro la calle desierta,
las grandes nubes que pasan.

Revolotea una hoja
tenaz y desesperada
que el viento enloquece. Un rayo
de sol asoma y se apaga.

¡Qué aroma marchito tienen
estas horas de ocio y parda
melancolía! He dejado
mi libro en la primer página.

La frente contra el cristal...
No son ideas: son ráfagas
vertiginosas que hacen
temblar y crujir el alma.

Las primeras gotas. Llueve
menudamente. La casa
se llena de ruídos vagos.
... Ya no vendrá la esperada.

Rafael Alberto ARRIETA.

Cuantos colores podemos ver.

En una minuciosa serie de colores compilada por el doctor Ridgway, del Museo Nacional de los Estados Unidos, figuran 1.115 colores con sus respectivos nombres. Cualquier persona, por poca experta que sea en la distinción de los colores, nota que entre uno y otro de los colores más próximos de esa serie caben muchas tonalidades fáciles de distinguir, y así se da cuenta de que el ojo humano es capaz de percibir millares de colores.

BUENA VISTA

Por Félix San Martín

Es sorprendente el alcance visual de estos hombres serranos. A más de legua distinguen el animal que pasta en los faldeos y saben decir con precisión a qué especie pertenece. No confundirán la nota obscura de un arbusto con la de un pedruzco errátil en la lejanía de la perspectiva de valles y faldas, equivocación fácil en quienes no tengan como ellos la vista ejercitada en mirar a grandes distancias y no conozcan la deformación de los relieves en lontananza. De ahí, precisamente, del hábito adquirido desde niños, viéneles esa aptitud.

Las cumbres son el observatorio natural en la región. Trepan habitualmente a ellas para avizorar el campo; registran — esa es la palabra — los vericuetos de la montaña que caen bajo su vista: quebradas, zanjones, valles, hondonadas, cuestas y risqueros; y con sólo alzar la mirada, un horizonte de leguas, de cinco, diez, quince o veinte leguas, según sea la altura de la atalaya, se abre a su observación inteligente.

No sólo con esta práctica aprende el serrano a mirar lejos, sino que disciplina de modo eficacísimo la memoria topográfica. Es asombroso el poder retentivo que en este sentido muestra. Al dar señas acerca de una ruta cualquiera, él podrá enumerar los accidentes notables que la marcan en lineamientos generales y los detalles que la precisan, haciéndola inconfundible: tal o cuál árbol que tiene alguna particularidad saliente, una peña, un pradito, un derrumbe, un quilmahue, datos minuciosos que acusan un perfecto conocimiento del terreno, por el cual no sería raro que hubiera pasado una sola vez. Es que cuando él marcha por entre el dédalo de montañas va observando el recorrido y sus adyacencias, por hábito, casi por instinto.

Y si es admirable aquella su aptitud para mirar a distancia, para divisar en la lejanía de los horizontes amplísimos que desde las cumbres domina, no lo es menos la gudeza de su vista para descubrir aun los detalles diminutos de las cosas. Esta facultad la ha adquirido rastreando. Raro será el montañés que no sepa rastrear. Por cierto que, como en todo, hay unos más hábiles que otros; pero es general aquella condición. Conoce todos los caracteres que le permiten individualizar la pisada de cuanta especie tiene la fauna local, desde el hurón al huemul. Puede seguir el vagar indolente de tal o cual bestia por sierras y valles, el zigzagueo caprichoso de una alimaña en fuga, ir leyendo en el suelo todos los pormenores de la marcha de cualquier ser vivo, ya sea que ambule en busca de su alimentación, huya ante un peligro real, o imaginario, o vaya arreado por el hombre. Fija la vista en tierra con una persistencia que parecería histérica al que no estuviera en el secreto de su propósito, avanza el serrano por sobre el rastro del animal que quiere alcanzar, no importa el motivo — simple curiosidad, lo campee porque lo necesita, o se lo lleven robado.

El rastreador, que no es ni un profesional, ni un hombre extraordinario, como generalmente se cree, si no que todo peón de campo en estas montañas lo es a su hora, ajusta su técnica a principios generales que no pueden violarse sin exponerse a un fracaso. Encargado de cuidar un rodeo, o una majada, en un punto cualquiera de la montaña, al aclarar estará a caballo y saldrá a "cortar rastro". Esto consiste en contornear, campo afuera, la vista clavada en el suelo, describiendo una circunsferencia en el recorrido, el predio donde pastan los animales fiados a su custodia. Si uno, o varios, cualquiera sea el número de éstos, ha salido de la fracción de campo donde deben estar, él lo sabrá al punto, porque descubrirá las pisadas denunciadoras para su ojo experto. Y "pisado el rastro" puede descontarse que el o los animales que se van, o se los llevan, serán hallados por su pastor. Esa ronda matinal, insubstituíble, será más o menos extensa, según el número de cabezas confiadas a su cuidado, pues su cantidad está en razón directa con la superficie de campo que ocupan. Esto como regla. Generalmente, se trata de leguas, y el hombre no termina su recorrido hasta medio día. Consultando las exigencias del caso, suele repartirse el trabajo en un número determinado de peones, y entonces cada uno toma a su cargo un sector del enorme círculo dentro del cual debe vivir el ganado. Así se substituye, en cierta manera, el alambrado en las extensiones abiertas. Por donde los gauchos se convierten en cercos movibles de una eficacia real y compensadora.

Entre mil casos por nosotros conocidos que pudiéramos citar como comprobación de lo que llevamos dicho, narraremos dos que se produjeron simultáneamente y que, como se verá, tenemos razones para recordar.

Cierto día regresábamos de una recorrida por el extremo sur del campo. A boca de noche repechábamos la larga y empinada cuesta de Huiri - Huiri. Venían con nosotros dos peones, uno de ellos campero eximio, todo un exponente de la raza, que nos sirve desde que llegamos a poblar estas tierras, y el otro un muchachón con algunos años de permanencia en la estancia, nacido en Chile, pero criado aquí.

Los caballos giraban en el gran esfuerzo para trepar por la huella abrupta. Los dejábamos avanzar a voluntad ,al tranquito, el dorso encorvado en el liberal empeño. Veníamos conversando sobre los trabajos realizados en esos días y los que se harían en los siguientes, entreteniendo el regreso a las casas, distantes todavía algunas leguas.

Alcanzamos, por fin, la planicie inmediata, y después de acomodar las cinchas habíamosnos puesto al trotecito corto, cuando Segundo — el hombre — detuvo bruscamente su caballo y se desmontó. La noche había cerrado y apenas si la escasa claridad de las estrellas permitía ver el camino. Acortamos la marcha del caballo, preguntándole a Segundo qué le ocurría.

—Nada, patrón. Me hallé un cuchillo — nos respondió, mientras volvía a montar.

Aunque estos hombres nos tienen acostumbrados a sorpresas del género, admiramos aquel prodigio de buena vista, pues el cuchillo encontrado era de pequeñas proporciones, cabo obscuro y vaina descolorida, y como hemos dicho, apenas la tenue claridad de las estrellas permitía ver el suelo.

A poca distancia del lugar del hallazgo, Segundo se apartó de nosotros, yéndose a su "puesto". Seguimos con el muchacho hacia la estancia, poniendo al galope los caballos.

Quisimos aprovechar la oportunidad para dar una lección práctica a Pedro — así se llamaba el mocetón — y comenzamos a decirle: ¿Has visto? Los hombres, cuando andan en el campo no deben distraerse ni ir mirando el cielo. Fíjate cómo Segundo, a pesar de la obscuridad, encontró ese cuchillo.

Ibamos a continuar la conseja, cuando Pedro nos interrumpió exclamando:

—¡Bah! Hoy me hallé un auja en la huella y aquí l'ando traendo en el sombrero.

Quedamos perplejos, corridos, ante lo estupendo de la respuesta. El que queríamos aleccionar nos resultaba un portento en la materia, pues ver entre el polvo del camino, al paso del caballo, una aguja, acusa tal finura de vista que creemos no puede ser superada.

Aplaudimos la hazaña y la previsión de haber recogido el útil y pequeño adminículo, riéndonos en nuestro interior del chasco que el muchacho nos había dado.

RIMA DE AMOR

I

Por el riacho pintoresco
va la lancha de vapor.
¡Qué bien juega el viento fresco
con las gasas de color!

Abriendo apenas la honda
va la lancha de vapor;
hay una cabeza blonda
que ilumina el estribor!

Entre las verdes orillas
va la lancha de vapor.
¡Cómo lucen las sombrillas
en el pleno resplandor!

Bajo los sauces llorones
va la lancha de vapor;
a bordo, dos corazones
palpitan más que el motor.

Llena de voces y risas
va la lancha de vapor.
¡Qué bien comentan las brisas
los murmullos del amor!

II

En la calma de la noche
se oye el ritmo del motor.
¡Qué hermoso hablar *sotto voce*,
entre un ruido protector!

Va al amparo de la luna
monologando el motor.
De los cielos baja una
sordina para el color...

Los apagados rumores
desmayan en el motor.
¡Cómo repliegan las flores
su manto multicolor!

Todos callan. Hacia el prado,
que agoniza en derredor,
las palabras han volado
de la lancha de vapor...

Todos callan... Las pausadas
vibraciones del motor
gruñen como fatigadas...
Pero hay manos enlazadas
en la lancha de vapor...

Belisario ROLDAN.

Tomás Morales: *el poeta del Atlántico*

*¿Eres tú el de la nueva generación riente
que llegas con las manos ungidas de armonía,
y que cual ígneo faro conduces en la frente,
para guiar las almas, la luz de la Poesía?...*

("El Poeta Futuro", Salvador Rueda).

La vida emocional de Gran Canaria, antes del advenimiento de Tomás Morales, se concentraba en el hogar o se expandía por las lejanas tierras: la Argentina, Cuba, el Uruguay, Venezuela... El Atlántico era la distancia y el tiempo: algo indeciso, obscuro y temeroso. La isla emergía de él, y allá, a lo lejos, las otras islas le tendían sus brazos cordiales sobre el abismo azul.

Fué Tomás Morales el primero que amó el Mar por sí mismo. Las Razas que poblaron su Isla natal lo tuvieron por muralla: la guanche, y por camino: la española. Tomás Morales concentró la mirada en el infinito azul, y fué extrayendo del océano ingatoble los tesoros de su inspiración. Y en su lira de bronce las brisas y los huracanes del Atlántico se hicieron armoniosos, porque habían encontrado el instrumento.

Para que el Mar sea un motivo en el libro de un Poeta — ¡él, el formidable!... — tiene que ser un Dios. Tomás Morales, desde las cumbres de su Isla, abarcó el horizonte que tendía en torno su arco de oro; y en la copa murrina del cielo tornasolado sació el alma inmortal su sed de belleza.

* * *

Era el momento augusto en que el Sol bebe en las aguas del Océano y deja flotar sobre el lago azulado las hebras doradas de sus barbas caudalosas. En el espejo inmenso contemplaba el numen su gloriosa vejez triunfante. El Mar daba la nota del atardecer con un suave rumor de plegaria. Y aunque la Noche sigilosa procuraba ceñirle sus velos de sombras a las sienes, aun el Astro-Rey esparcía en el espacio su pompa barroca.



Tomás Morales, inspirado poeta canario, de cuya prematura muerte se cumple el quinto aniversario el día 15 del actual.

El Poeta sumergía la mirada en los fulgores del crepúsculo con el ansia sagrada de descubrir el origen de toda belleza. El Sol moribundo ponía las temblorosas pinceladas de su paleta luminosa en las nubes dispersas. Súbitamente la Noche cubrió la aureola con el turbante de un nubarrón gris, que tachonaron las estrellas; la Luna, irónica, tiñó de plata las barbas flotantes, y la corva hoz de acero del horizonte, segó la calavera del Sol, monda de luz... En la lámina vibrante del Atlántico se volcó el mapa estelar.

Fué así en la noche propicia a la evocación, cuando el Poeta recibió la revelación del ancho mar sin límites. Ascendía de las playas la ruda fragancia de las ovas y las algas que se pudren en las bajas mareas; el latido gigantesco de las olas que rompen en la costa y el resuello del viento en los turbós de piedra basáltica... El suspiro del Océano, que recorre el meridiano y va de polo a polo...

El alma de Tomás Morales se empapó en este hálito del Mar, y sus sentidos aspiraron las emanaciones genesíacas del Padre venerable. Y nació en él la pasión por las ondas movibles, por las sirenas cantadoras y los tritones caracoleantes.

El hijo de la Isla volcánica, severa y de flancos abaluartados, se enamoró de la ola fugitiva y de la frágil espuma. Y empleó la recia voz de la montaña en cantar las maravillas de la llanura azul.

Por las cuerdas de su lira fluyen las aguas con rumor de torrente... El viento acorda al tono grave de su canto sus caprichosos giros... Y el ritmo es el del Tiempo, eterno como el Mar...

José RIAL.

Las Palmas de Gran Canaria, julio, 1927.

El mar es como un viejo...

El mar es como un viejo camarada de infancia,
a quien estoy unido con un salvaje amor;
yo respiré, de niño, su salobre fragancia
y aun llevo en mis oídos su bárbaro fragor.

Yo amo a mi puerto, en donde cien raros pabe-
[llones
desdoblan en el aire sus insignias navieras,
y se juntan las parlas de todas las naciones
con la policromía de todas las banderas.

El puerto adonde arriban, cual monstruos ja-
[deantes,
desde los más lejanos confines de la tierra,
las pacíficas moles de los buques mercantes
y las férreas corazas de los navíos de guerra.

Y amo estos barcos sucios de grasientos paveses,
de tiznadas cubiertas y herrumbrosos metales,
a cuyo bordo vienen marinos genoveses
de morenos semblantes y ojos meridionales.

Y a esos pobres patachos, tristes, desmantelados,
de podridas maderas y agrietado pañol;
más viejos que estos lobos que en un "huacal"
[sentados,
"al soco" de los fardos están tomando el sol.

Y en tanto humean sus pipas, contemplan las
[viajeras
naves, que hunden sus torsos de hierro en la
[bahía,
y relatan antiguas andanzas marineras,
en las que, acaso, fueron los héroes de un día.

Gavieros atrevidos y patrones expertos,
que en la noche sondaron los más distantes
[lares,
que se han tambaleado sobre todos los puertos
y han escuchado el viento sobre todos los
[mares...
Y oyeron de las olas los rudos alborotos
golpear la cubierta con recia algarabía,
entre los crujimientos de los mastiles rotos
y las imprecaciones de la marinería.

Y luego, cuando el barco navegaba inseguro,
y era la noche negra como un ceñudo arcano,
miraron, en el fondo del horizonte obscuro,
aparecer la luna como un fanal lejano...

¡Oh, gigante epopeya! ¡Gloriosos navegantes
que a la sombra vencisteis y a la borrascosa
[fiera,
gentes de recios músculos, corazones gigantes;
yo quisiera que mi alma como las vuestras
[fuera!

Y quisiera ir a bordo de esos grandes navíos,
de costados enormes y estupendo avanzar,
que dejan en las nubes sus penachos sombríos
y una estela solemne sobre el azul del mar.

Y el timonel sería de esa griega corbeta
que hincha sus velas grises en el ambiente
[azul;
o el capitán noruego del bergantín-goleta
que zarpó esta mañana con rumbo a Liverpool...

¡Hombres de mar, yo os amo! Y con el alma
[entera,
del muelle os gritaría al veros embarcar:
¡Dejade ir con vosotros de grumete siquiera;
yo, cual vosotros, quiero ser un lobo de mar!

Esta noche la lluvia...

Esta noche la lluvia pertinaz ha caído,
desgranando en el muelle su crepitar eterno,
y el encharcado puerto se sumergió aterido
en la inmensa negrura de las noches de
[invierno.
En la playa, confusa, rezonga la marea,
las olas acrecientan en el turbión su brío,
y hasta el medroso faro que lejos parpadea,
se acurruca en la niebla tiritando de frío...

Noche en que nos asaltan pavorosos presagios
y tememos por todos los posibles naufragios,
al brillar un relámpago tras la extensión som-
[bría;
y en que, a través del viento, clamorosa resuena,
ahogada por la bruma, la voz de una sirena,
como un desesperado lamento de agonía...

Puerto de Gran Canaria...

Puerto de Gran Canaria, sobre el sonoro Atlán-
[tico,
con sus faroles rojos en la noche calina,
y el disco de la luna bajo el azul romántico,
rielando en la movible serenidad marina...

Silencio de los muelles en la paz bochornosa,
lento compás de remos, en el confín perdido,
y el leve chapoteo del agua verdinosa,
lamiendo los sillares del malecón dormido...

Fingen, en la penumbra, fosfóricos trenzados
las mortecinas luces de los barcos anclados,
brillando entre las ondas muertas de la bahía;

y de pronto, rasgando la calma, sosegado,
un cantar marinero, monótono y cansado,
vierte en la noche el dejo de su melancolía...

Tomás MORALES.






La noche del gran misterio

Por José Ma. Pemán

Estamos en Sevilla, y es la noche del Jueves Santo.

Lector: si eres amigo de fiestas y holgorios, y el bullicio te atrae, y los focos eléctricos te encandilan, corre a la plaza de San Francisco, que allí, entre tribunas y gallardetes, no sin un asomo de aparato teatral, podrás ver desfilar lo más lucido de las Cofradías sevillanas, hechas un ascua de oro... y podrás, al propio tiempo, gozar de la algazara, que no es pequeña; y sorprender algún comentario popular, que suele ser cosa sabrosa, y atisbar de reojo al mujerío, que tampoco suele ser cosa insípida...

Pero si eres soñador y poeta, y sabes paladear las cosas interiores, y no ignoras el arte de vivir contigo mismo, vente, lector, a esta calleja apartada y solitaria, que aquí en el propio barrio de Santa Cruz, cogollo de Sevilla, espera a los amigos de la meditación, recogida y silenciosa, como si la luz blanca de esta luna del Parasceve la hubiera sumido en el arrobo...

Párate aquí; no respires; acalla, si puedes, el propio ritmo de tu pulso; y paladea un momento uno de esos dones que Dios nos regala cada día, y que los hombres no le sabemos agradecer: el silencio...

Y ahora escucha... ¿no oyes, como si viniera filtrándose por las paredes, un rumor confuso como de oleaje o de marea; y de vez en cuando, lejano y misterioso, un chillido de trompeta, que parece que se queja o que llama?... Y ahora... ¿no escuchas lejos, muy lejos, el sollozo quebrado de una saeta?... Y en la atmósfera tibia y quieta, toda blanca de luna, ¿no hueles a rosas y a musgo y a cera?...

Son las cofradías; las cofradías lejanas, que van llenando de luz y de clamores, el centro de la ciudad.

Aquí, no. Aquí sólo llega, como si dijéramos, la quintaesencia espiritual de las cofradías. Aquí, como si viniera tamizándose al través del ambiente encantado de la noche, el espíritu de este día, el más grande del año, llega limpio de todo aparato exterior y terrenal; adelagazado y puro; en punto para hermanarse con las almas, y arrancar de sus raíces lágrimas interiores...

Esa saeta lejana, que acaba de escucharse, ha dejado, al venir por el camino, sus palabras, sus pobrecillas palabras humanas, y ha llegado aquí convertida en un puro sollozo... ¡pero en un sollozo que le dice al alma mucho más que todas las palabras!

Y ese *paso*, que va deslumbrando las calles céntricas, con sus joyas y su candelería, aquí no es más que un aroma confuso de flores y de cera derretida... Y ese rebaño humano que se apiña en la plaza, para ver desfilar la cofradía, aquí no es sino un lejano rumor, como el de una oración musitada entre dientes...

Es como si el alma de la saeta, y el alma de las flores, y el alma del pueblo todo, se hubieran desprendido del centro de Sevilla ansiosas de gozar la calma tibia de esta noche de plenilunio, y hubieran pasado volando, por esta callejuela solitaria...

Por eso aquí, mejor que allí, se siente el Jueves Santo.

La quietud, el aroma, el silencio de esta calle sola, dormida en la noche de primavera, hablan al alma, de la noche del gran Misterio del Amor.



—¿Quince mil pesos por este coche? ¡Pero si su valor es escasamente de mil!
—¡Eso es! Mil, y catorce mil que me ha insumido en indemnizaciones por atropellos, son los quince mil que le he pedido.

Aquella noche, la historia del mundo se partió en dos mitades... Antes estaba el espíritu como dormido; apenas balbucía sus primeras palabras. El Jehová del Viejo Testamento es el padre material que se aparece a sus hijos, y departe con ellos; y los reprende con voces de ira, y les da por su mano la ley, grabada en piedras... Pero en la noche del Jueves Santo el espíritu se abre como una flor a la salida del sol. Ha llegado la pelnitud de los tiempos, y Jesús, antes de consumar el sacrificio, lega a los tiempos nuevos, como su sello propio, el Sacramento del Amor.

Y el Sagrario, manantial y rosa viva del espíritu, es desde entonces el monte Horeb, y la collmna de fuego de las generaciones nuevas; el espíritu desde aquella noche es el alimento, y el sostén, y la razón de ser de los tiempos nuevos...

No fué un Santo Padre: fué Hegel el que dijo que toda la vida moderna es cristiana. Y lo es por eso; porque a partir de la noche del Jueves Santo el espíritu es el que moldea el modo de pensar y de sentir y, en general, la vida toda de los pueblos...

Es el espíritu, médula del Testamento Nuevo, el que, derrocando los Apolos y las Gracias, viejas encarnaciones de la forma pura, ha traído a las almas este adelgazamiento supremo, base de la sensibilidad nueva y del pensamiento nuevo.

La luz del espíritu, forma nueva y superior de belleza, que todo lo redime y purifica, es la que ha abierto a las formas incorrectas las puertas del Arte; y la que ha encendido en el alma la curiosidad de las cosas pequeñas; y la que ha hecho que un hombre pudiera sentir fraternales derretimientos por las florecillas del campo y las fieras del bosque; y la que ha hecho que otro se embriagara, como en aroma de flores, en el hedor de las úlceras de un leproso...

Y esa luz , la luz del espíritu, es la que ilumina esta calle apartada de Sevilla, en la noche del Juves Santo...

La belleza de este momento y de este lugar es puramente cristiana. Un griego no hubiera podido comprenderla. Porque no está en la forma, está en el alma, en el íntimo sentido de las cosas mismas. Este no es encanto que se ve, sino que se siente...

El encanto de este ambiente tibio y claro, que hace que el alma quisiera tener alas; el encanto de este olor de primavera, que enajena el espíritu; el encanto de este silencio, que dice tantas cosas; el encanto de esa Giralda, que allá, sobre el fondo del cielo, se eleva como una oración; el encanto lejano de esa saeta que se oye, y no se entiende, y de esas flores, que se huelen y no se ven; todo esto tan puro y tan sutil, es obra del espíritu; herencia del supremo don que legó Cristo a los tiempos nuevos... ¡migajas de la mesa del Jueves Santo!

... ...

Allá, en el centro, Sevilla arde en fiestas y algazara. La luz, el sonido, los colores, todo cuanto es lujo de los sentidos, riman la sinfonía del Día grande...

Aquí, no. Aquí, en esta calle, está a solas el alma de Sevilla frente a frente al Dios del Amor. Aquí Sevilla ha caído de hinojos, y reza con palabras de silencio, en la quietud de la noche del gran Misterio; y, envuelta, como una desposada, en el mismo velo blanco del plenilunio, quiere, adelgazada y ligera como el espíritu, volar a unirse con su Señor en unas bodas místicas...

Quizás por eso llega ahora, en la brisa, esta fuerte fragancia de azahares...

¡¡MIEDO!!

Por F. González - Rigabert

Fué aquella la noche más terrible de mi vida. Todavía, al recordarla, siento calofríos en todo el cuerpo... La evidencia de una muerte alevosa y cruel excitó dolorosamente mis nervios y puso miedo en mi espíritu, ¡un miedo tremendo!... del que hubo de contagiarse mi amigo Carlos Valiente.

Acababa yo de heredar de mi tía Dionisia — mujer soltera, entrada en años y gruñona — sesenta mil duros; un capitalazo... para mí, acostumbrado, como estaba, a la modestia económica de mis padres, primero, y después a la tacañería de aquella tía (dicho sea con todos los respetos), que sólo me permitió disponer de tres o cuatro reales los domingos y fiestas de guardar... cantidad irrisoria, descontada de mi sueldo como tenedor de libros en el comercio de un viejo anticuario.

Mi buen comportamiento con tía Dionisia — quien ,por otra parte y dado su carácter enérgico e intransigente, no me hubiese consentido, a pesar de mi mayor edad, el más leve extravío, so pena de desheredarme — valióme el que, a su muerte, ocurrida a los dos años de comenzada su tutela, me viese dueño de trescientas mil pesetas. Ya lo he dicho: ¡un capital! ¡Una fortuna enorme! Y como consecuencia, mi cambio instantáneo de esclavo, de pobre oficinista, en potentado, en un mimado del Destino...

¡Era de ver el magnífico entresuelo — amueblado conforme al *dernier cri* de la moda — que alquilé en una de las calles más céntricas de Madrid! Un negrito auténtico, uniformado de rojo, guapo mozo y excesivamente cumplido, abría la puerta y recibía a los visitantes con toda clase de etiquetas y galanterías, sobre todo tratándose de "damas" y "damitas" — así decía él — muy abundantes, por cierto, en el ya extenso número de mis relaciones.

Tres meses llevaba yo de "nuevo rico", y mi nombre y mis apellidos (Luciano García Gómez), este nombre y estos apellidos vulgares que me cupieron en suerte, eran pronunciados en un tono entre respetuoso y admirativo, debido a la excelente maña que supe darme para hacer ascender — nominalmente, se entiende — mi capital a la fabulosa suma de ¡quince millones de pesetas!... en fincas rústicas y urbanas, importantes acciones de poderosas empresas y en dinero contante y sonante...

Nadie osó preguntarme quién fuera ni de dónde procedía; costumbre, por lo que pude ver, muy generalizada entre la moderna "gente bien", donde, a menudo, la apariencia, la hipocresía y la mentira encubren la plebeyez de muchos personajes hechos, como yo, de golpe y porrazo.

* * *

Paso por alto innúmeros incidentes de que fuí actor unas veces y otras espectador en mi flamante existencia de aparente millonario, y entro de lleno, temblándome las carnes al pensarlo, en el hecho objeto de este relato.

Un día Carlos Valiente, que a la sazón dábase buena prisa a disfrutar conmigo la herencia de tía Dionisia (¡Dios la tenga en descanso!), me propuso un viaje en *auto*, cuyo principal atractivo consistiría en no llevar dirección conocida. Esto, que tal vez a alguien parecerá una locura, no deja de tener sus alicientes, más para personas deseosas de sensaciones.

Acepté encantado y emprendimos la marcha al amanecer de un buen día de marzo, previo el cuidado de poner en mi cartera unos billetes de Banco en cantidad de veinticinco mil pesetas.

Todo fué bien al principio. La temperatura espléndida, propia del tiempo primaveral, y delicioso el paisaje. Ello y el coñac libado con frecuencia de unas botellas que llevábamos como única provisión de boca, aumentaba por instantes nuestro contento. Así, optimistas hasta más no poder, se nos pasó la mañana en tragar, a gran velocidad, kilómetros y kilómetros..., y grandes buches del rubio licor, que limpiaba nuestras gargantas del polvo del camino y daba, a la vez, alegría a nuestros espíritus. Sabido es que el coñac — como de Massenet ha dicho Gustavo Charpentier: *Aime a remplir d'allégresse tous ceux qui l'approchent...*

Pero, ¡ay!, esta alegría nuestra fué tornándose en un mal humor progresivo, a medida que las horas iban trancurriendo sin que nos fuese dado hallar mesón o ventorro donde satisfacer, siquiera frugalmente, la necesidad de nuestros desfallecidos estómagos. Carlos, de rodillas en el estribo del coche y cruzadas devotamente las manos, rezaba fervoroso, encomendando nuestra suerte a todos los santos del cielo. Yo, a mi vez, muy de corazón, hice ofrenda de un gran cirio a Santa Rita de Casia, abogada de lo imposible...

A prima noche, una luz, a lo lejos, nos descubrió la existencia de seres humanos en aquel, para nosotros, inquietante desierto. Tratábase, en efecto, de una vivienda de humildes campesinos, matrimonio reciente, según supimos luego; garrida moza ella, opulenta de carnes y de saludables colores en su rostro simpático. Al igual de la mujer, tenía él ese aspecto vigoroso, sencillo e inconfundible de la gente del campo, encantadoramente ignorante, por lo general, de los cumplidos y etiquetas de uso en las grandes ciudades. Con ellos nos recibieron dos lustrosos gatos cenicientos, cuyos maullidos denotaban la extrañeza que les causara nuestra súbita presencia a tales horas.

Los buenos labriegos hiciéronnos participar de su modesta cena: una abundante sopa de ajo, bien codimentada con pimentón, huevo y anchos trozos de tocino frito; rociado todo ello de un sabroso vino tinto, bebidó a chorro de porrón, y como postre unas rebanadas de exquisito queso manchego en aceite.

Levantado el mantel, y tras una breve y entretenida sobremesa, durante la cual no omití el hacer vanidosa mención de los quince millones, mi fantástica riqueza, hubimos de aceptar la blanda cama del matrimonio, que muy cordial y reiteradamente nos fué ofrecida. Era la alcoba de una pequeña y limpia pieza de blanquísimas paredes enjalbegadas, comunicando al espacioso corral donde habíamos dejado el *auto*, y cuyo portón daba al campo, a poca distancia de la carretera.

Al punto de entregarnos al descanso percibimos el rumor de la conversación mantenida a media voz por nuestros improvisados hosteleros, en una habitación cercana.

Sabiendo, como sabíamos, que los jóvenes se hallaban en su luna de miel, Carlos y yo, picados por la curiosidad, quisimos escuchar lo que creíamos el "dulce arrullo de los dos tórtolos",...

Nos echamos con todo sigilo fuera de la cama, y a tientas, en la completa obscuridad de la alcoba, llegamos hasta la puerta. El silencio de la noche permitíanos oír casi todo el diálogo. En él se hacía referencia a la inmensa fortuna de que yo, momentos antes, habíame fingido dueño... Luego de otras palabras que no pudimos entender, llegó a nosotros, pronunciada por el matrimonio, nada menos que... ¡¡nuestra sentencia de muerte!!

—Esperaremos — dijo el hombre con una tranquilidad pasmosa — a que estén bien dormidos. Entonces, tú, con el mazo grande, y yo con el azadón, les damos a cada uno un golpe en la cabeza...

—No hará falta más... — terminó muy tranquila, asimismo, la mujer.

—¿Oíste, Luciano?... — gimió mi amigo, horrorizado.

—¡Ay, Carlos!... — respondí, con el pánico propio de un condenado a la última pena. — ¡Esto es horrible!

Empezó a rezar balbuciente:

—Pa... padre nuestro... que... que estás... tas... ta en los cielos... san... santificado...

Notando su temblor nervioso, hube de preguntarle, nerviosísimo a mi vez:

—¿Qué... tienes... V.... Valiente?

—¡Miedo!... — contestó. — ¡Un mi... miedo tremendo!... ¿Tú no... no?...

—Sí... sí... ¡Tengo mi... miedo! ¡¡mu... mucho... mieeeedo!!

Todo, después, pasó como una pesadilla, una horrible pesadilla...

Vestidos apresuradamente, procurando no hacer ruido, salimos al corral, y abierto sin saber cómo el portón, nos lanzamos a la carretera, en el *auto*, a toda marcha... Carlos seguía rezando; yo reiteraba el piadoso ofrecimiento de un buen cirio a Santa Rita de Casia... En esto eché de menos mi cartera con los cinco mil duros, que había quedado debajo de la almohada.

... ...

Era bien entrado el día cuando llegamos de nuevo a la casa de los campesinos..., quienes nos dijeron su sorpresa por nuestra repentina y para ellos extraña ausencia.

Nosotros, no por completo repuestos del susto de la noche fatídica, achacamos aquélla a un súbito capricho de pasear por despoblado en la madrugada...

* * *

Suculento, en verdad, fué el almuerzo; un abundante y muy substancioso guisado de carne... Tampoco faltaron el confortable vino tinto, a chorro de porrón, y el queso manchego en aceite.

Al despedirnos, la opulenta recién casada, más franca que su marido, correspondiendo a nuestros elogios a sus buenas dotes de cocinera y a la exquisitez de las pitanzas, creyó un deber confesar que, en la imposibilidad de hacernos el regalo de otros manjares, ya que el pueblo más próximo distaba de allí una legua larga, decidieron sacrificar — no obstante el mucho cariño que les tenían — a sus dos lustrosos gatos...

—A tales señores — concluyó con simpática ingenuidad — tales honores.

En agradecimiento, entregué a nuestros obsequiosos huéspedes un billete de mil pesetas, que no rehusaron.

LOS POEMAS DE LA MUJER

Para "FRAY MOCHO".

Te dejo mis besos sedeños y breves,
rimando en la noche de tu alma sumisa...
mi abrazo es la cinta de tonos más leves...
mi amor, un fantasma que el suelo no pisa...

Me quieres más roja... ¿No sabes, amado,
que el rojo es violencia?... Tú nunca me has dado
la clave que exige mi amor impetuoso...
Tu mano es tranquila; tu gesto, dichoso...

Quizás algún día... Quizás algún día
rimemos a un tiempo la ansiada armonía:
tendrás en tu cuerpo, tus labios, tus manos,
mis besos de fuego, mis besos gitanos,
en toda la fuerza de mi honda pasión,
¡si lanza tu boca la voz desafiante
o el divino rayo de la rebelión!

Alicia PORRO FREIRE.

Era demasiado bueno

Por Augusto Blanche

El domingo pasado me encontré el siguiente anuncio en las columnas de las defunciones:

"Federico Guillermo Ofverstrom, pastor de la parroquia de la Katarina, procurador del Estado en las oficinas de la Deuda Nacional, murió tranquilo y en paz de Stokolmo, etc."

La impresión que me produjo esta lectura trajo a mi memoria un recuerdo de unos cincuenta años atrás. No hacía mucho tiempo que lo había visto e ignoraba hasta que estuviese enfermo. Superior a mí en años y muchas otras cosas, me precedió también en la tumba.

Un día, debe hacer de esto lo menos cincuenta y cinco años, se me acercó en la calle y me dijo:

—"¿Puedo ir mañana por la mañana temprano, para estudiar mi lección en vuestro libro?"

—"¿Pero, es que no tenéis libros?"

—"No; voy a estudiar todas las mañanas a casa de algunos de mis condiscípulos. Había oído hablar de los llamados días de pupilaje para los niños de escuela y jóvenes estudiantes pobres. Ignoro si Ofverstrom pasaba por tales días; pero a fe que bien los necesitaba. Jamás lo vi traer un mendrugo de pan para almorzar en la escuela, sino que cada cual le daba un pedacito del suyo, y se lo comía con la misma rapidez que aprendía las lecciones. Al mismo tiempo, sin poseer un solo libro, aprendía para él y para todos nosotros. Era nuestro diccionario, por lo cual le reprendían a menudo los profesores; y, sin embargo, seguía siendo el favorito de todos ellos. Pero era inútil, pues continuaba apuntándonos mientras recitábamos las lecciones.

—"Ofverstrom es imposible" — decían los profesores; — "es demasiado bueno".

No era pendenciero, como la mayoría de nosotros; hasta a los mayores insultos contestaba con una sonrisa desdeñosa.

—"Ofverstrom es imposible" — decían los muchachos; — "es demasiado bueno".

Fuí a visitarle un día y estuve llamando largo rato a la puerta de un obscuro zaguán, situado a espaldas de una casa de Regeringsgatan. Al fin la puerta se abrió, pausadamente. Respirábase dentro un fuerte olor a ropa húmeda y prensada, y a través del vaho que infeccionaba la estancia distinguí a un hombre sentado ante una mesa de sastre: era el padre de Ofverstrom. Este salió en aquel momento.

—"No estoy instalado de manera adecuada como para recibiros" — dijo, empujándome hacia dentro, embarazosamente.

—"Instalado en forma conveniente para recibir a un muchacho de nueve años" — pensé. — "¿Será posible que yo sea un personaje más importante de lo que me figuraba?" Proseguía en mis reflexiones cuando oí una voz de mujer que decía desde el cuarto:

—"Oh! supongo que será algún nuevo estudiante de primeras letras a quien va a comunicar su ciencia; el pobre Guillermo es tan bueno..."

No repetí la visita. Cuando ingresé en la escuela preparatoria, Ofverstrom estaba ya a la cabeza de los más adelantados. Si no recuerdo mal, había saltado un año entero en la división inferior. En los ejercicios graduales oí al Olof Wallin pronunciar las siguientes palabras:

—"¡Jóvenes! Si queréis adelantar en el mundo y ganar el respeto de vuestros semejantes, imitad a Ofverstrom; es la personificación de la laboriosidad y de los más elevados principios".

Ignoro cuántos siguieron el consejo; pero me atrevo a decir que los que menos lo atendieron fueron más lejos que los demás. Un año después lo encontré otra vez, siendo preceptor de los hijos de un alto funcionario del Estado. Cuando me separé de él, me dijo el padre de los muchachos:

—"Me considero dichoso por haber encontrado un preceptor como éste para mis hijos; pero es el hombre menos práctico que he visto en mi vida, por lo que respecta a su propio bien. Es tan feliz si tiene una levita de respeto, como si no la tiene. Es demasiado bueno, y por ese camino no se va muy lejos. No podrá pasar de lo que es hoy".

—"Demasiado bueno; ya apareció aquello otra vez" — pensé yo.— "Desde luego, que no pasará de donde está ahora. La personificación de la laboriosidad y de los elevados principios se quedará sin colocación, como las mujeres que comen pavo en los bailes".

Es más que probable que Ofverstrom jamás habría ido a la Universidad si otros no lo hubiesen necesitado. Se unieron doce estudiantes y lo hicieron quedar en Upsala, para poder contar con él en sus "pro exercitio" y "pro gradu". Obtuvo un éxito asombroso. Uno de ellos salió con nota de "non sine laude", otro con "cun laude", un tercero con "laudatur", y así sucesivamente. Pero, ¿y el pobre de Ofverstrom? A punto testuvo de que lo expulsasen, porque se descubrió la verdadera misión en la Universidad.

—"¡Habráse visto jamás una cosa semejante!" — decía el profesor. — "Sólo viene a Upsala para ayudar a los holgazanes. ¡Bonito papel!"

Esto, en resumidas cuentas, no era más que variación sobre el antiguo tema.

El, entre tanto, sacó de la ocasión que se le había presentado, todo el partido posible, y en sus ratos perdidos se preparó para graduarse en teología. Fué muy vigilado en los exámenes a causa de su bondad. Se mantuvo pálido y encorvado, como siempre; pero contestó debidamente a todas las preguntas con gran concisión. De buena gana le hubiesen dado calabazas; pero en aquella ocasión se mantuvo bien firme.

Un día fuí con él a su alojamiento de Upsala. Había alquilado un cuarto en casa de la pobre viuda de un empleado, que admitía estudiantes por cuarenta pesos por mes. La comida y, sobre todo el precio le convenían. Encontramos en la escalera a la hija de la viuda, que era una muchacha muy bonita. Ofverstrom se puso colorado, y no daba pie con bola. Cuando un hombre listo e instruído se ruboriza y pierde el tino en presencia de una muchacha, se puede tener la certeza de que está profundamente enamorado; pero es un amor que no se atreve a nada de por sí. Vive con la esperanza de un sí, y teme al mismo tiempo la posibilidad de un no, y de esta manera el pobre hombre se halla suspendido entre el cielo y la tierra, hasta que acaba por achicharrarse.

—"¿Qué os parece Ofverstrom?" — pregunté a la hija de la viuda, un par de días después de esta escena.

—"¿Quién? ¡Ah! os referís a ese hombre modesto, de botas remendadas, que siempre me da las gracias por mi "Toasted Knights", porque cree, sin duda, que soy yo la que los hago?"

"Toasted Knights" es el nombre de un plato de dulce, que se hace con azúcar tostado, sumergido en jalea de arándano; postre que no se servía en Upsala más que los domingos.

—"Es un hombre inteligentísimo — aseguréle yo — "y más bueno que el pan".

—"Me atreveré a decir que sí, y aun que es demasiado bueno; pero, poco o mucho, lo echa todo a perder" — dijo la muchacha, sin impresionarse lo más mínimo.

De esto se puede deducir que debe ser ventajoso poseer sólo un grado y medio de bondad.

Ofverstrom estuvo empleado en el Consejo Episcopal de Stokolmo, y fué procurador del tribunal espiritual, bajo diversos gobiernos, pues nunca se consideró apto más que para los puestos subalternos. Gestionó y obtuvo un curato perpetuo en una de las parroquias más pobres de la ciudad, por aquello de que cada oveja con su pareja. Por su gran economía, hija de sus necesidades de muchacho y de sus hábitos de hombre, y en particular por su honrada labor bajo los constantes cambios de administraciones, conservaba un capital muy saneado, del que prestaba generalmente a los estudiantes de teología pobres; bien sabía dónde apretaba el zapato. ¿Exigiendo garantías? ¡Sí, sí; a propósito era él! No; también para eso era demasiado bueno. Valía la pena de haberlo hecho procurador para los casos de deudas nacionales, especialmente cuando los empréstitos del gobierno tuvieran que contratarse con banqueros alemanes.

Finalmente, Ofverstrom llegó a ser el pastor de su parroquia; pero no fué cosa fácil de conseguir, a pesar de que todo el mundo lo quería.

—"No cabe duda que lo merece más que nadie" — decían; — "pero es demasiado bueno".

Pero como se hizo cargo de la parroquia en el año de gracia, no recibió salario alguno, ni nunca lo pudo disfrutar, porque muy poco después de aquel acontecimiento fué demasiado bueno hasta para disfrutar de esta vida.

REFLEXIONES

Cada pensamiento es una culminación que puede ser una flor o un fruto. Los primeros inducen, interrogan lo desconocido, vislumbran la verdad, mientras que los segundos la afirman.

* * *

Si no podemos pensar sin palabras y sin articular a éstas sordamente, como lo demuestran los movimientos que hacen entonces, la laringe y la lengua, ¿cómo es posible que puedan comunicarse dos cerebros a través de la distancia si no se establece antes un abecedario, como para el telégrafo, aunque sea sin hilo?

* * *

Si fuera posible la transmisión del pensamiento a distancia, ya se habría perfeccionado tanto el procedimiento que el cable y los radiogramas hubieran sido derrotados por la Telepathic Company.

* * *

A veces, perdiendo el tiempo en imaginar cómo será el mecanismo de la memoria, se me ha ocurrido que debe parecerse al de esas enormes tiendas llenas de un público hormigueante, en que los inspectores indican el renglón buscado, los dependientes atienden en el mostrador, los ayudantes buscan en los estantes los artículos pedidos, marchando todo con el mayor orden y sencillez, en medio de la más espantosa confusión aparente.

* * *

Cuando nos obsesiona y mortifica la evocación de una palabra olvidada es porque, subconcientemente, nos damos cuenta de que la palabra está inscripta y tiene que aparecer. El trabajo de buscarla sigue, a "notre insu", en los fabulosos depósitos, y de repente nos la presentan en el mostrador.

Julio PIQUET.

El cuarto título

Por Damián Roda

María — toledana cenceña, pelo corto, gimnasia, dos títulos — se sentó a la máquina de escribir. Nadie todavía en el despacho. Estaba alzada la cortinilla del ventanal frontero, y el paisaje bilbaíno se recortaba en los oros de la mañana primaveral. El verde turbio de la ría brillaba con reflejos de metal ensombrocidos bajo el tajamar de las naves. Luego de sonreír brevemente a la caricia matinal, comenzó a escribir en las anchas hojas la prosa pesada y ritual de los documentos comerciales.

De pronto se abrió la puerta de cristales esmerilados y asomó un rostro.

—Señorita María, don Eduardo la llama.

Don Eduardo era el jefe. Salió con sus pasos menudos, y un momento después saludaba junto a la mesa directorial.

—¡Buenos días!

Con fino sentido mercantil, don Eduardo omitió una respuesta, absolutamente improductiva. Luego, con su voz dura, metálica:

—¿Terminó usted?

—No, señor.

—¡Eso no es lo que usted ha prometido!

Iba el reproche aderezado con una sonrisa mundana, llena de dobleces.

—¿Que yo he prometido?...

—Creo que sí.

—¡No recuerdo!...

—Pues voy a necesitar una mecanógrafa con más rapidez... y más memoria.

Al pronto no supo contestar. Sintió cómo toda su sangre juvenil de amazona fuerte se le agolpaba en el cerebro; un fuerte deseo de insultar a aquel hombre calvo y patizambo, que ayer mismo la miraba con la mirada fosforescente de impurezas turbias. Vió clara la alusión a una promesa no formulada, y de pronto, como si se le abriera la cortina del misterio en el cual se originaba la hostilidad inesperada, se le esclareció la realidad fulminante.

—¡Está bien!

No dijo más. Y torciendo sobre sus pasos se dedicó a buscar en el guardarropa sus atavíos callejeros.

Don Eduardo, alma fuerte, mimada por la constante caricia del éxito, rumió sus palabras con delectación sibarítica y, como los sombríos traidores de la pantalla, sonrió...

* * *

Pensativa, con el casquete de paja en la mano, sintió de nuevo la voz del hombre fuerte:

—Pero, ¿se va usted?

—¿Es usted tan torpe que no lo ve?

—No es para tanto. Después de todo, otras veces le he dicho más y no ha pasado nada.

—¿Qué sabe usted de eso?

—Tampoco he estudiado yo dos carreras.

Y sonreía con un gesto mundano de exploración.

—¡Si hubiera estudiado sería otro!

—¿Y para qué quiero ser yo otro? Estoy muy conforme conmigo. Mire usted, María: quédese y permítame que le dé un consejo. No tuerza usted el gesto. Aquí donde usted me ve, sin estudio, torpe, como me ha llamado hace poco, sé de la vida mucho más que usted. ¿Lo duda? No lo dude. Yo sé de la vida mucho más que usted, porque la he vencido por mis propios méritos. Esto me ha dado una sabiduría que no se estudia en el Instituto.

—¿El consejo?...

—¡Ah, bien! Verá usted. Mi consejo es que se olvide usted de todos sus estudios.

—¡Ya! Y entonces me aumentará el sueldo.

—Precisamente. Ya ve usted, con sus dos títulos gana ahora cuarenta duros. En cambio, olvida usted su título mejor, el que más vale: el tercero.

—¿Y es?...

El de sus ojos, el de su cara morena, el de su belleza.

Don Eduardo tenía ahora en los labios su mejor sonrisa. Con sus sienes plateadas por la fiebre de los negocios, sus piernas humorísticamente flexionadas como en una graciosa interrogación, era como la proyección de un don Juan discreto, sin excesiva fuerza de seducción, resistible sin el auxilio de la virtud.

—¿Es ese su consejo?

—Ese. Piénselo.

—No. ¿Para qué? En este negocio fracasa usted. Y pierde.

Y la señorita María tiró su casco de paja y, evocando sus viejas prácticas gimnásticas, lanzó un directo al estómago del principal y otro al rostro, que se descompuso en una mueca incorrecta, propia de las circunstancias. Cayó sobre una silla, más sorprendido que lastimado.

—¿Qué quiere decir esto?

—Esto quiere decir, don Eduardo, que ahora estoy ejerciendo otro título más. ¡El cuarto, don Eduardo! ¡También soy, para que usted lo sepa, campeón de boxeo! ¡Mi cuarto título!

La profecía de San Anastasio

Los últimos momentos de San Anastasio se singularizan por una profecía que cumplióse con exactitud. Este santo era un monje persa. Vivió durante algún tiempo en el monasterio de San Anastasio. Obtuvo más tarde licencia para pasar a Cesárea, donde, por haber confesado que era cristiano, fué ahorcado el 22 de enero del año 628. En la hora de la muerte anunció la caída del imperio de los Cosroes, lo que ocurrió diez días después de su martirio.

Jura de la bandera en el cuartel de granaderos



En el cuartel de Granaderos a caballo, se efectuó la jura de la bandera por los conscriptos de la clase de 1906, incorporados a los regimientos y unidades de la primera división de ejército. — El ministro de la guerra, general Agustín P. Justo, su esposa doña Ana Bernal de Justo y demás comitiva durante la misa de campaña.





Durante la misa de campaña, oficiada en la capilla ambulante, que fué bendecida el mismo día, siendo padrinos de dicho acto el ministro de guerra y señora.



Los conscriptos de 1906, jurando la bandrea.



Señora María Obligado de Soto y Calvo.

Exposición Soto y Calvo

En los salones Witcomb acaba de exponer la señora María Obligado de Soto y Calvo una valiosa colección de bocetos, paisajes todos ellos observados por la artista en su reciente viaje por Europa. Se trata de una muestra de inestimable valor, llena de vigor juvenil y de profunda comprensión de la naturaleza, donde el talento de la distinguida pintora asoma a cada paso para llenarnos de asombro. Impresionista y ágil, la señora Obligado de Soto y Calvo ha sorprendido en los cárdenos crepúsculos italianos; en las viejas aldeas germanas, decoradas de pinos y de nieves; en el Mediterráneo, fulgurante y violeta, motivos deliciosos para su espíritu. Y su técnica, poderosa siempre, se echa en olvido ante el tesoro de poesía que encierra cada uno de sus breves paisajes. Más que bocetos, hay algunos, como "Colonia", "El Santo Sepulcro" y "Constantinopla", que son verdaderas obras definitivas.

F. E. G.

TEATROS



Pepita Evelina, danzarina yanqui, actualmente en Santiago de Chile, que en breve debutará en nuestros escenarios.



El notable atleta danés señor Christian Christensen, que dará en nuestro país interesantes exhibiciones de atletismo.



Colegio "Santísima Virgen Niña"

Monseñor Fortunato Devoto bendijo, días pasados, la estatua de la Beata Capitanio, acto del que fueron padrinos el señor Tomás Ferro y su señora esposa, doña Sara Chasio de Ferro. — Los padrinos rodeados por varias hermanas de dicho colegio.

Fots. León y Dárdano.

55.º aniversario de la Sociedad Científica Argentina





Festejando el 55.º aniversario de su fundación, en su local social, Cevallos 269, se sirvió un lunch a los asociados y sus familias. En dicha acto el presidente de la sociedad, ingeniero Nicolás Besio Moreno, pronunció un discurso, en el que destacó los puntos culminantes de la obra cultural y patriótica desarrollada por la Sociedad Científica Argentina, desde su ya lejana fundación. — A la izquierda: el público durante los discursos. — A la derecha: el ingeniero Besio Moreno, pronunciando su discurso.

Colaboradores de Fray Mocho



Señor Atilio Casime, conocido cronista deportivo, que ha entrado a formar parte de la redacción de "FRAY MOCHO".

Bibliografía



Señor José M. Braña, autor de "Los malaventurados", volumen de cuentos, últimamente editado.



Señor Alejandro Magrassi, autor del libro "Los bárbaros", recientemente aparecido.

Necrología



El diputado nacional y poeta don Guillermo Sullivan, cuyo deceso fué muy lamentado en el mundo político y en el de las letras.

Demostración



Comida bohemia ofrecida por sus camaradas al pintor Francisco Ramoneda, con motivo de su reciente triunfo artístico.



NOTAS DE ARTE

DORA PUELMA DE FUENZALIDA

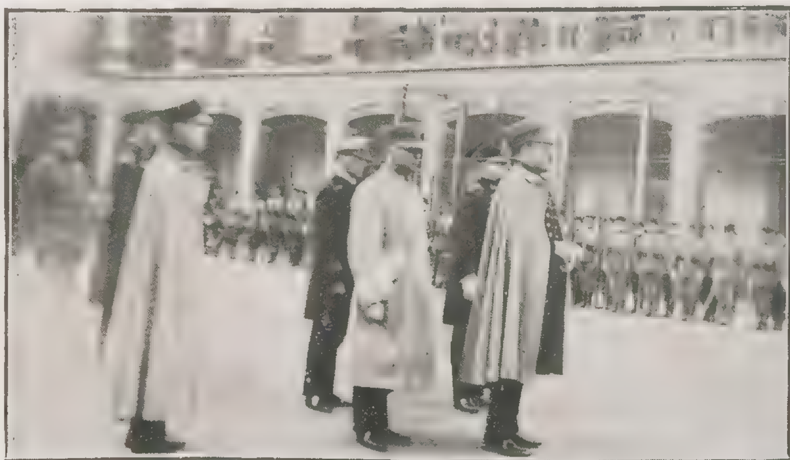
Dora Puelma de Fuenzalida es uno de los más altos exponentes de la actual pintura chilena. Sus lienzos ricos en color y profundidad, saturados de cierto hechizo "rusiñolesco", poseen la "emoción del paisaje", tan difícil de hallarse en pintura, y son, al mismo tiempo, fiel expresión del alma armoniosa y sugestiva de esta admirable artista, que tiene en su favor toda la crítica de su país y que ahora tendrá la nuestra, pues ha enviado recientemente a Buenos Aires varios de sus lienzos.

Fray Mocho en Chile





Asunción del mando del nuevo mandatario chileno. — El Excmo. Señor Presidente de la República de Chile, coronel Carlos Ibáñez del Campo, en la mesa de honor del H. Congreso Nacional, durante la ceremonia de la asunción del mando. A su izquierda el presidente de la Cámara de Senadores, y a su derecha el de la Cámara de Diputados.



Regreso de los cadetes y sepelio de las víctimas de Alpatacal. — El Presidente de la República en la visita efectuada a la Escuela Militar.



S. E. el coronel Ibáñez y el inspector general de la armada, almirante Merino, a la salida de la Catedral, después de asistir a los funerales oficiados por monseñor Clovis Montero, en sufragio de las víctimas de Alpatacal.



Los cadetes a la salida de los funerales realizados en la Catedral de Santiago.



Cadetes de la Escuela Militar en la estación Mapocho, esperando la llegada de sus compañeros de Mendoza.



El cortejo fúnebre conduciendo a las víctimas, en marcha hacia el Cementerio General.



El ministro de guerra, general Blanche, haciendo uso de la palabra en la plazoleta del cementerio.



Dos cartas

por *Evaristo Carriego*

Era una alegría incontenida la de Rosaura, que se le manifestaba por los ojos y por todo su ser. ¡Tener un novio era para ella la palabra realizada de los mil sueños añorados!...

Lo conoció en el tranvía una tarde que salió de la fábrica.

La siguió el mozo, dándole música en los oídos. Al principio ella se sintió molesta, pero poco a poco fué dominándola con una inquietud rarísima, a la par deseosa y tímida. Realmente, era el mozo, un tipo encantador. Alto, de tez morena, sin llegar al exceso y de apostura elegante y sobria. Vestía de negro, anudado a su garganta un blanco pañuelo de seda.

Hacía cinco o seis días que el mozo lindo seguía a Rosaura, llenándola siempre de canciones el alma. Poco a poco se fué adueñando de la jovencita, y llegó a sentir toda ella un loco deseo de amar... ¡Y no era para menos!...

En su casa, Rosaura conoció lo que en todas las casas de los padres se conoce... Cuando son muchos y pocos los que ganan, sobran las palabras y se amontonan los hechos.

Ella, la mayor — diez y seis años apenas realizados, — dos hermanitas más, menores que ella por supuesto, y un varoncito que recién decía "papá" y "mamá" con su boquita de trapo...

El pobre viejo trabajaba en las aguas corrientes, la vieja arreglaba la casa. ¡Y la pobre todavía planchaba la ropa a unos vecinos!... Así es que dentro de ese hogar de silencios y de necesidades fué el alma de Rosaura comprendiendo la vida ingrata. Luego, cuando mayorcita, se trasladaron a San José de Flores, viendo que algunas vecinitas tenían lindos zapatos y medias de seda, y ella no podía tenerlos, se logró trabajo en una fábrica de caramelos y pronto pudo ganar en la quincena más de 20 pesos, los cuales, después de sus pequeñas compras, entregaba a la mamá.

A partir de ese momento Rosaura se sintió feliz, es decir, dentro de su vida monótona. Tenía distracción y en su casa, había un poco más que antes. Sobre todo, tenía amigas a quien contar sus confidencias. Entre ellas Lidia, una compañera que vivía en la Plaza Once. A ella le contaba sus historias, claro es, simples, como ingenuas, donde el amor y el deseo aun no plantó su gallarda figura de agitado...

Lidia, más feliz, pues era hija única, y si trabajaba era para gozar de más acción para sus gustos, le encantaba vestir muy bien. Pero no era orgullosa. Su cuerpo bien formado, según decía ella, necesitaba las galas de la ropa buena. Así, pues, como en su casa no sobraba el dinero, ella decidióse a buscarlo honradamente con sus brazos. Sabía infinidad de historias de amiguitas, a las cuales les costó menos trabajo ganarlo... si bien es cierto que luego les costó muy caro...

Rosaura tenía una loca confianza en su amiga Lidia, lo único que no comprendía es por qué ésta no le contaba cosas de los hombres. Sabía, no por ella, sino por otras compañeras, que Lidia tenía novio, novio formal, que la tenía pedida a la familia, o por pedirla. Así, pues, respetó ese secreto de la amiga, pero ella se hizo promesa de no guardarle ninguno.

* * *

Eran, con aquella noche, seis las veces que el joven simpático la esperaba en Rivadavia, al lado de una florería, cerca de la plaza de Flores.

Aquella noche, para mayor sorpresa, no solamente la esperaba, sino que le entregó una carta con un ramito de violetas...

Luego, una caricia hecha palabra que le endulzó los oídos y luego se marchó, dejándola tan confundida, que llegó casi a la puerta de su casa — ¡qué pavota! — con la carta en la mano junto con las violetas...

Guardóla en el pecho y entró jubilosa, abrazando a las nenas, al pebetito y llenando de besos la cara de la vieja...

—¡Traigo para vos, mamá, estas violetas, compradas especialmente!

Esa fué la primera mentira...

La anciana respondió a su hija, con una inundación de caricias...

Pero la carta le quemaba el pecho como un ascua de fuego, deseando leer su contenido.

Pero trató de no darse por aludida, en las miradas extrañas, que por su desusada alegría le observaban las hermanitas, y hasta la misma madre. Se hizo la sueca y siguió sin darse importancia a sí misma y preparando la mesa porque el papá no tardaría en llegar...

De vez en cuando un pensamiento llegaba a su corazón y sin querer se ponía colorada, tratando de esconder su rostro en lo más cerca que tuviese a mano para no ser sorprendida en su oculto tesoro.

* * *

Por fin, a eso de las diez de la noche pudo Rosaura, con la excusa de que tenía que arreglar un par de medias, una vez acostados los hermanos y los viejos, sacar, temblando de emoción, la carta y leerla... Era muy breve, con letra — según ella — muy linda, la cual decía lo siguiente:

"Señorita, perdone usted que me dirija a su persona, sin saber su nombre y sin conocerla mayormente. Pero desde que la vi por primera vez estoy sin saber qué hacer con el amor que hay en mi corazón, deseoso de poder destinarlo al suyo.

"Si usted no piensa mal sobre mí, espéreme el sábado a la hora de siempre en la florería, si no en la plaza. Le indico ese lugar porque es más secreto para que mi amor le diga francamente todo lo que la sueña...

"Su rendido amante

Manucho".

Nada más. A un principio no la entendió. Tuvo que leerla muchas veces para darse cuenta. Y cuando estuvo compenetrada, como una zonza se puso a llorar silenciosamente...

* * *

Esperó la hora que las chicas se marcharan a almorzar y buscó rápidamente a Lidia para contarle sus cuitas... Es decir, no sabía si tendría coraje para decírselo. La tentaría y si ella demostraba franqueza entonces se entregaría con todo el equipaje de su corazón deseoso de expansionarse...

Y, cuando estuvieron solas, Rosaura directamente encauzó su deseo:

—Vos no eres franca conmigo como yo lo soy.

—¿Por qué me decís eso, Rosaura?

—Porque tengo razón. Todas saben aquí que tenés novio, y conmigo eres tan egoísta, que nada me has dicho. ¿Es que no te merezco confianza?

—Sí, mi hijita. Vos me merecés más que las otras, pero es que no me comprenderías.

—¿Por qué, Lidia?

—Porque sí.

—Pero, ¿por qué?

—Mirá, en prueba de lo que te quiero, te voy a confesar todo lo que me pasa... Pero no me compadezcas en mi infortunio, porque pese a lo que pasa yo me considero feliz, muy feliz...

—Hablá...

—Mirá; hace cosa de unos ocho meses, cuando recién entré en la fábrica, todas las noches, un joven me perseguía, cuyo nombre no merece el caso. Me pidió relaciones y las acepté. Seguimos viéndonos y amándonos cada vez más... ¡Figurate vos que era el primer novio que tenía!...

Rosaura se hizo entonces la siguiente composición de lugar y catalogó los acontecimientos y pensaba: "No hay duda, todos los amores empezarán así, el mio tiene poca diferencia del de Lidia".

—Seguimos viéndonos — continuó la compañera — y como era lícito, yo le pedía de que viniese a casa y solicitase consentimiento a mi madre, de esa forma, estaríamos a cubierto de las habladurías. Pero él no quiso y me pidió pruebas de mi cariño, y yo, como lo quería con toda mi alma y lo sigo queriendo y lo querré siempre, se las dí.

—¡Se las distes!...

—¡Sí! Se las dí, porque lo amaba con toda mi alma, porque él era mi vida, mi corazón, mi esperanza y mi realidad de ser... en fin, porque me gustaba y era dueña de entregarme a mi conquistador!

—¡Yo hubiese hecho lo mismo! — dijo Rosaura, llena de entusiasmo por la emoción de su compañera.

—Gracias, amiga. Tú eres la única que me comprendes, lamento no haberme confesado a ti... perdóname...

—Seguí...

—En fin; nos seguimos viendo... él no puede venir a casa, pues por desgracia, perdió el empleo y no quería pedirme sin tener qué ofrecer a los míos.

Y sólo espero, pues tengo fe ciega en él, de que arregle su situación y me haga suya a los ojos de todas. Por eso es que no digo nada, pues podrían pensar mal las compañeras de lo que yo creo, según mi conciencia, que es un bien.

En esto miraron el reloj y rápidamente se prepararon para entrar en labor. Rosaura le dijo al oído a su amiga:

—Si me esperas el domingo a la tarde en tu casa, iré y te contaré también a vos, la única, lo que hay en mi pecho.

—¡Ajá! ¿Con que vos tenés secretos para mí? ¡Muy bien!

—No, no pienses mal, mis secretos son recientes. Así, pues, vos eres la primera que lo sabrá.

Y por toda respuesta Lidia atrajo hacia sí a su amiguita y le estampó dos besos ruidosos en plena boca.

—¡Qué loca, qué loca!...

* * *

Llegó el domingo, y Rosaura a eso de las cuatro de la tarde se presentó en casa de Lidia. No era la primera vez que se visitaban, así pues, que una vez que matearon y se quedaron solas, Rosaura se adelantó, pues tenía unos deseos locos de sacarse todo el misterio de su alma, y confidenciarse llena de alegría de lo que rebosa el corazón.

—¿Me escuchas sin reirte?

—¿Por qué voy a reirme?

—Pues... Mira, a mí me pasó la semana pasada, casi lo mismo

(Continúa en la pág. 30)

SOCIALES



ENLACES. — CAPITAL FEDERAL. — Florencia Martínez Castro-Alberto S. Fontanilla.



Señorita Teresa Kelly, que contrajo enlace con el señor Julio César Rivero.



Susana Leonor Llames Massini - Rafael H. Kiau.



Nélida A. Botta - Leonardo Bacigaluppi.



Señorita Elida Haydee del Cerro, de la sociedad porteña.



Elvira Emma Schow - Alfredo Tupaó.



Claudia Sánchez - Antonio Luenga.





Catalina Evers - Modesto López.



ROSARIO. — Elvira Solano - Carlos P. Díaz.



Emilia Juana Lovera - Severino González.



Elena J. Durán - Joaquín Ripoll.



Elsa Ballestrero Ferrer - Claudio Moneta (hijo).

Actualidades cinematográficas



Laura La Plante en una escena principal de la cinta Jewel, "El gato y el canario", que la Universal exhibe desde la anterior semana, con gran éxito.



Agostino Borgano, notable actor italiano, que trabajó con la famosa Eleonora Duse, fué contratado por la Metro-Goldwyn-Mayer, para secundar a Lillian Gish en "La Boheme", de King Vidor, a quien se ve en la foto.



El famoso actor alemán Emil Jannings en una escena de su primera producción en Norte América, "El camino de toda carne".



Magge Bellamy y Allan Torrest en la notable cinecomedia "Solteros de verano", que la Fox exhibe desde la anterior semana.



Irene Rich y Torrest Stanley en "Los Arrivistas", film Ajuria que la General exhibe desde el sábado último.

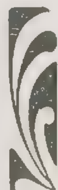


La célebre Mary Pickford en "Aves sin nido", producción extra que se dispone a estrenar en breve Artistas Unidos.



Escena de "Bailando se va al Congreso", con Johny Hinos como protagonista, que la Metro-Goldwyn-Mayer estrenará próximamente.

Córdoba pintoresca





El Museo Colonial.



ALTA GRACIA. — El claustro construído en el año 1746.



CAPILLA DEL MONTE. — "El Zapato".





VILLA DOLORES. — La casa de piedra, propiedad de don Enrique Martínez Zuviría.



ALTA GRACIA. — El Casino.



Vista parcial del Dique San Roque.

Fots. Juan D. Devalle.

El automóvil de la muerte

Por Nelson Cóleman

I

La visita que miss Mabel Holton había querido hacer a las instalaciones eléctricas de la Paderstown Central Station se prolongaba sin incidentes, cuando repentinamente una voz de mando, que a la vez era un grito de angustia, se hizo oír en medio del ruido infernal que reinaba en el vasto salón de máquinas.

—¡Alto las máquinas!... ¡Inmóvil, señorita...; no haga el menor movimiento!...

El ruido metálico de interruptores bruscamente corridos, un crepitamiento sonoro de arcos voltaicos, el zumbido más sonoro de motores refrenados... y casi de repente la detención progresiva de la potente usina, el impulso amortiguado de los enormes volantes, en el gran silencio del reposo sucediendo al rugir intenso del trabajo febril.

Recobraba ya la calma. Nelson Cóleman, el detective de Scotland Yard, que en viaje de estudio visitaba los Estados Unidos, se precipitó hacia miss Holton, quien todavía, bajo la impresión del peligro vagamente presentido, permanecía inmóvil, rígida en medio de innumerables hilos y cables eléctricos que confusamente se entremezclaban detrás del cuadro de distribución de las corriente de alta tensión.

—Ahora puede usted volver, señorita — dijo; — ya no hay peligro.

—¿Pero es cierto que estuve en peligro?

—Los hilos que usted ha estado a punto de tocar tienen 50 mil voltios de tensión; muchísimos menos son suficientes para matar a un hombre.

—¡Oh! — exclamó la joven estremeciéndose involuntariamente. — Pero, ahora, ¿ya no hay peligro?

—Ninguno, señorita; el ingeniero feje ha hecho detener el funcionamiento de la usina.

En este momento, dos hombres, que hasta entonces habían sido mudos espectadores de la escena, se acercaron a la joven, que ahora se encontraba frente al distribuidor, un gran tablero cuadrado de mármol blanco sobre el que se destacaban los cuadrantes de los aparatos registradores y las brillantes manijas de los interruptores.

El de más edad de aquellos dos hombres la interpeló:

—¡Qué imprudencia, Mabel¡ ¿No te fijaste en el aviso: "Prohibido en absoluto penetrar detrás del cuadro de distribución"? Por tu culpa ha sido preciso detener el funcionamiento de toda la usina.

En su calidad de norteamericano práctico, el señor James Holton había olvidado ya el peligro pasado y sólo veía el lado comercial del incidente.

Pero Cóleman intervino:

—La detención de la usina representa poca cosa, señor Holton, y la vida de su hija bien puede considerarse como un caso de fuerza mayor.

—Es cierto que pusiste en inminente peligro tu vida — repuso el señor Holton, volviendo a una apreciación más justa de las circunstancias. — La electricidad no perdona jamás a quien se pone a su alcance. Pero ¿qué diablos querías ver detrás del cuadro?

—Mi primo Enrique — contestó miss Mabel — me había señalado una rara combinación de alambres y cables, y yo sentí curiosidad por verla más de cerca.

Todas las cabezas se volvieron instintivamente hacia el cuarto personaje, cuyos ojos, de un mirar falso, trataban de evitar encontrarse con los de los presentes.

—Yo ignoraba... no podía prever... lo lamento profundamente. Si hubiera sabido que había peligro en ello, seguramente que no habría...

Sumamente turbado se embrollaba en sus explicaciones, se perdía en los razonamientos con que trataba de disculparse balbuceando.

Gentilmente, miss Holton vino en su ayuda, tratando desviar hacia otro camino la conversación. La visita a la Padertown Central Station continuó.

La linda norteamericana, vivamente interesada por las cosas que veía, manifestaba su admiración con infantiles exclamaciones, vigilada ahora más de cerca por su padre. Hija de un industrial y hombre de ciencia, las empresas de la mecánica tenían para ella un cierto encanto de bestia feroz a duras penas dominada. Por esto había pedido con insistencia a su padre que le permitiera visitar la soberbia usina eléctrica, recientemente transformada bajo la dirección del joven ingeniero Raimundo Chavenay. La visita llegaba a su fin.

Señor Holton — dijo acercándose el ingeniero jefe, Raimundo Chavenay, — voy a mostrarle un ensayo que acaso le interese.

—¿De qué se trata?

—De un automóvil eléctrico de un sistema completamente nuevo. El coche que estoy construyendo recibe la energía a través del espacio por medio de ondas parecidas a las hondas hertzianas. Aquí está — dijo deteniéndose delante de una puerta que abrió con una llave.

En medio de una vasta habitación, lleno de útiles y herramientas de toda clase, un chassis macizo y bajo ofrecía a las miradas un amontonamiento confuso de órganos inertes.

—Yo recibo la energía — manifestó el ingeniero — en este conjunto de bobinas que van colocadas en la parte delantera. Las ondas que desde este taller envío al espacio tienen una frecuencia de cien millones por segundo, determinando, como en la telegrafía sin hilos, una corriente alternativa de la misma frecuencia, que aprovecho para mover el automóvil.

—Realmente — interrumpió Holton, — es una cosa interesante. ¿Piensa usted correr la copa internacional? Ha sido instituída por mí.

—No sé si tendré terminado a tiempo mi aparato. Se corre dentro de unos tres meses, ¿no?

—Sí, poco más o menos, — repuso el norteamericano, — El premio son 200 mil dólares; creo que bien vale la pena molestarse.

—La gloria de haber inventado una máquina buena y útil, será mi mejor recompensa — dijo modestamente el ingeniero.

—Está muy bien; pero eso no es suficiente. Siga con sus ensayos, y si de aquí allá puede pasar por mi laboratorio me dará un verdadero placer. Usted sabe qûe yo también trabajo, aunque mis investigaciones son de un orden completamente distinto.

—Será para mí un gran honor —contestó el ingeniero.

—Venga a verme cuando guste.

Al salir Mr. Holton, todavía cumplimentó a Chavenay, quien, confuso se esquivaba a los elogios. Luego, el ingeniero se inclinó delante de miss Holton y cambión un frío saludo con Enriqué Jasper, el primo antipático y torpe.

II

Raimundo Chanevay estaba sentado en el despacho de la lujosa dirección de la Paderstown Central Station. Nelson Cóleman lo acompañaba. Un ordenanza acababa de traer la correspondencia, que el ingeniero, comenzó a leer activamente.

Reclamaciones de abonados, ofertas de servicios, cuentas de abastecedores, informes de inspectores, tal era el correo habitual. Chavenay leía con rapidez.

El ingeniero había recorrido con la vista toda la correspondencia. Sólo quedaban las revistas técnicas, a las que fué sacando las fajas, y cuyos sumarios leyó negligentemente. De entre dos de estas revistas cayó una postrera carta. Chavenay rasgó el sobre, que sólo había visto por el reverso, sacó la hoja de papel que contenía, y leyó:

"New York Central Bank. — Muy señor nuestro: En contestación a su atenta carta del 16 del corriente, tenemos el sentimiento de manifestarle que su crédito se encuentra casi agotado por completo, habiéndonos sido sumamente difícil hacer frente a la situación hasta de aquí a tres meses. Este es el último plazo que podemos acordarle. Adjuntamos una copia detallada de su última liquidación, cuyo resumen era el 31 del mes pasado: Pasivo, 3 millones de dólares.

En espera de nuevas órdenes, tenemos el agrado de saludarlo con nuestra mayor consideración.—Por el New York Central Bank: Spensy.—Señor Enrique Jasper (Paderstown)."

El nombre del destinatario, puesto al final de la carta, aclaró la situación a Chavenay, quien la había leído sin darse perfecta cuenta de su contenido. La carta no

era para él, sino que, oculta entre dos revistas dirigidas a nombre suyo, le había sido entragada por un error del cartero. Si Raimundo hubiera mirado el sobre habría visto que éste estaba dirigido al señor Enrique Jasper y con toda seguridad respetado su contenido. Al presente se sentía molesto por haber leído esa carta en la que se ponía de manifiesto la ruina de un individuo, por el que sentía la más completa de las indiferencias. Pero aunque la situación del señor Jasper le interesara bien poco, comprendía perfectamente que al pariente de Mr. Holton no le haría mucha gracia saber que su ruina era conocida de una persona extraña.

El ingeniero puso a Cóleman al corriente de estos detalles, a los que el detective no pareció conceder gran importancia.

—En fin — dijo — eso es cosa suya; que él se las arregle como Dios le dé a entender. Cierra la carta, envíesela por correo y que interpreee como quiera la involuntaria intromisión de usted en sus asuntos.

Los dos amigos se levantaron y salieron en dirección a la usina. Cóleman acompañó al ingeniero en su visita cotidiana.

—Señor — dijo el capataz, dirigiéndose a Chavenay, — los fumistas de la casa Silas, que han sido llamados para examinar la chimenea, acaban de llegar y esperan sus órdenes.

El ingeniero les dió sus instrucciones. Mientras los hombres preparaban los andamios, el jefe del equipo permaneció al lado de Chavenay, quien le preguntó:

—¿Cómo es que no han venido hasta hoy, siendo así que le avisamos anteayer?

—Estuvimos muy ocupados — contestó el capataz — en la casa particular del señor Holton; era un trabajo de mucho apuro, pues la persona que lo dirigía quería terminar antes de que llegara el dueño de la casa, que se encontraba ausente por el momento.

—¿No era el señor Holton quien había ordenado el trabajo?

—Sí; era una chimenea que transformar. Era preciso colocar varios codos formando ángulos muy agudos, no sabemos con toda seguridad por qué. La persona que nos daba las instrucciones es un señor joven, rubio, con patillas, y nos hizo poner en los ángulos unas superficies pulimentadas, verdaderos espejos, cuya finalidad aun no acierto a comprender.

—¿Fué el señor Jasper, acaso?— preguntó el detective.

Raimundo despidió al capataz. Realmente, no acertaba a comprender para qué podrían servir semejantes espejos, pues la chimenea de que se trataba era más bien un conducto de ventilación por el que no debía pasar humo alguno, siendo, por consiguiente, inútiles las precauciones tomadas contra el hollín. Por otra parte, de una cabeza como la de Jasper, ¿podía esperarse algo mejor? Sin embargo, no era ésta la opinión de Nelson Cóleman, quien ya empezaba a ver algún propósito oculto en las repetidas equivocaciones de miss Holton.

III

—"El Eco de los Sports"... Edición especial... La copa "James Holton"...

Al crudo resplandor de los arcos voltaicos instalados al aire libre, una nube de vendedores de diarios gritaba la última edición de las hojas deportivas. Esto ocurría la noche anterior a la fecha señalada para la gran carrera de automóviles en que había de disputarse el premio de 200 mil dólares, generosamente ofrecido por el multimillonario James Holton.

Esperando el momento de la largada, que era a las 5 y 20 de la mañana, hora de la salida del sol, algunos de los concurrentes al gran concurso trataban de encontrar descanso en los hoteles de la población; pero la mayoría de ellos, a quienes acompañaba una gran masa de público, oscilaba formando grandes remolinos irregulares, que se hacían más densos en torno de los vehículos los inscriptos para la prueba, yendo de uno para otro, formando repentinamente grupos en torno de alguna pareja que altercaba o donde se hacía una apuesta o sostenían una conversación animada dos corredores.

Muy acompañado el multimillonario Holton conversaba caminando, contestando sin cesar a innumerables repórters que le pedían datos e informes, o discutiendo las perspectivas de la carrera con sus familiares. Eran apenas las dos.

Los franceses han enviado un equipo formidable — decía alguien al lado de James Holton.

—En efecto — contestó otro, — hay varios ejemplares de coches, y los pilotos que los han de correr gozan de merecida fama.

—¿De quién es aquel eléctrico? ¿De Chavenay acaso?

—Pero, ¿qué puede hacer un eléctrico para estos casos? Es un arma completamente inofensiva para una carrera de este género — expuso riendo uno de los circunstantes más entusiastas.

—Ahí viene quien podrá informarnos al respecto — exclamó Enrique Jasper, que formaba parte del grupo.

Raimundo Chavenay se acercaba, en efecto, acompañado del detective Nelson Cóleman, a quien ninguno de los presentes conocía en su verdadera identidad.

—Y bien, ¿está usted dispuesto, Chavenay?

—Sí — respondió el ingeniero; —con el fin de tomar parte en la carrera he venido ayer de Paderstown en mi automóvil, acompañado de mi amigo el señor Larson.

Este era el nombre con que se había dado a conocer el detective.

—¿En cuánto tiempo?

—En nueve horas.

—¿Y es eso todo lo que usted puede hacer — preguntó Holton.

—¡Oh, no! Treinta kilómetros por hora es una velocidad propia para un paseo. ¡El camino es tan pintoresco! ¿Y usted, señor Holton? ¿Cómo van sus investigaciones? Absorbido por la construcción de mi aparato, no he tenido tiempo de interesarme por ellas durante los últimos tiempos...

—Mis experiencias han entrado en una faz peligrosa.

—¿Peligrosa?

—Sí; para producir la producción del indóxylo he tenido que tomar como intermediario un cuerpo que me trae un tanto preocupado; tiene la desagradable propiedad de explotar violentamente bajo la acción de la luz solar. Y como tengo el laboratorio en el mismo domicilio...

—Entonces — interrumpió el ingeniero — miss Holton se encuentra expuesta...

—Sí — contestó Holton mi hija, mis domésticos, todo cuanto hay en casa está expuesto a los peligros de una explosión. Debí haber aislado mi laboratorio, pero no esperaba encontrar ese cuerpo.

—Pero el peligro es espantoso...

Nelson Cóleman escuchaba atentamente, haciendo un intenso esfuerzo de concentración mental.

—Sí; pero he tomado todas las precauciones y probabilidades de una explosión se han reducido a una cantidad que puede equipararse a cero — contestó el millonario. — Trabajo únicamente con luz amarilla. Por otra parte, el laboratorio está cerrado por tres puertas; las ventanas están defendidas por dobles postigos, a los que he puesto candados. Además, he hecho transformar la chimenea de ventilación, haciéndola formar varios codos, y su abertura no es vertical, sino que está orientada en una dirección tal, que se encuentra durante todo el día a la sombra del edificio.

—Sí — intervino Jasper — el otro día hicimos una experiencia al salir el sol.

Sorprendido el detective, recordó haber visto durante un paseo matinal que el sol iluminaba directamente la chimenea de que hablaban y cuya posición extraña la hacía forzosamente destacarse. La sombra, sin duda alguna, no la dominaba sino momentos más tarde y cuando el sol había ya avanzado un tanto en su carrera. Pero si el rayo del sol penetrara, aunque sólo fuera un instante por la chimenea, si penetrara un rayo y pudiera descender por el interior de la misma, ¿qué papel desempeñaban en ella los espejos que le había hecho poner Jasper?

Cóleman reflexionaba profundamente.

—Perdón, señor Holton — exclamó, saliendo de su abstracción. — ¿Qué clase de aparato es el que hay debajo de la chimenea?

—El parato niquelado... ese que brilla tanto. Es una idea de Jasper. Para facilitar el tiraje de la chimenea, que sería nulo, pues rara vez se hace fuego en ella; se le ocurrió poner una turbina de ventilación...

—¿Cuánto tiempo hace que usted obtuvo el explosivo? — preguntó ansiosamente el detective.

—Desde ayer solamente.

—¿Y dónde lo tiene?

—En un estante del laboratorio, contra la pared del fondo.

—¿Frente a la turbina?

—Sí.

—¿No ha amanecido ninguna vez desde que el cuerpo existe?

—No. Pero, ¿qué le pasa?

El semblante del detective se había descompuesto, pero por un admirable esfuerzo de voluntad recobró toda su calma. De repente su voz vibrante y seca estalló:

—Señor Enrique Jasper, le acuso a usted de una tentativa de asesinato contra su prima la señorita Mabel Holton.

Los presentes le miraron estupefactos.

—¡Mi hija! — gritó James Holton.

Jasper había palidecido intensamente.

—Es un absurdo — dijo con tono desdeñoso.

COPLAS

—¿Qué haces, dulce tarde,
que enrojeciendo estás?
—Voy derramando sangre
para mi libertad...

—Hoja de terciopelo,
¿no te sostienes más?
—No puedo, no, no puedo,
es hora de pasar.

—¿Qué ves desde lo alto,
alondra, dónde estás?
—Poeta, veo un campo
de enorme soledad.

—Encina, di, ¿qué piensas
en esa soledad?
—Pues, sólo que estoy sola
como tú lo estás.

—Dime, campana grave,
¿qué dice tu cantar?
—Dice que un alma grande
ha entrado en la paz...

—¿Por qué perfumas, rosa,
en este instante, más?
—Hermano, porque ahora
me estoy por deshojar.

—Y tú, tú, alma rebelde,
¿si acabas de escuchar,
por qué ríes silente?
—¡Ay, para no llorar!...

Carlos María PODESTA.

—Mabel vive, ¿no es cierto? —interrogó ansiosamente el millonario.

—Miss Holton vive todavía —contestó el detective. — Pero moriría irremisiblemente si no llegamos a tiempo para salvarla. Señor Jasper: usted sabía, pues trabajaba con él, que el señor Holton llegaría en el curso de sus investigaciones a obtener ese cuerpo peligroso. Encargado de dirigir los trabajos de la chimenea, la ha hecho abrir en dirección al Este.

—A la sombra.

—Al sol. El sol la hiere con sus rayos todas las mañanas durante cortos instantes. Usted es quien ha hecho poner en los codos de la chimenea, por medio de los fumistas de la casa Silas, cierto número de espejos para guiar los rayos solares hasta el interior del laboratorio. Usted es quien mandó colocar la turbina niquelada, con el fin de dirigir la luz sobre el explosivo. Es usted, finalmente, quien ha ideado y preparado la catástrofe, que tendrá lugar, irremisiblemente, mañana a la salida del sol.

El semblante de Cóleman se había ido animando por momentos y sus palabras pronto reunieron en torno suyo a una multitud de gente. Varios repórteres de diarios, colocados en primera fila, tomaban notas. Jasper trató de defenderse todavía:

—Todo es absurdo — dijo. — ¿Qué interés tendría yo en preparar semejante atentado?

—Muy sencillo: si miss Holton muere antes de llegar a la mayoría de edad, usted, que es su primo, hereda un legado de seis millones de rólares que le hizo a ella la abuela de ambos.

—Yo no tengo necesidad de ese dinero; soy rico.

—Usted está arruinado. A fin de mes será declarado en quiebra si no abona al New York Bank los tres millones de dólares que le adeuda.

Hostil, la multitud comenzaba a rugir ya contra Jasper.

—Esta no es su primera tentativa — prosiguió el detective. — Cuando visitó hace poco la usina de Paderstown, usted fué quien incitó a su prima a que se aventurara detrás del cuadro distribuidor de la corriente de alta tensión. Yo entonces lo creí un imbécil; pero hoy tengo la convicción de que es un bandido.

Se oyó una detonación. Cediendo a la rabia de verse desenmascarado, Jasper había sacado el revólver y disparado contra el detective. Cóleman, a quien la bala había pasado rozando la cabeza, sangraba ligeramente.

Esto fué lo bastante para que estallara el furor de la muchedumbre, que se lanzó sobre él a los gritos de: "¡Lynch, la ley de Lynch!".

La policía intervino, llevándoselo preso.

—¡Mi hija! — gemía Holton. — Es preciso telegrafiar.

Y se precipitó hacia la oficina del telégrafo, seguido de Chaveney y del detective.

—Bastaría cubrir con un paño negro el armario donde se encierran los productos y el peligro está conjurado — decía el afligido padre.

Mientras tanto, el telegrafista hacía furiosas llamadas, estimulado por las palabras apremiantes del millonario. Así pasaron algunos minutos.

—¡Paderstown! — exclamó repentinamente el empleado. — ¿A qué hora se abre el servicio para Paderstown?

Hojeó con rapidez un anuario y leyó:

—"Paderstown: no hay servicio nocturno. La estación se abre a las seis".

—¡Y el sol sale a las cinco y media! — gritó Holton desesperado. — Estamos perdidos. ¿Pero es increíble que no se pueda hacer nada? Es preciso buscar algo. El ferrocarril... un tren especial... una máquina... ¡corramos!

—Son las 2.47 — dijo un empleado. — En la estación no hay máquinas. La primera no llegará hasta las cinco y media.

—Además — agregó Raimundo — la máquina sería inútil; desde la estación a su casa hay mucha distancia. Siempre llegaríamos tarde. El automóvil... ¿quién cabe?

—El automóvil... ¿Cómo no se me habrá ocurrido antes? Las máquinas que están preparadas para la carrera llegarán.

—¿A Paderstown?—dijo alguien.

—Son las dos y media. ¡Trescientos kilómetros en dos horas y cuarto! Es imposible.

—Es poco tiempo el que hay — observó el ingeniero — pero quizá pueda hacerse.

Habían llegado al centro del improvisado campamento. Holton subió al estrado de un corredor de apuestas e hizo una señal con la mano. Puesta al corriente de los pormenores del asunto, la multitud hizo silencio.

—¡Diez millones de dólares, diez millones... — gritó el millonario — para quien salve a mi hija! ¡Es preciso estar en Paderstown antes de la salida del sol, antes de las cinco y media!

V

El automóvil eléctrico de Chavenay se encontraba ya en plena montaña. El camino tortuoso y de una gran pendiente, apenas si era débilmente iluminada por los potentes focos del vehículo. Silencioso y con un movimiento suave avanzaba con rapidez. Diversos aparatos instalados delante del conductor permitían la perfecta fiscalización de la marcha. Un cronómetro, regulado el día anterior, indicaba las 2 y 58 minutos.

—¡Qué lentamente marchamos! —exclamó el multimillonario, saliendo del estado de estupor en que se encontraba, al notar que otro automóvil los dejaba atrás.

Chavenay dirigió una mirada al taxímetro.

—Tenemos que recorrer trescientos kilómetros en total, ¿no es así? —preguntó el ingeniero. — ¿Cuántos llevamos recorridos?

—Cuatro.

—Nos quedann 296 y 2 horas y 10 minutos.

El camino ahora se inclinaba al valle opuesto y se deslizaba a lo largo de torrentes que después de complicadas vueltas van a alimentar el caudal del Kenticky. Bajo la influencia de la pendiente, la velocidad se aceleró sensiblemente. Acababan de pasar uno de los automóviles que se habían daelantado. James Holton, lleno de ansiedad, consultó los aparatos.

—Las tres, 58 minutos. Hace ya una hora que salimos y hemos hecho 80 kilómetros. La cosa no marcha mal del todo. Caminamos ahora a 96 kilómetros por hora. Acaso tenga usted razón, Chavenay. Con tal que lleguemos a tiempo... Pero no nos queda más que una hora...

—Nos queda una hora para 220 kilómetros, o sea casi a 200 por hora, y ¡sólo hacemos 96!

De nuevo sonó la sirena. El automóvil alcanzaba a los 100 kilómetros por hora.

Insensiblemente, pero con asombrosa regularidad, la velocidad aumentaba.

Ambos seguían únicamente la fuga loca de los kilómetros. La velocidad aumentaba. El motor, hasta entonces silencioso, comenzaba a roncar y se notaba una trepidación extraña en el aparato receptor de la corriente aérea.

La luz dominó, por fin, completamente las tinieblas de la noche; el valle del Kentucky se destacó con toda nitidez y el camino comenzó a ofrecer al vehículo una pista más fácil y más regular.

La velocidad aumentaba siempre. Rebotando sobre las desigualdades del camino, lanzado, a pesar de la habilidad del conductor, de un borde a otro de la carretrea, el vehículo devoraba los kilómetros, en medio de intensos rugidos.

El día avanzaba. Eran ya las 5 y 4 minutos; todavía faltaban 50 kilómetros que recorrer. Raimundo sentía que la catástrofe se acercaba sin poder sacer otra cosa para evitarla que avanzar, avanzar siempre...

El camino ahora se apartaba del río y cortaba derecho en dirección a Paderstown. En tres minutos fueron recorridos diez kilómetros. Holton no separaba los ojos del cronómetro. De repente lanzó un grito desgarrador:

—¡Las 5 y 1|2! ¡Mi hija!

—¿Ve usted el sol? — rugió el ingeniero.

—No; pero estamos a 34 kilómetros de Paderstown.

Chavenay estaba pálido. Era la catástrofe inevitable, espantosa, y ninguna fuerza humana podía evitarla.

La velocidad aumentaba todavía. El vehículo apenas rozaba el camino.

—El automóvil se ha incendiado — gritó de repente Holton. — Sale humo por todas partes.

—Son los aisladores que se queman; los motores están demasiado cargados — contestó Chavenay.

—No es nada. ¡Adelante!

Estaban a 14 kilómetros de Paderstown. Eran las 5 y18. El sol, sin embargo, no se mostraba por ninguna parte. Esto era inexplicable. El coche volaba.

El registrador indicó 293 kilómetros.

—Las 5 y 20 — gritó con desesperación James Holt.

—¡El Oeste! — aulló el ingeniero.

El millonario le miró sorprendido.

—Sí — pudo decir el ingeniero, ahogado por la velocidad del viento; — nos retrasamos a la salida del sol... cuatro minutos por grado.

James Holton comprendió. Caminando hacia el Oeste la hora cambiaba. El sol, era cierto,, salía en Paderstown a las 5 y 12, pero la hora de Paderstown tenía unos 12 minutos de retraso con respecto a la de Castle Hill. No estaba, pues todo perdido. Paderstown estaba a la vista.

Un último golpe de volante, un postrer viraje y el auto se detenía delante de la casa de James Holton. Pero este último esfuerzo agotó el motor: brotó una gran llama y la máquina quedó convertida en una hoguera.

Los hombres se precipitaron dentro de la casa como una tromba. Abriendo estrepitosamente las puertas, corrieron al laboratorio. El millonario arrojó su chaquet negro sobre el cuerpo peligroso.

El peligro estaba conjurado.

Ambos miraron entonces en dirección a la chimenea. En medio de la obscuridad se precisó un resplandor repentino, y reflejándose sobre la turbina niquelada un resplandeciente rayo de sol vino a posarse sobre la pantalla salvadora. Los dos hombres esperaron anhelantes. Pasaron algunos segundos, la luz palideció y terminó por desaparecer. El atentado de Enrique Jasper había fracasado.

Habiendo recobrado su flema, el potentado tendió la mano al ingeniero.

—Amigo mío, usted ha ganado los diez millones.

Pero Chavenay miraba a miss Mabel, que habiendo despertado al ruido, penetraba en aquel momento dentro del laboratorio, y comprendió que aquel día había ganado más que la fortuna: había ganado la felicidad.

EL CAMELLO Y LA PULGA

Posándose sobre la carga que llevaba un camello, una pulga se envanecía de ser más alta que él, puesto que iba encima. Por último saltó al suelo y le dijo:

—Reconozco, amigo mío, que peso demasiado, y como me inspiras compasión no quiero que me lleves más tiempo.

—Ridículo es el favor que pretendes hacerme—respondió el camello—pues tu cuerpo no aumenta ni disminuye mi carga en los más mínimo.

Ridículos se hacen los que no pudiendo nada ofrecen su protección.

ESOPO.





Dos cartas (Continuación).

que a vos con un mozo que desde hacía algún tiempo me esperaba en la plaza de Flores... Pero se decidió por fin, y me entregó una carta, en la que me pide una cita para el sábado que viene, en... en fin, en un lugar, y francamente no sé qué hacer.

—Si te gusta, haces mal en no aceptarlo.

Gustar, me gusta bastante...

—¿Quieres leer la carta?

—A ver...

Rosaura sacó del pecho — era el lugar más seguro — la cartita doblada y desdoblada infinidad de veces, y se la entregó a Lidia.

Esta desdobló el papel, y tuvo que apoyarse en una silla para no caer...

—¿Qué te pasa, Lidia?

—Nada... no es nada, espérame un segundo...

Se dirigió a su dormitorio, buscó en un cofrecito y encontró una carta, la cual comparó y leyó:

"Señorita: por casualidad sé que se llama usted Lidia, lo cual me agrada, usted y su nombre, como estará al tanto de mis insistentes miradas, la espero a usted para decirle todo lo que siente mi corazón para esa mujercita tan linda como lo es usted. Si acepta mis ruegos la espero a usted en la Plaza Once mañaña a la salida del trabajo al lado del ombú. No me diga que no y espéreme."

Manucho.

Con rabia comparó la letra y pudo comprobar la identidad de las dos cartas, escritas por la misma mano. Era poca la diferencia a lo sumo de Plaza...

La hizo pedazos y la tiró con rabia al suelo, hecha una pelota, la cual rodó y se metió debajo del ropero, los ojos se le nublaron, al mismo tiempo que en sus entrañas, una nueva vida empezaba a inquietarse...

En vista de la tardanza de su amiga, llamó Rosaura a la mamá de Lidia y las dos corrieron al dormitorio encontrándola sentada en el suelo, y respirando con fuerza.

—¿Qué te pasa, Lidia?...

¿Otra vez te dió el mareo ese? Tenés que hacerte ver... — le decía la madre.

Los ojos de Lidia no cesaban de mirar a Rosaura, trágicamente, tanto, que ésta, sin poder resistirlo, arrebató su carta, y besándola, se alejó, mientras la anciana acostaba a su hija.

—Seguramente — pensaba Rosaura conmovida, mientras se dirigía a su casa — Lidia, está la pobre más comprometida de lo que ella se imaginaba...

Y, casi se llegó a olvidar de lo sucedido, para dar rienda suelta a sus alegrías íntimas.

.. ..

¡Pobre pebeta!... No tardarás vos en ser un fiel reflejo de tu amiga. Manucho tiene doble y hasta triple personalidad, muchacha!...

ABOLICION DE LA GUERRA

¡Abolir la guerra! Utopía. Es como abolir el crimen, como abolir la pena.

La guerra, como crimen, vivirá como el hombre; la guerra, como pena de ese crimen, no será menos duradera que el hombre.

¿Qué hacer a su respecto? En calidad de pena, suavizarla según el nuevo derecho penal común; en calidad de crimen, prevenirlo como a lo común de los crímenes, por la educación del género humano.

Esta educación se hace por sí misma.

La operan las cosas, la ayudan los libros y las doctrinas, la confirman las necesidades del hombre civilizado.

No será de resultas de la idea más o menos justa que se haga la guerra, que ella se hará menos frecuente. El criminal ordinario no delinque por un error de su espíritu; en el modo de evitar el derecho criminal, el ladrón sabe siempre que el robo es crimen, y jamás roba porque piense que el robar sea honesto. El crimen se impone a su conducta, por una situación violenta y triste, por un vicio, por un odio, por una tendencia hereditaria. Bastará una situación opuesta para que el crimen dejare de ocurrir.

El crimen de la guerra no difiere de los otros en su manera de producirse. Los soberanos se abstendrán de cometerlo, a medida que otra situación más feliz de las naciones les dé lo que su ambición pedía a las guerras; a medida que la economía política les dé lo que antes les daba la conquista, es decir, el robo internacional; a medida que el miedo al desprecio del mundo les haga abstenerse de hacer lo que es despreciable y ominoso.

Juan B. ALBERDI.

Las riquezas del Kremlin

Leyendas y realidades del histórico monumento ruso.

En el Kremlin, la famosa mole, especie de ciudad fortificada, fueron acumulando los zares las riquezas más fabulosas; las joyas má espléndidas, las cuales encerraron en criptas y en ataudes para que el visitante creyese que éstos y aquéllas sólo encerraban los cuerpos de los dignatarios de la corte que dormían el sueño eterno al lado de los zares sus señores.

Durante los primeros días de alzamiento bolchevique, las masas, que habían oído hablar de las riquezas del Kremlin, entraron en él con objeto de apoderarse de ellas pero a poco salieron horrorizadas, presas del mayor pánico, contando apariciones y ruidos misteriosos que intrigaron a los jefes bolcheviques hasta el punto de nombrar una comisión de arqueólogos e ingenieros para abrir los sarcófagos encerrados en el histórico edifico.

La comisión averiguó que, para librar las tumbas de ladrones, habían dispuesto en ellas, desde tiempos remotos, mecanismos ingeniosos que producían ruidos misteriosos, al mismo tiempo que las tapas de algunos ataudes se levantaban y de ellas salían las momias de antiguos guardianes amedrantando a los "visitantes" que por el panteón se aventuraban.

Encontraron también el cuerpo de un obispo, al cual no pudieron, en un principio, sacar del ataúd por estar sujeto a él con gruesas cadenas. Cada esfuerzo hecho para mover el cuerpo era seguido de un ruido quejumbroso que salía de un rincón de la estancia. Tan aterrador era este ruido que algunos trabajadores se negaron a continuar allí. Interesados por el misterio que rodeaba al cuerpo enjoyado del obispo, los arqueólogos siguieron trabajando y al fin averiguaron que la pesada cadena que sujetaba el curpo del obispo, estaba unida a otra cadena más sencilla que pasaba a una cámara secreta; cada vez que la cadena era actuada movía un par de fuelles que soplaban en un tubo de órgano que producía ruidos extraños.

Ante estos descubrimientos, se recordó una leyenda de los tiempos en que Napoleón invadió Rusia. Cuando el corso llegó a este país quiso apoderarse de las riquezas que el Kremlin escerraba, y a las demandas que al arzobispo hizo, éste contestó sencillamente: "Están a la disposición de Vuestra Majestad; entre y coja cuanto le interese". Entró, en efecto el emperador, y sólo fué encontrando cajas y hornacinas vacías, cartapacios sin un documento y vitrinas con las huellas de objetos acabados de quitar de ellas.

Furioso Napoleón mandó a sus soldados bajar a los enterramientos y despojar las tumbas; dos ingenieros y cinco soldados bajaron, perfectamente equipados. Pasaron dos, tres horas sin que se supiera de los enviados, y extrañado el emperador mandó una segunda expedición para inquirir lo que a la primera aconteciera. Una hora después se recibía la siguiente nota: "Señor: Acabamos de encontrar una puerta de hierro que no podemos abrir, pero en nuestro camino no hemos encontrado huellas de nuestros compañeros".

Napoleón mismo marchó entonces a enterarse de lo que ocurria y ordenó que la puerta fuese echada abajo. Un extraño cuadro contempló entonces: los miembros de la primera expedición yacían muertos sobre el suelo. Mandó entonces abrir un ataúd que al lado de ellos había y de él surgió la figura de un monje que señalando a Napoleón parecía indicarle imperiosamente la salida.

El emperador, acostumbrado a ver la muerte imperturbable, no pudo resistir un momento de pánico y salió con sus acompañantes a tiempo que uno de sus oficiales llegaba corriendo a avisarle de que el Kremlin ardía por todas partes y era necesario huir de él.

Todo esto que se creyó producto de la fantasía se explica ahora y los peritos afirman que el monje se levantaría por medio de una palanca que al mismo tiempo le obligaba a extender el brazo. Y he aquí como una cosa sencilla, pero que entonces se creyó sobrenatural, pudo influir en la historia del mundo, porque la desastrosa retirada del ejército francés se atribuye al incendio de Moscú y a la desvastación de su comarca pero, ¿no pudo influir en el ánimo de Napoleón aquella misteriosa aparición que le arrojaba con imperio del lugar donde la muerte se enseñoreaba?

Entre los tesoros que la leyenda dice que guarda el Kremlin está la mortaja del Redentor, la cual se encuentra encerrada en un sarcófago que pesa cuatro toneladas. Está tachonada de enormes rubíes, esmeraldas y záfiros. También se halla el vestido que según la historia sagrada rusa fué usado por la Virgen María y la famosa perla "La Pelegrina", la mas notable de todas las perlas del mundo.

De los restantes objetos sobresalen la mitra del Patriarca Nikon que va adornada, entre otras, con la perla que Julio César entregó a Servilia la madre de Bruto y con la que perteneció a un célebre rey de Persia que reinó por los años de 459 a 500.

Llama igualmente la atención el cetro de los Patriarcas que pesa 135 kilos y es todo él de oro, con un diamante de forma piramidal en la base al que rodean cuatro grandes rubíes, cuatro záfiros y cuatro enormes perlas. Su valor fué estimado en 500.000 rublos.

Aparte de estas piedras, el Kremlin guardaba 20.000 rubíes, diamantes, záfiros y esmeraldas y 200 gemas conocidas como piedras de "lala" Estas piedras son de color azul pálido y de noche producen una luz extraña de un raro y sereno triste azul. Se supone que proceden de los tesoreros de los Faraones de Egipto.

EN LA SELVA NEGRA

Friburgo y su catedral — La invención de la pólvora — De Baden Baden a Constanza.

Desde el año 1456, Friburgo es sede de una Universidad y posee una Catedral que ocupa un puesto principal entre los más hermosos edificios góticos de Alemania.

Según las necesidades de la guerra, Friburgo perteneció unas veces a un principado, otras a otro, alterando con frecuencia sus condiciones políticas.

La pintoresca ciudad, rodeada de las colinas de la Selva Negra, reposa en la base de una empinada ladera llena de árboles, que sirve de fondo a la esbelta torre de la Catedral.

Un río que baja de las alturas jugueteando y formando cascadas de agua cristalina, corre por el centro de algunas calles, dando a la ciudad un agradable aspecto de fresca limpieza.

Dos torres con sus puertas de esplendor medioeval dan entrada a las principales calles y formaban parte de las antigua muralla que en otro tiempo rodeaba a la ciudad, de la que sólo quedan algunas restos.

La Catedral es la reina de la ciudad, situada en amplia plaza que todas las mañanas sirve de mercado, ostenta toda su belleza, orgullosa de su antigüedad y de la armonía de sus líneas.

Su atrevida aguja de encaje de piedra se eleva desde el siglo XIII y llama la atención de la admirable construcción gótica la infinidad de variadísimas gárgolas que desde lo alto del edificio miran a los pasantes haciendo gestos, enseñando la lengua, riendo o burlándose, dragones, grifos, ángeles guerreros, brujas y otras concepciones de los canteros y arquitectos de la Edad Media, grotesca familia que ve impasible pasar los siglos.

Un acontecimiento hizo inmortal a la ciudad de Friburgo; dentro de sus muros fué descubierta la pólvora en el año 1354.

Hacía tiempo que los chinos conocían la pólvora, y los árabes tenían también conocimiento de un explosivo que se obtenía mezclando azufre, carbón y salitre. Estos productos orientales existían en la forma de un polvo muy fino.

Trabajando en un laboratorio el fraile franciscano, de Friburgo, Bertoldo Schwarz, mientras hacía unos experimentos de alquimia, descubrió, se dice que por casualidad, el secreto de fabricar pólvora en grano.

Esta invención fué uno de los momentos más trascendentales en la historia de la humanidad, tan potente en su influencia como la invención de la imprenta.

Desde entonces los castillos y murallas fueron inútiles antiguallas, y dió a los ciudadanos mejores medios de defensa, recibiendo el feudalismo golpe de muerte.

La Selva Negra tiene por un lado al Rhin y por otro a los Vosgos.

Al salir de Baden Baden el tren, se dirige hacia el Sur por el valle del Rhin, y en Ofenburgo se tuerce rápidamente al Este, formando casi un ángulo recto para meterse en el corazón de la Selva Negra, y se pasa por entre obscuras montañas pobladas de pinos. Al penetrar por aquellas colinas de verde obscuro, no sólo se ve cambiar el carácter del paisaje, sino el de las caras y el de sus habitantes.

En contraste con las sobrias moradas del llano, los campesinos viven en pintorescos chalets con tejados de amplios aleros.

En estas cómodas casas, bajo un solo techado, se encuentra toda la granja, todo el establecimiento rural. La familia ocupa las habitaciones del frente de la inmensa y cómoda estructura; los caballos, las vacas, las aves, ocupan la parte de atrás, amplia y bien acondicionada.

Edificadas casi siempre en pendientes pronunciadas, la parte alta del terreno da acceso al piso superior, en donde se almacenan el grano, el heno, los carros y demás implementos agrícolas.

El tren corre por estrecho valle, especie de desfiladero subiendo una tortuosa línea, atravesando innumerables túneles hasta llegar a la parte alta.



—Pero, hombre, ¿qué le pasa a usted?
—Pues... que me han quitado el reloj.
—¿Y era de repetición?
—Sí, me lo habían robado otra vez.

La carretera, formando eses, se desliza por valles, trepa por las colinas, por entre granjas de labor y pueblecillos de rojos tejados que se esconden entre la espesura de la selva.

Llegados a la altura, el tren empieza a descender para dejar atrás las montañas y entrar en apacible terreno ondulado, lleno de granjas florecientes rodeadas de motas de obscuro follaje.

El corazón de la Selva Negra ha quedado atrás, pero aun predomina su estructura: cerros, campos cultivados, obscuros abetos y profundas sombras, aldeas medio escondidas entre árboles, castillos que se alzan en las cimas de las colinas, y el pueblo sencillo ,religioso y supersticioso que aun cree en trasgos y en brujas.

Después de un día de encanto en la Selva Negra se llega a Constanza, en la orilla de lo que los alemanes llaman "Boden-see", y que nosotros conocemos con el nombre de Lago de Constanza, por cuyo centro pasa la línea imaginaria de la frontera suiza.

En una pequeña islita, cerca de la ciudad, hay una hospedería que durante muchos siglos fué un convento de dominicos.

Los piadosos frailes lo fundaron en el año 1236 y daban posada al peregrino. Ni éstos, ni los reyes Merovingios que allí tuvieron un castillo, podían figurarse que siete siglos más tarde, viajeros muy distintos a los de aquella época, encontrarían hospitalidad entre las murallas que tanto amaron, dormirían en sus celdas convertidas en lujosas alcobas modernas, comerían en la capilla trocada en suntuoso comedor y bailarían el chárleston en su austero refectorio, hoy elegante salón.

Los tiempos han cambiado, y el monasterio dá al viajero una impresión muy distinta de lo que era la vida monástica hace setecientos años.

El 26 de julio de 1875, los bellísimos claustros del monasterio oyeron por última vez el murmurio de los rezos de los frailes.

El monasterio de los dominicos tiene su historia.

El Gran Concilio de Constanza que se celebró en la ciudad en 1414 y que duró cuatro años, hizo encerrar en la torre del convento a Juan Huss, el reformador bohemio, antes de entregarle a las llamas.

En la parte occidental del lago, donde el Rhin emerge bullicioso para penetrar en Alemania, se alza Constanza, ciudad de antiguos restos, trozos del color del espectro de su historia, con torres medioevales, antigua e histórica iglesia, edificios decorados y llena de recuerdos de Juan Huss y de Jerónimo de Praga.

Constanza fué fundada por los romanos y, en la Edad Media, fué ciudad muy importante por sus ferias a la que acudían mercaderes de Alemania e Italia, siendo sus paños muy acreditados en toda Europa. Era una de las ciudades imperiales, pero por no haberse adherido al "Interior" en 1548, fué expulsada del Imperio, despojada de sus privilegios y dada por Carlos V a su hermano Fernando.

Debe su celebridad histórica, como ya hemos dicho, al concilio que en ella se celebró de 1414 a 1418.

En aquella época contaba Constanza con 40.000 habitantes, cifra que en los cuatro años del Concilio se elevó a 100.000.

Con las pérdidas de sus privilegios y con las guerras, la ciudad del lago empezó a decaer, llegando a reducirse su población a 4.000 almas.

Desde entonces, aunque lentamente ha ido progresando, si bien no ha llegado a tener aún ni la mitad de los habitantes de sus buenos tiempos.

El lago de Constanza, además del nombre de Boden-see que le dan los alemanes, se conoce también con los de lago de los Vosgos y Mar de Suabia, y tiene 72 kilómetros de largo por 2 a 14 de anchura. Las aguas son límpidas, de color verde claro, y rodeándole al Sur y al Suroeste altas montañas que completan el admirable cuadro de este trozo de terreno. Al Norte y al Nordeste se extienden las llanuras alemanas, que forman vivo contraste con las altas cumbres del lado opuesto.

Las aguas del lago están sujetas a bruscos cambios de nivel, debidos a la fusión de las nieves de los Alpes.

Surcan sus aguas muchos barcos de pesca y multitud de vaporcitos para el transporte de mercancías y viajeros que de todas partes del mundo llegan, deseosos de contemplar esta parte del Rhin legendario.

ORIGEN DE UN GOLPE

¿Quién fué el inventor de la zancadilla? Ulises, nada menos que Ulises. Cuando murió en el sitio de Troya el gran Patricio, decretáronse, para solemnizar los funerados, para solemnizar los funeray en ellos tomaron parte el "prudente" Ulises y el temible Ajax.

Por lo que se desprende de la narración que de este combate hace Homero, cronista deportivo de la época, no debió ir la cosa muy bien para el "prudente", quien tuvo el acierto, para derribar a su rival, de emplear la "zancadilla" (desconocida entonces entre los griegos), y así dar en tierra con Ajax. Mal lo hubiera pasado éste; pero Aquiles, siempre sabio y valiente, intervino, como lo hace hoy cualquier árbitro, y puso fin a la lucha.

Gustó lo de la zancadilla a la plebe, y desde entonces viene practicándose sin interrupción.

El nido de aguzanieves

Por Selma Lagerloff

Hatto el ermitaño oraba un día de tempestad: la luenga barba y la cabellera hirsuta flotaban al derredor de su cara como mechón de hierbas en lo alto de una vieja ruina; pero Hatto no hacía el menor movimiento para apartar los cabellos de sus ojos o sujetar su barba a la cintura, pues sus brazos estaban levantados al cielo. Desde el alba alzaba los brazos peludos y nudosos, tan infatigablemente como un árbol tiende sus ramas, y parecía estar dispuesto a permanecer así hasta el anochecer.

Era un hombre que había aprendido a conocer la maldad de los hombres. El mismo había sido perseguido y atormentado, pero los tormentos y persecuciones que había sufrido eran superiores a lo que su corazón podía soportar. Habíase retirado, pues, al páramo enorme, cavando en la arena de la orilla del río una especie de cueva, donde llegó a ser un santo, cuyas oraciones subían hasta el trono de Dios.

Hatto el ermitaño rezaba delante de la caverna la gran oración de su vida. Pedía a Dios que hiciera brillar el día del juicio sobre esta tierra maldita. Llamaba a los ángeles que con las trompetas sonoras anunciarán el fin de este reino de pecado; pedía los torrentes de sangre que ahogarán las iniquidades del mundo, llamaba a la peste que llenará los cementerios.

A su derredor el erial se extendía desierto y lóbrego y el huracán soplaba como una prodigiosa amenaza sobre la desnuda tierra; pero un poco más arriba crecía un viejo sauce de tronco enano y corto, que formaba en su extremidad un grueso nudo del que partían haces de verdes ramas. Cada otoño los habitantes de la planicie lo despojaban de su fresco ramaje, y cada primaverda el árbol lanzaba nuevos y flexibles retoños que los días de gran viento se agitaban como la cabellera y la barba de Hatto el ermitaño.

* * *

La pareja de aguzanieves que había acostumbrado hacer ahí su nido, quería ese mismo día comenzar a construirlo: llegaba con briznas de paja, fibras de raíz de junco del pasado estío; pero entre los ramajes que crujían azotados por el viento, los pájaros no hallaban ninguna seguridad, y después de muchos vuelos se vieron obligados a regresar. Fué entonces cuando se dieron cuenta del viejo Hatto, que pedía a Dios que la tempestad aumentara y barriera así el nido del pajarillo como el del águila.

Seguramente las gentes de hoy se afligirán al pensar cómo un viejo ermitaño de aquel tiempo, se parecía a un hombre. La piel estirada sobre la frente y los carrillos, le daban el aspecto de una cabeza de muerto, en la que sólo al fondo de las órbitas dos pequeños destellos luminosos indicaban aún la vida. Los músculos disecados se untaban al derredor de sus miembros y sus brazos no eran más que largos huesos cubiertos de una corteza de carne áspera y arrugada. Llevaba un viejo hábito negro muy ceñido. Tostado por el sol y ennegrecido por el lodo, sólo sus cabellos y su barba eran claros: el sol y la lluvia les habían dado el mismo tono verde y gris que tiene el revés de las hojas del sauce.

Los pájaros, que buscaban un lugar para su nido, tomaron a Hatto el ermitaño por otro sauce igualmente viejo, al que un hachazo había destruído en su avance hacia el cielo. Volaban, se alejaban, volvían, giraban y daban vueltas a su derredor, tomando puntos de referencia; calcularon su situación con respecto a las aves de rapiña y a las tempestades, y lo hallaron poco favorable; pero la extremidad del río y los cañaverales, su almacén de provisiones y su leñera los decidió. Una de las aguzanieves se arrojó como flecha a la mano levantada de Hatto y depositó su fibra de raíz.

La tempestad soplaba y la pequeña brizna se voló. Pero las aguzanieves regresaron e intentaron insertar los armazones de su nido entre los dedos callosos del viejo ermitaño. De improviso un pulgar grueso y rudo se colocó sobre las briznas de hierba, con el objeto de detenerlas, y cuatro dedos encorvándose encima de esa mano, formaron como un tranquilo nido donde los pájaros podían establecerse.

Y Hatto continuaba sus oraciones. "Oh, Señor, ¿dónde están tus nubes de fuego que asolaron a Sodoma? ¿Cuando lanzarán las celestes cataratas que elevaron el Arca de Noé hasta las cumbres de Ararat?"

Y en el cerebro calenturiento del anacoreta surgieron las visiones del juicio final. El suelo temblaba, el firmamento se enrojecía, pero mientras esas visiones fúnebres fascinaban su alma, sus ojos principiaron a seguir el vuelo de las aguzanieves que revolaban sin cesar y que en cada vuelo, lanzando un ligero pío de satisfacción, consolidaban su nido con una nueva brizna de hierba.

El anciano no se movía, pues para constreñir al Señor a oír sus ruegos había hecho voto de permanecer inmóvil y en oración desde el alba hasta la noche. Y a medida que su fatiga aumentaba, sus sueños de visionario se avivaban. Oía estruendo de casas que se derrumbaban y de muros desplomados. Multitudes despavoridas y vociferantes pasaban ante sus ojos, perseguidos por los ángeles de rostro terriblemente bello, acorazados de plata y oro, y galopando en negros caballos, con relámpagos por látigos.



—¡Eh, nenito; cuidado con la pintura!

Las pequeñas aguzanieves continuaban construyendo y fabricando sin cesar. Para nada les faltaban los materiales sobre el páramo, donde crecían grupos de árboles secos, y cerca del río, bordeados de juncos y carrizos. Y sin tomar el descanso del medio día, antes de entrar la noche, llegaron al techo de su construcción. Pero antes que llegara la noche, Hatto, cuyos ojos habían seguido en su trabajo; las reprendía por su lentitud, se indignaba de las rachas de viento que entorpecían su tarea y ciertamente no hubiera tolerado que descansaran. El sol se puso y los pájaros tornaron a los carrizales del río.

Luego que amaneció, las aguzanieves creyeron que los acontecimientos de la víspera no habían sido sino un dulce sueño. Habían tenido la ocasión de determinar sus puntos de referencia, volando en todos sentidos, elevándose hacia el cielo y escudriñando con la vista la inmensidad del páramo: el nido y el árbol habían desaparecido. Se colocaron sobre dos piedras que sobresalían del agua, y se pusieron a discutir el caso, agitando la cabecita y sacudiendo su larga cola. Pero el sol no se había levantado a una altura mayor de una mano sobre la otra ribera, cuando su árbol vino a colocarse en el mismo lugar de la víspera. Era él, sin duda, como siempre, nudoso y negro, y levantado el nido en su especie de rama tosca y truncada. Y las aguzanieves reanudaron su trabajo, sin ocuparse más tiempo en profundizar las maravillas de que la naturaleza es tan rica.

Hatto el ermitaño, que espantaba de la caverna a los chiquillos y que les gritaba que hubiera sido mejor que nunca hubieran nacido, este Hatto, de quien los campesinos temían les hiciera mal de ojo, cuidaba de no hacer nada que pudieran espantar o molestar a las pequeñas aguzanieves. Sabía que en las cosas que Dios permite en la naturaleza sucede lo mismo que en todas las sílabas de la Biblia: cada una tiene su sentido misterioso y místico. Y había descubierto lo que significaba aquel nido comenzado a edificar entre sus dedos. Era evidentemente la promesa de Dios de que si permanecía en oración, con los brazos levantados hasta que los pájaros hubiesen incubado a sus hijuelos, su plegaria sería oída y el mundo destruído.

Ese día, sin embargo, fué menos asaltado por visiones lúgubres. Sus ojos apenas se separaban del trabajo de los pájaros. Veía terminarse el nido, hacer experiencias a los pequeños arquitectos y a guisa de aplanado y pintura, pegar al exterior algunos líquenes recogidos en el verdadero sauce. Cuando fué preciso pensar en amueblarlo y en insatlarse, buscaron el vello de las plantas sedosas y la aguzanieves arrancó algunos de sus plumones para rellenar mejor el interior de su casa.

Los campesinos, que temían el funesto poder de las oraciones del ermitaño, procuraban aplacar su cólera, llevándole pan y leche. Y ese día lo encontraron en pie, los brazos levantados y el nido en la mano: "¡Mirad — dijeron — cómo ama a los pajaritos ese santo hombre!", y no le temieron más; levantaron hasta su boca el cántaro de leche y colocaron pedazos de pan en sus labios. Cuando Hatto hubo comido y bebido, despidió a los hombres con ásperas palabras, pero ellos no respondieron a las maldiciones, sino con bondadosas sonrisas.

Desde hacía mucho tiempo su cuerpo era el esclavo de su voluntad. Con maceraciones y ayunos, con genuflexiones de todo un día e insomnios de toda una semana, lo había reducido a la obediencia. Sus músculos de hierro sostuvieron los brazos rígidos días y días, y cuando la aguzanieves, cubriendo los huevos, no dejó el nido para nada, ni siquiera volvió al anochecer a acostarse en su caverna, sino que durmió sentado y con los brazos tendidos hacia el cielo. Nunca un anacoreta en el desierto hizo sacrificios más duros.

Se había habituado a los ojillos inquietos, que lo miraban por encima del borde del nido y los protegía contra la lluvia y el granizo.

Y he aquí que un día la aguzanieve se levantó y saltó sobre el frágil muro y presto se reunió con

el macho, que temblaba de gozo. Los dos celebraron consejo regocijadamente, mientras el nido se llenaba de píos desesperados. Un momento después se lanzaron él y ella a una caza desenfrenada de moscas y mosquitos. Y a medida que las moscas y los mosquitos atrapados eran llevados al nido, los píos aumentaban, a tal punto que el piadoso ermitaño perdió el hilo de sus oraciones. Entonces, lentamente, con las articulaciones que habían casi perdido el poder de funcionar, sus brazos se abatieron y sus ojos de ascuas se hundieron en el nido tumultuoso. Jamás se había visto nada tan lastimosamente feo y miserable: pequeños cuerpos desnudos, sin ojos, sin alas, pero seis grandes picos ampliamente abiertos. Recibió una extraña impresión, pero tal como estaban sintió por ellos una infinita ternura. De aquí en adelante, al rogar a Dios salvara al mundo por la devastación, hizo una silenciosa excepción en favor de esos pequeños seres sin defensa. Y cuando los campesinos le llevaban alimentos no volvió más a agradecérselos con deseos de muerte. Se sintió satisfecho que no lo dejaran morir de hambre, puesto que su vida era necesaria a la nidada que piaba en su mano.

Luego, seis cabezas redondas se estiraban todo el día sobre los bordes del nido. Y cada vez más frecuentemente los brazos del viejo Hatto descendían hasta sus ojos. Veía las plumas que brotaban de la piel roja, los ojos que se abrían y la forma del cuerpo que principiaba a redondearse. Y de sus labios la oración se elevaba siempre más vacilante. Dios le había prometido, estaba seguro que la destrucción sobrevendría luego que los hijuelos de las aguzanieves supieran volar. Y entre tanto, buscaba pretextos, pues le parecía imposible inmolar a esos pequeños seres, cuya eclosión hasta había protegido. Hasta entonces nada había existido fuera de él y el amor de los débiles y los humildes, insinuándose en su corazón, lo hacía vacilar. Por momentos hubiera querido arrojar toda la nidada al río. ¿Qué cosa más hermosa que morir sin haber conocido el dolor y el pecado? Hubiera salvado así esas pobres criaturas de las aves de rapiña, del hambre, del frío, de todos los peligros de la vida. Pero mientras pasaban esas cosas, un gavilán se arrojó sobre las pequeñas aguzanieves y Hatto no tuvo más tiempo que para agarrar al rapaz con la mano izquierda y arrojarlo del lado del río.

Al fin llegó el día en que los pequeñuelos debieran aprender a volar. Una de las aguzanieves se esforzaba en colocarlos al borde del nido, mientras la otra volaba en todo el derredor para demostrarles cuán fácil era y cómo bastaba con intentarlo. Pero los pequeños tenían miedo y se negaban. Entonces los dos padres desplegaron a la vista de su prole todos los recursos de su arte; volteaban y viraban con un brusco golpe de alas, y como las alondras, se elevaban en línea recta hacia el cielo y se sostenían inmóviles en el aire con las alas violentamente trémulas. Los pequeños se negaban siempre. Y Hatto el ermitaño no resistió a la tentación de intervenir y les dió con el dedo un ligero capirotazo y ¡he ahí el asunto resuelto! Fuera del nido, batiendo y golpeando el aire a manera de murciélagos, vuelan con torpe ala, se derriban, caen, se levantan y se valen de sus primeros conocimientos para volver a ganar su morada lo más pronto posible. Los padres llegan arrogantes y gozosos y el viejo Hatto sonríe de contento: para algo había servido.

Sonrió, y después se preguntó seriamente si Dios no tendría otro propósito que violar su promesa.

¿Quién lo sabe? Dios, el Padre, tenía acaso esta tierra en la mano derecha como un nido de pájaros y tal vez había acabado por amar a todos los que en ella viven. Y en el momento de aniquilarla, acaso experimentaba por ella misma piedad que el solitario del páramo por los pajarillos. Los pájaros valían segurament más que los hombres, pero Hatto comprendía igualmente que Dios podría sentir que su corazón se apiadaba de la especie humana.

Al día siguiente el nido estaba vacío y la amargura y la soledad invadían el alma del solitario. Lentamente el ribazo bajaba a su costado y le parecía que toda la naturaleza contenía el aliento en espera de las trompetas del Juicio Final. Pero en ese momento las aguzanieves retornaron, colocándose familiarmente sobre su cabeza y sus hombros. Y la luz se hizo en el cerebro turbado del viejo anacoreta. ¡El, que había ofrecido permanecer inmóvil, había bajado los brazos! ¡Cuán poco se había fijado en eso! Cada día había abatido los brazos para mirar el nido. Y en pie, mientras que los seis pequeñuelos revoloteaban y jugaban a su derredor, meneaba la cabeza, dirigiéndose a un sér invisible: "¡Estás rebelado a Tu promesa, — dijo — estás rebelado! ¡Yo no he cumplido con mi palabra y no tienes obligación de sostener la Tuya!"

Y le pareció entonces que las montañas cesaban de temblar y que el río se extendía tranquilo en su lecho, con una inmensa seguridad.

EL PERRO SABIO

Pasó una vez un perro sabio cerca de un grupo de gatos.

Al aproximarse vió que estabn muy interesados en algo y que no se cuidaban de él.

En ese punto levantóse por encima del grupo de ellos un gato grande y grave, el cual, mirándoles, dijo: "Hermanos, orad; y cuando hayáis orado una y otra vez, sin duda alguna, en verdad os digo, lloverán ratones".

Y cuando esto oyó el perro, rió en su corazón, y apartándose de ellos iba diciendo: "Ciegos y torpes gatos, ¿acaso no está escrito y no sé yo, ni supieron mis padres antes que yo, que cuando se ora con fe y se suplica, lo que llueve no son ratones sino huesos?"

Palabras a la hermana

I

Sencillez, ven en mi ayuda, dame tu claridad de primavera, tu regocijo infantil; dime el secreto de tu sabiduría y enséñame a ser suave, serena y alegre.

¡Quiero luminosos tintes de auroras y serenidades de ocasos! Vuélcame en el alma tu brazada de nardos y azucenas!

Voy a hablar a una mujercita que aun está dormida en el gran nido del hogar fraterno, y no quiero que al despertar sus ojos vean sombras en el mundo y sus alas tiemblen de volar.

II

Sé prudente como el rocío: llega silencioso, reanima corolas y torna a los astros.

III

Regocíjate plenamente en tu regocijo; y tu día luminoso pasará, dejando rastros de estrellas que brillarán consoladoras en la noche de tu tristeza.

IV

Mira, la flor apresó en su caliz, al rocío... ¡la espina no pudo!

V

No hay dos almas iguales. A la diversidad de formas exteriores responde la diversidad de formas interiores. Sin embargo, cada criatura tiene algo de tu espíritu; nadie es totalmente distinto de otro.

VI

Ama un poco las frivolidades. Si la vida es un océano agitado por pasiones o angustias, ellas semejan la ligera espuma que corona las olas, y si por milagro de tu sabiduría tu existencia llegara a ser cielo apasible y luminoso, lo hermosearán las frivolidades del infinito espacio.

VII

No pienses nunca que Dios pudo darte un don vanamente, sin un fin sabio y determinado.

VIII

Vayan a ti con sus dolores y vuelvan con el alma florecida como la divina carne de las primaveras.

IX

Nada hay más complejo que un alma, ni prisma de facetas infinitas, sino el íntimo prisma de cada yo.

X

Di a tu corazón:

¡Llena de armonías tu soledad!... Y en tu fiesta de belleza olvida todo; y da tu cantar, cantar de fuente que corre alegre, sin preguntarse nada, que sabe de astros e ignora la distancia, que corona con pétalos la irisada inquietud de las espumas, sin imaginar el dolor de las corolas! Acumula poesía, embriágate de ritmos, corazón!

¡Llena de armonías tu soledad!

Rosario BELTRAN NUÑEZ.

Mi primera aventura amorosa

Por Juan Ferragut

Yo no he visto un caso semejante de precocidad para lo abyecto como el de aquel Eusebio, compañero nuestro en los días del colegio, cuando los primeros cigarros fumados a escondidas y los primeros presentimientos viriles.

Eusebio era un poco mayor que nosotros y, físicamente, a todos nos superaba. Rubio, coloradote, duro de puños y poderoso de tórax, era un futuro atleta; el más fuerte, el más ágil, el más arriesgado en juegos y correrías estudiantiles.

Moralmente, era el anverso repugnante de esa medalla de física fortaleza. Traidorzuela, malintencionado, embustero y "acusica", se hacía temible por su picardía, por su ladina hipocresía, tanto como por los golpes de sus puños...

En la pandilla, por buenas o por malas, le soportábamos, y él era siempre quien tomaba la iniciativa en los juegos o decidía los empates y resolvía el empleo que los domingos habíamos de dar a nuestras escasas monedas.

¿Por qué tolerábamos esta taimada tiranía de Eusebio, el bruto; de Eusebio, el falaz; de Eusebio, el antipático?

El secreto era la hermana de Eusebio: una nena rubia, redondita de carnes, pequeña y bonita como una moneda de oro recién acuñada.

Todos, por turno, íbamos siendo novios de la hermana de Eusebio. Pero para ello, habíamos de conceder a Eusebio una especie de corretaje. Imposible cortejar a la nena sin rendir tributo a Eusebio. El cobraba esa clase de complacencia, lo mismo en dinero que en especies. Ser novio de la hermana de Eusebio equivalía a darle diariamente al bruto guardián lo mejor de la merienda, las "bolas" del juego del "goá", la biyarda, las series de laminillas de las cajas de fósforos y los centavos con que nuestros padres, en los días de fiesta, nos regalaban.

Eusebio tenía tasa para las gracias de la nena. El era quien la acompañaba al parque por las tardes, y en las noches de jueves y domingos, cuando había concierto por la Banda Municipal, y ninguno hablaba con su hermana sin antes haber contentado al ogro con dádivas. Y el pequeño miserable concertaba, cuando estaba satisfecho, hasta la ocasión que era más oportuna para besar a la nena.

El mismo advertía al candidato de turno.

—Cuando se haga de noche, iremos hacia las murallas; yo me retiraré a hacer una necesidad, y como por allí pasa poca gente, te aprovechas...

Así, uno tras otro, iban gustando la miel de los labios de la nena rubia, redonda y bonita como una moneda de oro...

Un domingo, yo, que esperaba mi ocasión, iba paseando al lado de la nena... Pocos pasos detrás caminaban Eusebio y los otros amigos... Se había hecho ya de noche, y la iluminación era escasa en aquel rincón del parque...

Hablando con la nena sentí la tentación de burlar a Eusebio, de desenmascarar al bribón de Eusebio ante la nena bonita y confiada.

Y con la voz opaca de rabia, expliqué a la hermana el ruin comercio, la triste explotación que Eusebio hacía de sus gracias...

Lágrimas — las primeras tal vez que la maldad de la vida arrancaba a su alma — temblaron en los ojos de la niña...

Y yo aproveché aquel momento de rebeldía y de dolor para proponerle:

—¿Quieres tú ser mi novia sin que para nada tenga que intervenir tu hermano?

Y ella, trémula, anhelante, me dijo:

—Sí; tu novia, sin interés, sin que des nada...

Habíamos llegado cerca de las murallas, y las sombras eran más densas...

Yo, entonces, me sentí audaz:

—Dame un beso — le rogué. — El primero que regalas...

Ella entornó los párpados y me brindo la boca. Apenas la había gustado, cuando una manaza se posó en mi hombro y un violento empellón me separó de la nena.

Eusebio, frenético, me interrogó:

—Oye: ¿con qué permiso besas a mi hermana? ¿Es que yo no soy nadie?

Por mí contestó ella, magnífica de audacia y de rabia:

—Sí; ¡tú eres un sinvergüenza!

—¡Eso! — corroboré yo, bravucón.

No había acabado de decirlo, cuando un terrible bofetón me cruzó el rostro. Me zumbaron los oídos, y un momento no tuve noción de mí.

Me rodearon los otros amigos. De mi nariz, la sangre caía en roja cascada. Eusebio y su hermana se alejaban corriendo...

Y ya en esta primera aventura amorosa de mi vida, presentí la verdad de ese aforismo que escribió no sé si un gran pícaro o un gran filósofo:

"¡Nada cuesta tan caro como un beso gratis!..."

DESILUSIÓN...

Yo siempre llevo la existencia llena
de una extraña inquietud que me persigue,
una inquietud que con crueldad me sigue
y que me enferma el corazón de pena.

Tras locas ilusiones peregrino
con todo mi caudal de sentimiento,
como una hoja que llevara el viento
dando tumbos no más por el camino.

En vano trato de quebrar la suerte
que el mal destino señaló a mi vida,
la herida que yo sufro es una herida
que se cura tan sólo con la muerte!

Frente a todo imposible yo he vivido,
vanos mis sueños y mis ansias locas,
he encontrado el amor en muchas bocas,
pero junto al amor hallé el olvido.

Hoy que vuela el recuerdo hacia el pasado,
donde quedó mi juventud deshecha,
para empezar de nuevo la cosecha,
quisiera desandar todo lo andado.

Porque tan luego ahora, en la partida,
he encontrado un cariño que me apena...
¡Qué armoniosa, qué suave y qué serena
podría ser mi vida con su vida!

Otro imposible más, fruta vedada
que brinda a mi alma su secreto encanto...
¿Por qué será que algunos tienen tanto,
y para otros, Señor, jamás hay nada?

¿Por qué será que así la vida cobra,
y si es que existe Dios no considere
que lo que unos desprecian y les sobra
es lo que otro con más ansia quiere?

Por eso sigo en esta lucha cruenta
con todas las tristezas indecibles,
de una pobre bohemia que alimenta
mi loco afán de cosas imposibles!

Hasta que un día de dolor, cansado
de soportar esta doliente carga,
emprenda el viaje por la senda larga
de la que nunca nadie ha retornado...

Enrique P. MARONI.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879 — Buenos Aires

De 9 a 12 y de 14 a 18
Sábados: de 9 a 12

U. T. 428, B. Orden

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital		En el Interior		En el exterior	
Trimestre	$ 2.50	Trimestre	$ 3.00	Trimestre $ oro	2.00
Semestre	„ 5.00	Semestre	„ 6.00	Semestre „ „	4.00
Año	„ 9.00	Año	„ 11.00	Año „ „	8.00
N.° suelto	20 cts.	N.° suelto	25 cts.		
N.° atrasado	40 „	N.° atrasado	50 „		

Frente a dos Majestades

Conozco, como la generalidad de los mortales, a su majestad la reina Esterlina, dueña y señora, casi puede decirse, del Planeta. Veleidosa, como la que más, prodiga sus poderosas caricias a los, tal vez y sin tal vez, menos dignos de ellas. Ciega, como la Fe, no le es dado penetrar el mal uso que hacen los tales de sus favores, porque, de no ser así, ¡cómo no habían de contribuir ellos a labrar la verdadera felicidad colectiva!

Por más que la he cortejado, no logré jamás, ¡ay!, *que me diera corte*, y es porque la real tentadora no ha podido adivinar en mí a uno de los raros corazones capaces de ser arca abierta para que sus beneficios irradiaran a los más como los rayos luminosos del astro rey.

Desde que las entrañas de la Madre Tierra diéronla a luz, modelada después por los hombres a su paladar y gusto, creyentes y no creyentes doblaron su cerviz ante esa Majestad; y a pesar de todos los infiernos que ha encendido y que encenderá, porque tal es también su terrible poder, en los que se han achicharrado tantas y tantas almas grandes y generosas, la pigmea humanidad, de ella esclava, no advierte que en su alucinadora palidez le anticipa, como el mayor de los sarcasmos, la con que le revestirá, en la última hora, esa otra Majestad de las heladas caricias que va siempre de nuestros pasos en pos.

Alguien me saldrá al encuentro, tildándome de romántico y, sobre todo, de Tenorio poco práctico en la conquista de la tan codiciada reina, porque, se me dirá, muchos ex zapateros remendones, jorobados y contrahechos, andan, sin embargo, por el vasto mundo con tan interesante compañía; mas yo no podría trocar mi péñola, pobre y fría como es, por el tirapié, la lezna y el cerote, ni aun con la casi certeza de que la encantadora casquivana me llevara *el apunte*, por aquello, tan lógico, de... "zapatero, a tus zapatos".

Hecho este desahogo, si se quiere un tanto cursi, de un pretendiente burlado, relataré al lector de cómo, merced al extravagante Morfeo, me sentí algo vengado, hace pocas noches, después de atracarme por la tarde de una serie de patrióticos y valientes discursos en torno del problema de los problemas que agita hoy, más que nunca, al humano linaje.

—Ven conmigo y no temas — díjome de pronto un hermoso gigante, asiéndome fuertemente de un brazo — que yo te convenceré de lo deleznable del poder de esa arrogante señora por quien te desvives como todos los míseros mortales.

Y de un formidable brinco me puso sobre una zona cubierta de torres que yo había visto más de una vez sobre el papel, pero que no reconocía en aquella hora, sobrecogido aún por tamaño acompañante.

—¿No conocías mi reino en la Argentina? — prosiguió extendiendo sus enormes brazos y su negro manto, ganoso, al parecer, de abarcar con ellos su inmenso territorio.

Y caí entonces: me hallaba en Comodoro Rivadavia y frente nada menos que a Su Majestad el rey Petróleo.

—Hasta ayer no más — recomenzó con estentórea voz — ha sido ella, y sólo ella, la que derribada imperios, logrando poner en los labios del vencedor de Austerlitz que "l'argent fait la guerre"; hasta ayer no más ha sido por ella, y sólo por ella que "el hombre es lobo del hombre", llegando, mediante su poderosa intervención, a determinar las traiciones más abominables, los crímenes más horrendos. Tal es la aversión capaz de inspirar, a pesar de su incontestable poderío, que por ella es este evangélico anatema: "Primero pasará un camello por el ojo de una aguja que entrará un rico en el reino de los cielos". Y su reinado se prolongará — ¿quién lo duda? — en tanto el Egoísmo haga presa del humano corazón.

Yo escuchaba al rey-gigante con el mismo interés que él ponía en su discurso, mientras observaba a un tiempo, que centenares de musculosos brazos, valerosos soldados del progreso nacional, desfilaban por su lado, rindiéndole honores con las nobles armas del trabajo bien en alto.

Y prosiguió:

—Pero ahora, ya lo ves, la misma Madre Natura, que guarda en sus ocultos senos designios inescrutables, ha dispuesto que sea yo, y sólo yo, el señor del mundo. Lo proclaman así las águilas científicas que por mí surcan serenamente los espacios, salvando hasta de un brinco el inmenso lomo del Atlántico, que diría un poeta; lo proclaman así las moles flotantes que cruzan los océanos; lo proclaman así tdos los medios de locomoción, que, impulsados por mi potente virtud, fijan un mayor desenvolvimiento a las industrias y al comercio, sin los cuales no es concebible la vida próspera de un pueblo; lo proclaman así, en suma, las, como nunca, acaloradas disputas, las hondas disensiones entre los Cresos de la hora presente, ante la aterradora certidumbre de que Madre Natura resuelva pronto mi alejamiento definitivo de sus dominios...

Y el rey-gigante, en una breve pausa, hizo tremolar su negro manto como un símbolo de rendención económica, fosforescentes más aun sus ojos de entusiasmo, para proseguir, diciéndome:

—Vuestro genial Sarmiento, sublime vidente, quería hacer de toda la República una escuela, bello sueño que las generaciones que le han sucedido van convirtiendo en hermosa realidad; y yo, como aquel monarca del Pensamiento, sueño también, en mis subterráneos palacios, con hacer de ella un tesoro inagotable; pero, eso sí, ¡guay de la patria de los argentinos si los que saben interpretar mi poder, en vez de acatar los dictados de su conciencia, que les manda ayudarme a defender mis naturales derechos, se dejaran arrastrar por los tan decantados atractivos de la señora esa que ha venido haciendo del mundo un manicomio.

... ...

El fuerte resonar de una bocina, que anunciaba a aquella humana colmena el comienzo o el término de la jornada diaria, me despertó...

Y, efectivamente, la bocina seguía resonando, pero era la que nos dice las siete desde la dársena de Buenos Aires, que me llamaba a la realidad para recomenzar mis habituales tareas de leer y más leer, tareas que han contribuido a amontonar esas imágenes en mi calenturienta imaginación para poder ahora afirmar contra el inmortal autor de "La vida es sueño", que no todos los sueños sueños son.

Manuel BENITEZ.

TRECE PUNTOS ACUSATORIOS

1—*El alcohol causa la muerte.*

2—*El alcohol es causa de enfermedades.*

3—*El alcohol causa debilidades hereditarias.*

4—*El alcohol menoscaba la resistencia a cualquiera infección.*

5—*El alcohol aumenta la susceptibilidad al envenenamiento causado por los gases desprendidos del metal (obreros en las fundiciones).*

6—*El alcohol aumenta la proporción de la mortalidad por enfermedades infecciosas.*

7—*El alcohol es causa de mayor número de accidentes obreros, agrava, complica y retarda la mejoría de los accidentados.*

8—*El alcohol es causa del enorme desarrollo de las enfermedades venéreas.*

9—*El alcohol aumenta la morbosidad y mortalidad general de las enfermedades que no se deben a su uso.*

10—*El alcohol acorta la vida.*

11—*El alcohol retarda y hace menos oportunas las reacciones neuro-musculares.*

12—*El alcohol disminuye el criterio, juicio, resistencia y precisión de nuestros actos.*

13—*El consumo del alcohol disminuye el consumo de la leche en los hogares, con perjuicio evidente para los niños.*

Dr. H. EMERSON.
Comisionado de sanidad pública en Nueva York.

El templo de oro de Armitsar.

"Donde se quita el polvo con plumas de pavo real"

Armitsar, la ciudad más rica del Penyab, y la más populosa después de Delhí y Lahore, es para los "sijs" lo que Roma para los católicos o la Meca para los musulmanes. Allí es donde se conserva el original del "Granth" o libro sagrado que encierra los principios de la religión fundada por el profeta ("guru", dicen en el país), Nanak, y allí acuden diariamente numerosos peregrinos que se consideran felices con ver el sitio donde se guarda tan apreciado tesoro.

La religión "sij" es muy moderna. Guru Nanak su fundador, nació en 1469. No obstante, cuenta con muchos prosélitos, pudiendo decirse que es la que domina en el Penyab. Los dos principios en que se funda son la unidad de Dios y la igualdad de todos los hombres. Prohibe terminantemente el culto a los ídolos e imágenes de cualquier clase y rechaza la institución fundamental del induismo, la diferencia de casta. Lo más notable de Armtsar, cuyo nombre significa "Estanque de la inmortalidad", es el estanque sagrado, en cuyo centro se alza el Darbar, o Templo de Oro donde se guarda el Granth. El templo en cuestión, tiene la parte baja de los muros, así como el pasadizo o puentecillo de ingreso, de mármol blanco, pero todo el resto está revestido de cobre dorado, con inscripciones en caracteres penjables. Las puertas son de plata labrada. El turista extranjero puede entrar en el templo, siempre que se quite las botas; los sacerdote le ofrecen, al entrar, una taza llena de azúcar, a cambio de la cual, es costumbre dar una rupia de limosna. Dentro, la escena es muy interesante. Los muros están dorados y decorados con pintura de flores; en el centro, hay una alfombrilla donde los peregrinos que entran arrojan dinero, cauris o flores naturales. El Granth o libro sagrado se guarda bajo un precioso tapiz de seda amarilla y oro, la cual se quita el polvo con plumeros hechos de plumas de pavo real.

Un sacerdote, que se releva cada cuatro horas, vela junto a él día y noche. De vez en cuando, el sumo sacerdote abre una copia del sagrado libro y canta algunos trozos, acompañado de instrumentos de cuerdas; y los peregrinos que entran entonces unen su voz a la del sacerdote.

Fuera del templo, junto al mismo estanque, hay otro edificio que contrasta singularmente con aquél. Es una torre completamente europea, con un reloj, que se diría arrancada de cualquiera capital inglesa.

La vida de Benjamin Franklin

(El primer vulgarizador de la ciencia)

Para unos, Benjamín Franklin era un señor muy serio que se pasaba los días consultando con su almanaque; para otros un moralista que no pensaba sino en dar consejos; no pocos ven en él el alma de la revolución Norteamericana, y muchos un setadista, un diplomático, un hombre de ciencia y un santo.

De todo tenía, pero era esencialmente un humano; un hombre dotado de un espíritu amplio, activo, tolerante, deseoso de saber, con gran capacidad para analizar sus actos y la facilidad de decir y promulgar sus creencias para que todos le entendiesen, pero su principal característica era la ciencia. El experimento de la cometa le hace merecedor del primer vulgarizador de la ciencia en América.

Fué en 1752, cerca de su domicilio en Filadelfia, en donde hizo su famosa prueba. Lanzó su cometa a las nubes tormentosas que cubrían el cielo.

El juguete estaba hecho con un pañuelo de seda, y llevaba en uno de sus extremos un alambrito y en la parte de la cuerda de cáñamo con que manejaba la cometa había colocado una llave atada con una cinta de seda que sujetaba en la mano.

La cometa se puso en contacto con la nube, Franklin acercó el dedo a la llave, saltó una chispa eléctrica y recibió el choque. Aquello demostró que su teoría era la verdadera: el rayo y la electricidad eran una misma cosa.

La época de Franklin era la del principio de la invención y del progreso en Norteamérica. La gente se pasaba grandes ratos frotando ámbar y cristal con pieles de gato, para estudiar la electricidad, o construyendo ruedas de palas para la navegación, y Franklin era uno de los más entusiastas en estos ramos del saber.

Nació en Boston en 1706 y era uno de los diez y siete hijos de una modestísima familia. De muchacho fué aprendiz en la imprenta de su hermano Jaime, donde pronto se distinguió por la ligereza y facilidad con que manejaba los tipos.

Los ratos libres los empleaba en leer cuantos libros caían en sus manos, los estudiaba y analizaba detenidamente, con lo que adquirió la facultad de escribir ensayos sobre asuntos científicos tan claros y fáciles de comprender que han servido de libros de texto para los niños, y que eran a la par tan convenientes que entre sus contemporáneos se conquistó merecidísima fama de hombre de ciencia.

Muy aficionado a nadar, inventó a la edad de treces años una cometa que le servía para pasearle por el agua y de la cual dice:

"Me tumbaba de espaldas en el agua haciendo la plancha, sujetando con las manos la cuerda de la cometa y ésta, impulsada por el viento, me llevaba de un lado a otro en agradable ejercicio. Creo que de esta manera se puede ir desde Calais a Dover".

Hasta la fecha, ninguno de los que han atravesado o intentado cruzar el paso de Calais han empleado el sistema indicado por Franklin.

Al mismo tiempo inventó unas sandalias con las que nadaba rápidamente causando el asombro de sus camaradas.

Años después, escribía a un amigo que le hacía una consulta sobre la natación.

"No creo, como usted, que sea tarde para aprender a nadar. Pruebe primero en un río y tenga confianza en sí mismo. Nada de corchos ni calabazas aprenda a dar las brazadas y tenga la seguridad de que el agua le mantendrá a flote. Elija un paraje donde la profundidad vaya aumentando poco a poco y avance hasta que el agua le cubra hasta los sobacos. De frente a la orilla y eche un huevo a poca distancia de usted, de manera que quede entre dos aguas y trate de cogerlo sumergiendo la cabeza y abriendo los ojos dentro del agua. Entonces verá que el agua le empuja hacia arriba y ello mismo le enseñará lo que debe hacer".

A los diez y siete años abandonó la imprenta de su hermano y se fué a Filadelfia, en donde le esperaba un ambiente más adecuado a sus aficiones.

Allí había un grupo de hombres dedicados a la astronomía entre otros Rittenhouse inventor del termómetro metálico. Con éste observó los movimientos de los astros. También tuvo amistad con el doctor Hare, físico de gran reputación.

En Filadelfia se empleó en la imprenta de un tal Keiner, pobre industrial que no le daba de comer sino vegetales, pero "no por eso me iba peor" — dice el mismo Franklin.

Un día, entró en la imprenta el elegante Sir Willian Keith, Gobernador de Pennsylvania,al que recibió Benjamín con tal cortesía y finas maneras, que el Gobernador creyó que él era el dueño y Kenier el empleado.

Bebieron unas copas de madera que mandó llevar el Gobernador y éste entusiasmado del joven, le propuso que fuese a Londres a comprar todo lo que necesitase para montar una imprneta para el mismo Benjamín. Lleno de cartas de recomendación pero sin un penique, llegó Franklin a la capital de Inglaterra, donde no hicieron caso de las recomendaciones, y tuvo que volverse a emplear en otra imprenta, donde pronto descolló por su rapidez en componer.

En una cervecería en donde se reunían varios librepensadores, conoció a los doctores Lyons, Pemberton, Mandeville y otros aficionados a las ciencias que estimularon su imaginación. La promesa de presentarle a Sir Isaac Newton bastó para que se dedicase al estudio de las ciencias con una constancia y tenacidad inimitable.

Su afición a la natación le dió nombre entre los ingleses. Desde su más tierna juventud, le había preocupado el mantener a flote el cuerpo humano, uniendo lo "bello a lo útil".

Volviendo un día de una jira campestre, cayó al río, en donde empezó a nadar con tal soltura, por debajo como por la superficie del agua que sus compañeros le dieron una ovación. En lugar de salir a la orilla, siguió nadando hasta llegar al centro de Londres, dejando a todos sorprendidos de su habilidad.

Entonces le quisieron hacer director de un club de natación, pero no aceptó el puesto, porque un comerciante de Filadelfia le ofreció una colocación en su casa.

Durante el viaje escribió un libro en el que cuenta las observaciones hechas por él sobre los peces, las aves marinas y un eclipse de luna que se verificó en la noche del 30 de septiembre de 1726.

A causa de una enfermedad perdió su colocación y la amistad de su patrón, volviéndose a quedar sin un penique, y se vió obligado a emplearse con Keiner. Mejoró muchísimo la imprenta, los tipos y la tinta, y hasta llegó a hacer algunos grabados en madera.

Poco después, se estableció por su cuenta, y en su imprenta se tiró "La Gaceta de Pennsylvania", abuela del conocido periódico "The Saturday Evening Post".

Al ir el Gobierno a hacer una nueva emisión del papel moneda, se presentó al concurso con una memoria tan bien razonada que se le otorgó la tirada.

Durante aquellos días — dice — "me aventuré y saltando por encima de todos los obstáculos hice de Miss Read mi esposa".

Como no era un matrimonio de afecto, su nuevo estado no le separó de sus estudios e investigaciones científicas y la venida de hijo tras hijo le hizo que se dedicase a nuevas actividades.

Una de ellas, fué la fundación de una pequeña Academia, que luego pasó a ser el "Colegio de Filadelfia", y posteriormente en lo que hoy es Universidad de Pennsylvania.

Todo lo que él inventaba, todo lo que aprendía, lo daba a conocer al público, en cuya propagación le ayudaban los miembros del "Junto", reunión, peña o pequeño Ateneo que él y otros jóvenes crearon en Filadelfia.

Ya fuese creando una biblioteca pública, ya planeando una milicia, ya creando el departamento de bomberos, su procedimiento era el mismo. Primero crear la idea, luego darla al público.

Sabido es que Franklin no profesó ninguna religión determinada, y, sin embargo, los católicos casi le consideraban como tal; los anglicanos le contaban como suyo, y lo mismo sucedía con los presbiterianos y los cuáqueros.

Es decir, que tenía la religión de "un hombre honrado", y se había hecho un programa con un gráfico donde anotaba las faltas, los vicios, las virtudes, los esfuerzos para dominarse, con el objeto de "llegar a la perfección moral".

Comprendiendo que era imposible adquirir todas las virtudes a la vez, las practicaba por curso. Una semana la dedicaba a la Templanza, otra a la Sinceridad, la otra a la Justicia y así hasta trece virtudes, que él se había propuesto alcanzar.






EL OJO ELÉCTRICO

Un aparato sensible a las intensidades de la luz

Conocido es desde hace tiempo el hecho de que si se proyecta un rayo eléctrico sobre determinados metales o metaloides — especialmente los que forman parte del grupo de los alcalinos, tales como el selenio, el sodio, el potasio, el teluro y el talio — aquel metal o metaloide emite electrones, a la manera de un filamento incandescente en el vacío (como el de la lámpara de tres electrodos que se utiliza en la telegrafía sin hilos). Ahora bien: una corriente eléctrica sabido es que consiste en un desplazamiento de electrones, y así una verdadera corriente eléctrica es lo que desprende el metal o el metaloide de referencia, en las condiciones mencionadas. Por eso se ha podido designarse con el nombre de "pila fotoeléctrica" todo instrumento que incorpore a la luz una célula metálica sensible.

Sin embargo, la corriente así producida es sumamente débil y, aparte ciertas explicaciones especiales, no produce rápidas variaciones de alumbrado — tales como las obtenidas casi en las postrimerías de la guerra europea mediante el empleo de rayos infrarrojos por los franceses Herbert-Stevens y Larigaldie, así como por el ingeniero belga Charbonneau — las pilas eléctricas siguen siendo instrumentos de laboratorio. No obstante, hagamos constar, a este propósito, que el doctor Lee De Forest, el genial inventor de la lámpara de tres electrodos, parece haber llegado al descubrimiento de una pila fotoeléctrica ultrasensible, ya que sobre esa base ha establecido el principio de la película parlante, gracias al cual consigue registrar cinematográfica y simultáneamente la palabra y la música en una misma película.

De todos modos, no parece que las células fotoeléctricas hayan proporcionado, hasta ahora, corrientes de suficiente intensidad para aplicaciones industriales. Pero un ingeniero norteamericano ha combinado en un solo aparato la célula fotográfica y el tríode de la T. S. H., con lo que ha logrado amplificar en cerca de un millón de veces la débil corriente producida por la célula.

He aquí el procedimiento: el ingeniero de referencia toma una lámpara de tres electrodos, del tipo cilíndrico americano y prolonga la parte superior en forma de una ampolla esférica, en cuyo interior, desde luego, reina también el vacío; luego, sobre la pared interior de esa ampolla, y salvo el espacio de una abertura circular, por la que ha de pasar la luz exterior, deposita una capa sensible, constituída por un producto que suponemos formado a base de oxígeno, aunque ignoramos su exacta composición.

En cuanto al radiotubo propiamente dicho, se obtiene de la siguiente manera: se impregna un filamento en oxilo, filamento en el que, a determinada cantidad de calor, aumenta la emisión de electrones; ese filamento va rodeado por un enrejado de anchas mallas, envuelto a su vez por otro enrejado de mallas tupidas, y esta segunda envoltura está eléctricamente ligada a la capa sensible que cubre la pared interna de la ampolla, y además, embutida en un cilindro que penetra en la ampolla por la abertura circular de que hicimos precedente mención.

Claro está que pueden utilizarse varios montajes eléctricos en relación a la intensidad de la corriente que se desee obtener. El más sencillo consiste en no ligar la segunda malla a ningún circuito, mientras la primera se pone en conexión con el extremo positivo del filamento, a la vez que se hace positivo el cilindro-placa, en relación al filamento. En tales condiciones, la célula se produce como una sensible lámpara de tres electrodos.

La segunda malla adquiere una capa negativa, y si entonces se proyecta luz sobre la capa sensible, esa luz, por efecto de los fotoelectrones que emita dicha capa, descargará la segunda malla, que está como ya hemos dicho, eléctricamente ligada al óxido metálico que cubre la pared interior de la ampolla. Atenuada la acción repulsiva, una parte de la corriente termo-iónica disponible pasará del filamento al cilindro-placa. Todo dependerá evidentemente de la intensidad de la luz que se proyecte sobre la capa sensible.

Con un montaje como el descrito se han llegado a conseguir intensidades de corriente que han llegado al milamperio, lo que a primera vista no parece extraordinario; pero es preciso no olvidar que la intensidad de las corrientes directamente engendradas por la acción de las células fotoeléctricas no pasa del microamperio.

Si se aspira a un mejor resultado puede utilizarse la primera malla como anodo, y se le aplicará un potencial poco elevado (unos treinta voltios), en razón al débil espacio que la separa del filamento. La segunda malla se pondrá en conexión por una parte a la capa sensible, y por otra, y a través de una gran resistencia, a un potencial que sea negativo respecto del filamento. En cuanto al cilindro, podrá estar directamente ligado a la primera malla; pero será preferible hacerlo positivo en relación a ella.

Esa segunda malla desempeñará entonces el papel de electrodo de registro externo. Si suponemos que, aparte toda acción luminosa en la célula, se hace ésta suficientemente negativa, variando el potencial que se le aplique, podrá "bloquear" por completo la corriente, que tenderá a pasar del filamento a la primera malla. Si entonces se alumbra la capa sensible, se reproducirá un proceso análogo al del caso precedente: el nacimiento de una corriente fotoeléctrica entre el óxido metálico y el cilindro-placa. Esa corriente ocasionará, de un modo forzoso una disminución de tensión en la resistencia y la aminoración correspondiente en el potencial de la segunda malla, cuya acción repulsiva también disminuye, y aun cesa, con lo que establece una corriente entre el filamento y la primera malla, y claro está que también en esta ocasión la corriente dependerá de la emisión de los fotoelectrones, a consecuencia del alumbrado de la célula, que tiene una constante de tiempo proporcional a la capacidad de la segunda malla y al valor de la resistencia externa.

En uno de los tubos preparados por el ingeniero de referencia se ha podido llegar a una constante de tiempo de 1|10.000 de segundo para una frecuencia de variaciones del grado de claridad que se ha elevado a 3000 períodos. Ahora bien: este valor de la constante de tiempo se puede reducir todavía considerablemente, haciendo disminuir la capacidad de la segunda malla y aumentando el valor del factor voltaje en relación a la primera, o, lo que es lo mismo, al filamento.

En lo que concierne al rendimiento obtenido con ese tubo alcanza a unos cinco "milamperios", y acaso hubiera sido mayor si el calor desarrollado en la ampolla no hubiese producido una volatilización sensible del metal alcalino o, mejor dicho, su vaporización sobre los elementos del aparato contiguos a la célula.

La acción del aparato es reversible; es decir: que puede conseguirse que la corriente producida disminuya de intensidad en función del alumbrado de la célula. Para llegar a ese resultado se prescinde de la segunda malla, se torna el cilindro negativo en relación al filamento y se conserva la primera malla en su papel de anodo principal.

De esperar es que tal invento tenga numerosas aplicaciones industriales. Ya los norteamericanos han pensado en utilizarlo para aviso automático de incendio y también para advertir de una elevación peligrosa de la temperatura en el interior de un local; por ejemplo, en los pañoles de municiones de los buques de guerra.

Igualmente podría utilizarse, en el terreno científico, para establecer exacta distinción entre los colores, ya que las más leves diferencias de matiz se traducirían en alteraciones de intensidad de la luz; para percibir los defectos en los textiles; para encender y apagar automáticamente el alumbrado público y los faros, que empezarían a lucir a la caída de la tarde y se extinguirían al amanecer.

La posibilidad que ofrece el aparato de generar corrientes de cualquier frecuencia, incluso ondas hertzianas, bajo el influjo de la luz y hasta de modular esas corrientes o sus oscilaciones, abre amplios horizontes al "ojo eléctrico".



—Señora, aquí tiene usted un asiento.
—¡Gracias! ¡Necesito dos!

De los Andes a Mendoza

La sencillez del Coronel Ibáñez. — El Mayor Oscar Fuentes. — Nuestro Embajador. — El centro Argentino de Santiago. — Ligeras consideraciones.

Cumplida nuestra misión periodística en la capital de Chile, emprendemos el retorno hacia nuestra patria. Nos queda el recuerdo de las atenciones recibidas, atenciones que sobrepasan todo lo que hubiéramos imaginado.

Chile se ha mostrado tal como es: corazón, alma, sentimiento y confraternidad.

Cuando aún nos parece oír el clamor doloroso sobre la noche desolada, cuando las llamas hacían presa del más brillante séquito militar que honrara tierra argentina, llega a nosotros la voz serena de la hermandad y la comprensión.

—"Este sensible accidente — nos decía el General Ostornol, jefe de la sanidad del Ejército de Chile, — ha contribuído a estrechar verdaderos lazos de confraternidad efectiva, destruyendo muchas suspicacias y hechando por tierra muchos mal entendidos. De estos momentos, Chile y la Argentina deben de seguir juntas en su carrera ascensional hacia el progreso, que es el progreso de toda la América Latina."

Al recordar las palabras del distinguido militar chileno, una sensación optimista invade nuestros espíritus. Porque es necesario conocer el fondo del corazón chileno para formarse una idea precisa de ese pueblo fuerte y laborioso, forjado en yunques de heroismo.

De las personalidades que tuvimos el honor de conocer en esta odisea periodística, debemos hacer particular mención al referirnos al Mayor señor Oscars Fuentes, Edecán del Exmo. Presidente de la República, coronel Carlos Ibáñez del Campo.

Las atenciones dispensadas por el mayor Fuentes a los argentinos son proverbiales. Verdadero y sincero amigo nuestro, no escatima esfuerzos para demostrarnos su acendrado cariño hacia todo lo argentino. Caballero de relevantes prendas personales, intelectual en todo el sentido de la palabra, el señor Mayor Oscar Fuentes nos ha brindado la oportunidad de conocer en él la encarnación de la cultura chilena.

Por otra parte, la sencillez del Presidente de la República es encantadora. Recordamos haber llegado un sábado a las antesalas de la Presidencia, sin tener acordada audiencia previa. Simplemente pasamos nuestra tarjeta al Edecán de turno, Capitán de Corbeta Carlos Torres. El enterarse S. E. que la representación de un órgano periodístico argentino deseaba saludarlo, nos hace pasar enseguida y así, para satisfacción nuestra, tenemos el agrado de estrechar la mano al primer mandatario de la nación hermana. Este episodio puede dar una idea de la preferencia y la consideración que se tiene en Chile para con los argentinos.

Largo sería enumerar los diversos agasajos que, tanto oficial como particularmente nos han dispensado. Militares, políticos, periodistas y hombres de letras, se han multiplicado en nuestro obsequio.

Pero lo que nos ha emocionado hasta humedecer nuestros ojos, ha sido ese pedazo de suelo nuestro que es el Centro Argentino de Santiago. Verdadera casa de hermandad y de auxilio moral, ella nos despierta el añoro de la patria distante, donde todo es cordialidad y ternura.

Del señor Embajador, doctor Malbrán, que honra nuestra nacionalidad con su actuación siempre descollante, nos ocuparemos en crónica aparte.

La ciudad de Santiago, vista desde el cerro San Cristóbal. Una visión inolvidable.

Muchos espectáculos, sin duda, nos reservará nuestro tránsito por las carreteras del mundo. Veremos bahías de una belleza irreal, abordaremos a ciudades donde todo nos dará una sensación miliunanochesca, pero lo que nunca nos hará olvidar nada ni nadie, es la visión maravillosa que ofrece la ciudad de Santiago de Chile, vista desde el Cerro San Cristóbal.

El ascenso, en automóvil, es el primer peldaño en la escala de emociones. A medida que escalamos alturas, serpenteando por caminos por los que a cada momento nos parece seremos precipitados. Para ello sólo puede influir una frenada brusca, una falsa maniobra u otra de las tantas fatalidades que muchas veces el destino coloca a nuestro paso.

Nos elevamos, con el alma en los labios, ávidos nuestros ojos de contemplar la encantadora visión que adivinamos.Y así, después de beber en ánforas de inquietud, llegamos a la cumbre, donde la Virgen parece, con su mano extendida, bendecir la ciudad.

Y allí es donde nuestra vista recorre un panorama de maravilla. Debajo, a varios cientos de metros, se ve la ciudad notablemente iluminada. (Una de las particularidades de Santiago de Chile es su impecable iluminación). Y nos llega, como el rezongo de un monstruo de otras edades, el rumor continuo de los rodados de la urbe. Hacia la izquierda, el cerro Santa Lucía eleva su mole cultivada, perfumado jardín santiaguino, donde en los días soleados, es común extasiarse ante una demostración de belleza. Recordamos viajes a través de nuestros años vividos. Recordamos las llanuras interminables de nuestro país, magestuosas e imponentes dentro de su fertilidad. Añoramos las punas desoladas del Norte, donde la canción de la lluvia no se oye jamás. Recorremos con el pensamiento todas las bellezas naturales que nos fué dado ver y, finalmente, inclinamos nuestra frente, vencidos por la realidad.

Y cuando iniciamos el descenso, nos parece que, sobre la frente bendita de la Virgen, dejamos un pedazo de nuestra alma, un girón de nuestro corazón, vencido por la visión magnífica de la belleza...

"Fray Mocho" en Santiago. — El periodismo Argentino en chile. — Un saludo original.

El periodismo argentino ha logrado gran incremento en Chile. El público prefiere las revistas nuestras a las nacionales. Esto no ocurre con los diarios, pues Santiago cuenta con órganos periodísticos de suma importancia, marchando a la cabeza de los mismos "El Mercurio", que muy pronto llegará a su centenario y que es el decano de los diarios de América. Le siguen "El Diario Ilustrado" y "La Nación". Cuenta la capital con dos diarios vespertinos, "Los Tiempos" y "Las Ultimas Noticias". En materia de revistas merece destacarse en primer término "Ziz-Zag", órgano de la Empresa del mismo nombre.

Las revistas semanales argentinas cuentan con una gran aceptación en el público chileno. De ahí que cuando nombramos FRAY MOCHO tuvimos oportunidad de comprobar el sólido prestigio que nuestra revista ha adquirido en el país.

Como complemento de esto, recordaremos algo que nos ocurrió en la Estación Mapocho, a la llegada del Mayor argentino Escobar, de regreso de Buenos Aires.

Nos acercamos a saludar a un grupo de altos jefes del Ejército de Chile, entre los que se encontraban el General Ostornol y los Mayores Néstor García y Humberto Gordon, de la Escuela Militar de Chile.

Al retirarnos, nos estrechan la mano y nos saludan con un

—Hasta la vista FRAY MOCHO.

Y el saludo, desde ese momento acentuó nuestra popularidad. Donde quiera que nos encontraban, nuestros amigos nos saludaban:

—Adiós, FRAY MOCHO!

De Santiago a Los Andes, Julio 28 de 1927.

DE LOS ANDES A MENDOZA

Bellezas naturales. — Bellezas artísticas. — Pepita Evelina opina acerca de la magestad de nuestras montañas.

Realmente, es muy bello viajar. Y cuando este viaje se hace por lugares donde la naturaleza se muestra en toda su intensidad de belleza, gratísimo es a nuestro espíritu el trayecto.

Al llegar a Río Blanco abro mi máquina de escribir y pretendo esbozar una crónica de viaje. Siempre resulta un desahogo espiritual contar a otras criaturas lejanas, nuestros sentimientos íntimos.

En esta función me encuentro cuan me sorprende la aparición de Pepita Evelina. Es rubia y tiene los ojos azules como el cielo que asoma más allá de los picos nevados de la cordillera. Todo en ella armoniza con el paisaje níveo. La blancura de su rostro es sólo un ligero contraste cuando la nieve brinda un telón a su belleza rubia.

Pero, ¿quién es Pepita Evelina? Es una artista yanqui en viaje pare Buenos Aires. Piensa debutar en uno de los principales teatros de la capital argentina. Su especialidad es la danza internacional. Lo mismo interpreta con maestría una danza clásica que el más moderno chárleston.

La conversación gira, naturalmente, alrededor de sus inaumerables triunfos artísticos. Ha trabajado en los principales teatros de Europa y América. Aprovechamos sus conocimientos para interrogarla acerca de la belleza de los macizos andinos.

—He viajado por todo el mundo — nos dice. — Conozco los lugares más bellos de las tierras danesas, Suiza y Alemania desfilaron ante mis ojos. Pero en todo lo que he visto, nada me parece tan bello como esto. El paisaje nevado me subyuga. La altura incalculable de estas cumbres despierta en mí, verdadero sentimiento de admiración. Nada, pues, me parece tan bello..."

Pepita Evelina calla y por sus ojos azules pasa un sombra de recuerdo. Después de su debut en Buenos Aires, seguirá a Sud Africa, de allí a Australia, luego a China y el Japón y terminará su tournée en Europa. Tiene mucho escenario y porvenir por delante, lo cual hace que su gira artística sea una sucesión de triunfos.

La atracción de los precipicios. — Los valles nevados. — Una caravana en el camino...

El tren se arrastra, lo mismo que una inmensa culebra, bordeando valles y precipicios. Estamos a más de 3.000 metros sobre el nivel del mar. La atracción del abismo obra decisivamente sobre nuestro sistema nervioso. Nos asomamos a las ventanillas y el vértigo nos atrae. Cerramos los ojos. Pepita Evelina contempla las nevadas laderas y sonríe. Parece que una ley atávica la preservara del mareo.

Los valles nevados de la cordillera andina tienen un raro encanto.

El convoy sigue devorando distancias. De vez en cuando, el jadear de la locomotora anuncia que subimos una cuesta. Sobre la sábana diviso una caravana de mulas. Espectáculo típico, él me trae reminiscencias de otros tiempos, cuando, en vez de lujosos "pullmans" conducían a los viajeros estas pobres bestezuelas que, aun hoy, son propulsoras de labor y constancia.

El último puesto de carabineros de Chile. — La emoción del suelo patrio. — Un beso en la nieve.

Llegamos a la Estación Caracoles. Casi sepultado por la nieve aparece el último puesto de los carabineros de Chile, en cuyo frente se divisa el escudo de la estrella solitaria, el cóndor y el huemul. La bandera tricolor flamea como un saludo de bienvenida.

Dentro de varios minutos nos encontraremos en el suelo de nuestra patria. Nuestro corazón late con fuerza. Sentimos un enternecimiento extraño. Volvemos a las horas de nuestra niñez, cuando en la escuela cantabamos el himno patrio durante las grandes solemnidades.

Porque indiscutiblemente, hay algo que ha nacido con nosotros mismos. Algo que está dentro de nuestra sangre y vibra con nuestros espíritus.

Por eso, al pisar suelo argentino me he arrodillado fervorosamente y he dejado un beso de amor sobre la nieve...

Eduardo María DE OCAMPO.

De Los Andes a Mendoza, Julio 28 de 1927.

Cómo se exploran las grutas y cavernas

Sepultarse en las tenebrosas profundidades de la cavidad subterránea desconocida no es, en efecto, una cosa sencilla que esté exenta de peligros.

Los tiene, desde luego, pero ¿qué ejercicio no los tiene? En cambio proporciona al ejecutante emociones que resarcen suficientemente de ellos.

El explorador que quiera conocer las cavernas ha de empezar por sondar su entrada, dejar caer por entre los orificios de la tierra, una cuerda de las que a este efecto se usan. Examinará con todo cuidado la característica geológica y topográfica del terreno, labor que exige varias horas de estudio y pondrá en condiciones los elementos que para verificar la exploración precisa.

Hecho esto, se preparan las escalas que se han de utilizar. El explorador vestido con un traje apropiado (de lana con numerosos bolsillos, pantalón largo, blusa de tejido muy fuerte para que no se desgarre con los salientes, botas fuertes de agua y casco de cuero especial para evitar el efecto de los guijarros que puedan caer sobre él en su descenso) se dispone a la exploración.

En un saco especial que en forma de bandolera llevará, habrá dispuesto los elementos precisos para su exploración: velas especiales, cintas de magnesio, cerillas, eslabones, martillos tijeras, cordel, termómetro, barómetro, brújula con papel cuadriculado para la topografía y otros instrumentos científicos necesarios. A prevención, llevará también, un pequeño botiquín de urgencia y algunos víveres y reconfortantes.

El excursionista está entonces "compuesto". Provisto de un pequeño puesto telefónico se coloca entonces sobre un palo de unos sesenta centímetros de largo fijado, por su parte media, a una cuerda de doscientos metros. Al momento, da a los hombres que le ayudan la señal convenida y la cuerda queda sujeta por seis robustos mozos, ayudantes del explorador.

A la vez, un colaborador especial divide el cable telefónico para que esté en condiciones de establecerse la comunicación telefónica entre él y el explorador. Este sostenido por una especie de columpio formado por el palo y la cuerda, desaparece lentamente en las entrañas de la tierra.

Poco a poco su voz se va extinguiendo, pero aproximándonos al puesto telefónicos podemos seguir al explorador en su descenso.

El explorador está al habla y pide que cesen de dar cuerda porque ya no se ve y tiene que encender, o bien dice a la profundidad a que se encuentra, consultando las partes de la escala que ha bajado. De este modo los auxiliares conocen al detalle lo que precisa el explorador para no sufrir ningún accidente en su marcha y proporcionan a éste cuando precisa para el descenso.

Al fin, al cabo de unos minutos, el explorador se encuentra ya en una parte de la caverna que ha de explorar y comienza por quitarse la cuerda y desembarazarse de otros elementos que dificultárían la observación.

Inspecciona el fondo de la caverna y en seguida percibe alrededor de él los objetos más diversos: ramas, piedras, osamentas de animales que despiden un olor horrible... Para prevenir estos olores nauseabundos, que rara es la gruta donde no se encuentran, debe ir provisto de papel de armenia y de incienso que debe quemar al comenzar la exploración.

Cuando se suceden varios pozos en la gruta, es preciso realizar la misma faena de exploración varias veces antes de encontrar el fondo.

A menudo, se encuentra el explorador en presencia de un lago o de un río. Entonces debe descender una embarcación impermeable, cuyo tipo más práctico ha sido imaginado por el americano Osgood. Esta se monta en unos minutos y puede guardarse fácilmente en una maleta corriente.

De este modo, Mr. Martel, el creador de la exploración moderna de grutas, ha explorado más de un millar de cavernas tomando datos en ellas y aclarando infinitos misterios que acerca de las mismas existían.

Uno de los principales émulos, M. Nolberto Esteret, de la Facultad de Ciencias de Tolosa, tuvo necesidad de navegar por corriente subterránea de Saint-Martory (Alta Garona) para descubrir en la gruta de Montespán, en medio de la cual serpea la corriente de agua, las estatuas esculpidas por los Magdalenianos hace veinticinco mil años.

Después de correr infinitos peligros, pudo descubrir este explorador en las paredes de ese verdadero salón prehistórico, el modelado de un gran felino y veintidós dibujos de animales que atestiguan el arte de los lejanos precursores de Fidias.

La exploración de cavernas tiene interés para el científico porque ella le proporciona elementos para enjuiciar sobre puntos obscuros de algunos ramos de la ciencia y para el hombre que gusta de buscar en los ejercicios la emoción, y sabe el encanto que proporciona el lanzarse a lo desconocido para que le sea revelado cuanto éste encierra.

CONOCIMIENTOS ÚTILES

PROCEDIMIENTO PARA LIMPIAR METALES

Se hace la mezcla de estas substancias y se agita en el momento de usarla.

Acido oxálico....	4	gramos
Acido sulfúrico...	4	—
Tierra de Segovia	32	—
Agua............	500	—

***

LIMPIEZA DE BOTELLAS

Se introducen en las botellas algunos pedazos de papel secante o de estraza, con cáscaras de huevo quebrantadas y una corta cantidad de agua. Se agita la botella en todas direcciones. Después se deja humedecer el papel, y luego que se haya meneado nuevamente la botella, se vacian con rapidez. Entonces se enjuagan, escurren y secan con un pedazo de lienzo bien seco.

***

PARA LOS QUE SUDAN

En algunas personas, el olor del sudor de los sobacos es desagradable y muy particular. Se cura teniendo en el sitio aludido una limpieza particular y espolvoreándolos con tanino o ácido salicílico.

***

PARA LAS QUE TENGAN "PAÑO"

Contra el llamado "paño" de las mujeres: manteca de cacao, 10 partes; aceite de ricino, 10 p.; esencia de rosas, 10 gotas. Aplíquese a la cara por la mañana y por la noche.

***

Las hemorragias nasales se cortan en seguida con la tintnra de eucalipto.

***

Las toallas no deben guardarse nunca húmedas. — Si no se tiene esta precaución, es muy fácil que se forme sobre el tejido una especie de moho que no sólo estropea la toalla,, sino que también al secarse con ésta puede producir ciertas enfermedades en la piel.

***

Cuando se plancha un mantel, sobre todo si es muy grande, conviene tener a mano un palo largo y redondo, algo más largo que la anchura del mantel. A medida que se va planchando éste, va enrollándose en el palo y retirándose a un lado sin peligro de que se arrugue. Se guarda luego así, y se tiene la ventaja de que al poner el mantel en la mesa no presenta los pliegues que resultan de doblarlo.

***

Las blusas lavables no deben tener los corchetes pegados a la misma tela, sino cosidos en una trencilla unida a la prenda, que puede quitarse cuando se va a lavar. De sete modo se evita que los corchetes la manchen de orín y que se aplasten.

Después de lavada la blusa no hay más que coserla las trencillas de los corchetes, cosa que cuesta poco trabajo.

***

NO OS ACOSTEIS DESPUES DE COMER

Acostarse en seguida de comer es favorecer el mal sueño, pues la digestión se perturba. Pero si se deja transcurrir demasiado tiempo entre la comida y el sueño, éste puede rehusarse a venir. En tales casos un ligero alimento procurará un buen descanso. Un vaso de leche con un poco de pan, o unos bizcochos resultarán entonces de gran efecto para el descanso.

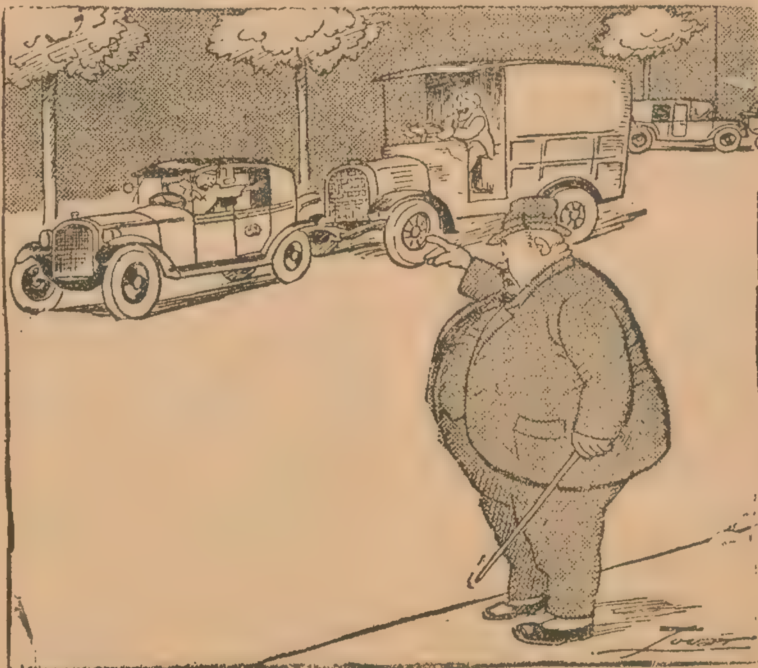
Es preciso suprimir del todo las substancias alcohólicas, el café y los excitantes en general; las vigilias prolongadas y los baños demasiado fríos o demasiado calientes; rehúyase la vida sendentaria; evítese las ropas demasiado ajustadas, sobre todo en el cuello, y especialmente cuídese de evitar todo abuso.

***

Para los párpados enfermos o hinchados, padecimiento muy común en los niños, puede recomendarse entre los remedios más sencillos y mejores el té frío.

***

Para quitar el mal olor a las plumas destinadas a rellenar las almohadas se echan en un saco con un puñado de salitre; a los pocos días se le habrá quitado completamente el olor.



EL "CHAUFFEUR" DEL "TAXI". — ¿Es a mí o al camión?

Los seudónimos de escritores célebres

Los dos hombres que más han influído en el pensamiento del mundo son conocidos sólo por sus seudónimos.

Nos referíamos a Platón y a Voltaire.

No se sabe en realidad el verdadero nombre del primero, el que le puso su padre, Ariston. Platón, que quiere decir "ancho", fué un mote que se le puso, porque tenía las espaldas muy anchas; pero el filósofo lo aceptó y lo hizo más famoso que su patronímico.

Muchos habría que si les hablasen de un tal Arouet se quedarían con la boca abierta, sin saber a quién se hacía referencia, y sin embargo, los verdaderos nombres de Voltaire eran Francisco María Arouet. El seudónimo lo tomó del nombre de una finca de su madre, cuando estrenó la tragedia "Edipo", y luego lo siguió usando en la mayoría de sus obras, y no decimos en todas, porque ha sido el hombre que ha empleado más seudónimos diferentes. En una biografía suya se registran cerca de ciento cincuenta, entre los que figuran nombres religiosos, femeninos, títulos de doctor y de nobleza, y hasta apellidos españoles, como el de Marqués de Ximénez, y el de Zapata.

Balzac, el ilustre autor de "La comedia humana", firmó sus primeras producciones con muy diversos seudónimos, uno de ellos fué el de Lord Rhoone, anagrama de su nombre de pila: Honoré.

Víctor Hugo tomó, en 1829, el sobrenombre de Víctor d'Auverney, como se llamaba uno de los personajes de "Bug Jargal", para publicar algunos versos hechos en sus mocedades.

Seudónimo muy famoso fué el de "Junius", autor de una serie de setenta cartas sobre asuntos de Estado desde 1769 a 1772, que llamaron poderosamente la atención en Inglaterra. Jamás se ha podido descubrir quién las escribió aunque se sospecha fuera el estadista Sir Philip Francis.

Dickens y Thakeray preferían usar sus propios nombres en los trabajos de importancia, aunque el primero empleó a veces el de "Boz", diminutivo infantil de Moisés, y el segundo se puso "Jeames Yellowplush" y "Miguel Angel Titmarsh" en algunas de sus primeras producciones.

Nadie ignora que el literato francés, conocido por "Jorge Sand" era en realidad una mujer. Sus nombres verdaderos fueron Armantina Lucila Aurora, Baronesa de Dudevant. Tomó el seudónimo que ha hecho famoso con más de ochenta y cuatro novelas publicadas en cuarenta y tres años, después de separarse de su marido y de escribir una obra en colaboración con Jules San deau, que firmaba "Jules Sand", abreviatura de Jules Sandeau.

Uno de los escritorse extranjeros mas populares en la actualidad, "Mark Twain", se llama Samuel L. Clemens, fuera del mundo literario. Tomó este seudónimo del término que usan los boteros del Missisipí para medir la profundidad del río con la sonda, los cuales cuentan las unidades de la medida que emplean, diciendo: "Mark one, mark twain", etc.; es decir: "marca uno, marca dos".

La reina de Rumania penetró en el campo de las letras con el nombre de "Carmen Sylva", y "Gyp", la conocida escritora francesa, es realmente la condesa de Martel de Joinville. La célebre novelista inglesa "Ouida" se llamaba Luisa de la Rameé.

"Pierre Loti", el original escritor, se llama Luis María Julián Viaud.

Los escritores españoles no se han quedado atrás en el uso y abuso de seudónimos. Algunos no se contentaron con menos de cuatro o cinco seudónimos conocidos.

A esta clase de ambiciosos o descontentadizos pertenece Leandro Fernández de Moratín, que se firmó "Melitón Fernández", "Inarco Celenio", "Efrén Lardnaz y Morant", anagrama de nombre, y "Ginés de Posadilla". Lo mismo le ocurría al malogrado Mariano José de Larra, que además de "Fígaro", que fué su seudónimo más popular, se llamó Ramón Arriala, "Andrés Niporesas", "El bachiller Juan Pérez de Munguía" y "El pobrecito hablador".

"Juan Vicente", "Vera y Santa Clara" y "Fray Agustín de Cisneros" fueron sobrenombres del fabulista Tomás de Iriarte, que también empleó el anagrama "Tirso Imareta".

El gran Valera se firmó a veces con los nombres de "Currita Albornoz", "Un aprendiz de helenista" y "Eleuterio Filogyno", y el popularísimo Don Ramón de Mesonero Romanos fué "El curioso parlante" unas veces y "Manolo Chispero" otras.

Fernán Caballero, más conocida por el seudónimo que por su verdadero nombre: Cecilia Bohl de Fáber, se llamó también "León de Lara", y Gertrudis Gómez de Avellaneda solía ponerse "Peregrina" y "Felipe Escalada".

Bartolomé José Gallardo usó los nombres de "Licenciado Palomeque", "Tomé Lobar", "El dómine Lucas", "El bachiller Justo Encina", "J. Claro de la Vega", "El bachiller Bovaina" y "Lucas Correa de Lebrijo y Brozas". Hartzenbusch se tituló "El despojado" y "Maxiriart".

Además de "Fernanflor", que fué el seudónimo más popular de Fernández Flores, éste usó el de "Un Lunático" en sus crónicas. Serafín Estévanez Calderón fué "El Solitario" y "Sifinio"; Aparicio Guijarro, "El Rústico" y "El de la guardilla", y también "El Solitario". Los "alias" de Ramón de Navarrete fueron "Pedro Fernández", "Leporelo", "José Núñez de Lara y Tavira" y "Asmodeo", que es el más conocido.

Siguiendo la enumeración muy a la ligera, añadiremos "Un amigo de España", que fué José Joaquín de Mora; "El autor de los viajes", Roque Barcia; "Batilo", Juan Meléndez Valdés; "Dimas Camándulas", Pedro Felipe Monlau; "Casinio", Juan Nicasio Gallego; "El diablo con antiparras", Manuel Fernández y González; "Juan Diamonte", Juan de Timoneda; "Don Yo", Miguel Agustín Príncipe, y "José Antonio Dovre", el conde de Floridablanca.

Luis de Eguílaz firmó trabajos con el seudónimo de "El licenciado Escribe"; Manuel Tamayo se llamó de sobrenombre "Joaquín Estébanez"; Manuel Silvela, "Juan Fernández" y "Velisla"; Modesto Lafuente, "Fray Gerundio"; Angel de los Ríos, "Fulano"; Nicasio Gallego, "Gelasio Gayan y Junco"; Echegaray, "Jorge Hayaseca"; Núñez de Arce, "El bachiller Honduras", Barbieri, "José Ibero Canfranc"; González Bravo, "Ibrahim Clarete"; Víctor Balaguer, "Julia"; Lope de Vega, "Gabriel Padecopeo".

Entre los citados y los que dejamos en el tintero, hay algunos seudónimos más conocidos que el nombre propio del que los usó, como por ejemplo: "El Tostado", que fué Alfonso de Madrigal; "Clarín", con que firmaba sus críticas Leopoldo Alas, y "Tirso de Molina", que era el nombre de fray Gabriel Téllez.

La lengua china

Esta lengua, cuyo origen nos es desconocido, no cuenta más que palabras de una sola sílaba. Estos monosílabos permanecen siempre invariables; es decir, que no se pueden conjugar ni declinar, y sus relaciones se indican por la colocación en la frase.

En la escritura, poseen cada una forma particular, un signo especial. Este signo se halla constituído por dos elementos. El primero, que recuerda la forma primitiva de la escritura, análoga a los hieroglíficos de los egipcios, es ideográfico; es decir, que representa la idea con un dibujo del objeto al cual se aplica. El segundo elemento que se añade siempre al primero, es fonético; es decir, que expresa el sonido. Existen muy pocos caracteres ideográficos, pero gran cantidad de caracteres fonéticos. Los chinos forman tantas palabras diferentes según el tono con que pronuncian las sílabas. Uno de sus diccionarios contiene, bajo una primera división de 214 signos ideográficos, 44.449 signos distintos. Estas cifras son las del diccionario del cionarios. Se comprende que el mayor honor que pueda ostentar un escritor chino es saber simplemente leer y escribir su lengua, que comprende muchos millares de caracteres.

Ciudades circulares

Para resolver los problemas del aire y sol en las ciudades modernas, Inglaterra ha dado el primer paso, construyendo una población con el llamado Plan Circular, en Rossington, Doncaster, y que, en efecto, consiste en agrupar las casas en torno de una plazoleta redonda e ir extendiendo la ciudad en sucesivas calles concéntricas. La experiencia ha dado resultados inmejorables, porque los ingenieros británicos no dudan en afirmar que la ciudad del futuro será la ciudad circular, con sus diámetros correspondientes.

Cinematográficas

Notas - Informaciones

SE HA FIJADO EL 13 DE AGOSTO PARA EL ESTRENO DE "EL CABALLERO DE LA ROSA"

La casa Max Glücksmann ha resuelto estrenar el 13 del próximo mes de agosto la película de su programa superextraordinario "EL CABALLERO DE LA ROSA".

Este film está basado en la célebre ópera cómica de Hugo Von Hoffmanthal y del maestro Strauss.

El mismo Ricardo Strauss, el famoso compositor, ha arreglado especialmente para esta versión cinematográfica la música original de su célebre obra.

La dirección ha estado a cargo de un gran "metteur en scéne"; nos referimos a Robert Wiene quien ha trasladado a la pantalla, conservando todo el interés de la intriga y todo el encanto de su espíritu gracioso, en una sucesión admirable de escenas del más puro estilo cinematográfico.

Las principales escenas han sido filmadas en el palacio y en el parque de Schonbrunn, ex-residencia de la familia imperial de Austria, convertido hoy en museo.

Los trajes son de una riqueza, de una propiedad y de un lujo tal que han sido adquiridos por el museo de Dresde.

Las carrozas que aparecen en este film son tradicionales: pertenecieron a la casa Imperial de Austria y son lo más magnífico en su género.

Los principales papeles están a cargo de conocidos artistas como Hughette Duflós y Jaques Catelain, a quienes secunda un brillante conjunto de actores.

EN EL EMPIRE THEATRE SE PRESENTO POR PRIMERA VEZ EL PHONOFILM

Será una fecha histórica en la vida del espectáculo cinematográfico.

En el Empire Theatre se presentó, por primera vez en Sud América, el maravilloso aparato del doctor De Forest, llamado Phonofilm.

Este día ha de ser recordado como uno de los más culminantes en la historia del cinematógrafo, digno de ser grabado con letras de oro en el futuro monumento a la escena muda.

Dos fechas son memorables para el llamado Séptimo Arte que van unidas a dos nombres: Lumiére y Edison. Hoy se puede agregar uno más: De Forest.

Antonio Lumiére inventó la placa fotográfica que lleva su nombre y su hijo Luis presentó las imágenes animadas en París y Londrés, revelando al mundo científico su genio creador.

Después Tomás A. Edison hizo comercial ese invento, ideando el método viable para impresionar una serie de fotografías sobre el rollo de celuloide flexible que Green inventara, creando el sistema hoy en uno de bordes perforados para pasar la película con toda exactitud sobre el mecanismo intermitente de la cámara proyectora.

Y llega la época actual con el Phonofilm, cuyo inventor el doctor De Forest, se coloca de un salto, al lado de estos dos genios, contribuyendo poderosamente al progreso del cinematógrafo, con la película parlante o sonido fotografiado.

Lumiére, Edison, De Forest, tres faros poderosos de la genialidad humana: tres cerebros magníficos que los colocan en la primera línea entre los grandes inventores. El primero dando idea de la imagen movible, el segundo haciendo del cinematógrafo una cosa viable y comercial y el tercero dándole voz humana.

Tal es el grado de progreso que se ha llegado en el espectáculo que hoy presenciará Buenos Aires, en el Empire Theatre, con las primeras exhibiciones del Phonofilm, adquirido en una suma fabulosa por la Corporación.

El público ha de admirar los valores artísticos que encierra el célebre invento, no sólo como creación de índole científica, sino como espectáculo de atracción. La feliz combinación del cine con la radio ha de ser el peldaño iniciador de una serie de reformas que, en verdad, nuestra mente profana no alcanza a darle forma, pero que cosecharán sus frutos las nuevas generaciones.

LOS EMPRESARIOS DE CINE CONTINUAN EMITIENDO SU OPINION SOBRE EL PHONOFILM

Seguimos publicando en este número las opiniones que van emitiendo nuestros más destacados empresarios de los cines. Todos ellos están contestes en reconocer los méritos del Phonofilm como elemento revolucionario de la ciencia y como revelación para aportar al cine lo único que le faltaba como espectáculo único e insubstituíble.

DON ENRIQUE POPOLIZIO

Del Gran Palais Theatre

Siempre atento, siempre sonriendo, don Enrique Popolizio nos recibe en su despacho del Gran Palais Theatre.

Como es notorio, este conocido empresario dirige y administra los cines Gran Palais Theatre, Palais Blanc, Palais Bleu y Trianón. Es múltiple en sus tareas, estando en todo y para todo.

—¿Qué nos cuenta del Phonofilm, don Enrique?

—Soy el menos indicado para hablar de este invento de De Forest. Usted sabe...

—Sí, nos damos cuenta, pero haga caso omiso de sus vinculaciones comerciales y colóquese en el caso neutral. Queremos su impresión de ducho empresario.

—Bien; el Phonofilm me ha causado una impresión semejante al del goloso ante una vidriera de confitería o al de un "gourment" ante un faisán ricamente preparado. Hay pasta para colmar las ambiciones del más exigente empresario. Esto por el lado comercial. Por lo que concierne al artístico y científico, mi admiración es completa. Creo que es un caso verdaderamente maravilloso que debe repercutir en el público en forma maravillosa. Eso sí, para el futuro, deberáse seleccionar los temas a filmarse, o más bien los motivos exóticos y particulares del momento. De esa manera el Phonofilm será un auxiliar notable de las salas cinescas y desterrará las "varietés", cosa que me alegraría.

En resumen: ha de constituir una novedad atrayente, que convencerá, reportando buenos beneficios.

DON JAIME LOPEZ

Del Paramount Theatre

Es empresario y director del Paramount Theatre. Tuvo a su cargo, en un tiempo, el Real Cine y después el Cine Alvear. Su actual situación se la debe a su propio tiempo. Forjado en la lucha diaria, se ha embebido de lo que es el negocio de cines, cosa que una minoría solamente sabe, pues es una ciencia a la que muchos "suficientes" no le hacen caso.

El señor López cree en las virtudes del Phonofilm, pero nos hace algunas objeciones de detalle, que, en verdad, no disminuyen su admiración por el gran invento del doctor De Forest.

Sus críticas son meramente técnicas en la forma que puede ser explotada. Volviendo a la innovación, que significa para el cine la implantación del Phonofilm, estimo ha de constituir una nueva emoción para el público.

La reproducción de la voz humana, música y otros sonidos que el Phonofilm lo recoge con absoluta fidelidad, ajustada y sincrónica, devueltos por el curioso mecanismo, dan a la película lo que hasta ahora ha faltado: vida.

Pero, ante todo, el señor López cree que mientras se perfecciona para llegar al máximo, el Phonofilm debe de concretarse a presentarnos las novedades teatrales europeas o norteamericanas, en pequeños rollos y solamente en dosis contadas. Presentar las películas sincronizadas — agrega el interviuado — en abundancia sería empachar al público, lo que redundaría en perjuicio del negocio.

DON ORESTE SCHENONE

Del Bijou Palace

—Fui a escuchar el Phonofilm, y en principio soy admirador de esta combinación genial de la radio con el cine, pues significa un gran paso adelante de la ciencia al servicio cinesco.

Todo esto — continuó diciéndonos el señor Schenone — es lo que se desprende de lo que pude observar en la exhibición privada que la Corporación dió al gremio, como convencimiento íntimo. Ahora bien, tengo que hacer objeciones que atribuyo al apresuramiento con que se dió esta exhibición. Creo que las bocas transmisoras deberían estar a la altura de los personajes que aparecen en la tela, para que la voz que el alto parlante emite dé la sensación de que proviene de la persona que gesticula. También noté vibraciones ajenas a la voz humana y que entorpecen los sonidos naturales.

Esto es, indudablemente, efectos ajenos al Phonofilm y que han de subsanarse. En concreto: el invento del doctor De Forest traerá un nuevo atractivo a los salones cinescos y, por consecuencia, un aumento de público. Y esto es todo lo que deseamos.

LO QUE OPINAN DEL PHONOFILM LOS EMPRESARIOS DE CINES LOCALES

Continúa la serie de reportajes, hechos a raíz de la adquisición del maravilloso invento del doctor De Forest, por la Corporación Argentino Americana de Films.

DON LUIS F. FRUGONI

Del Cine Independencia

El presidente del Centro Cinematográfico, señor Luis F. Frugoni, es un hombre culto e inteligente, que conquista con su "savoir faire".

—¿Mi opinión del Phonofilm?... No conozco. Pero le diré que, por lo que he oído, ha de ser la culminación de lo que tanto esperábamos: un reanimador del espectáculo cinesco. En este caso sería el Mesías soñado, el "acus ex machina" de los antiguos griegos. Porque no puede ser de otro modo si este invento de De Forest nos ofrece obras, orquestas famosas, artistas notables, etc., que, trasladados al celuloide, sincronizados, permitirá desarrollar, tarde y noche, una sección dedicada a esta maravilla, dando aliento y óxigeno al cine, transformándole al hacerlo más variado y ameno.

Si el Phonofilm consigue lo que sus panegiristas desean, habrá que aplicarle la máxima de Sócrates: Dios — y De Forest — me puso sobre un noble caballo, para picarle y tenerlo despierto". En este caso sería sobre la curiosidad del público para hacerlo concurrir a los cines.

DON CLEMENTE LOCOCO

Del Cine Cataluña

En su cuartel general del Gran Cine Corrientes nos entrevistamos con el señor Clemente Lococo. Amable, como siempre, se apresta al reportaje.

El señor Lococo es uno de los empresarios que por su don de gentes atrae inmediatas simpatías. Es empresario de los cines Cataluña, The American Palace, Giribone, Suipacha, Gran Cine Corrientes y recientemente adquirió el Presidente Roca. Su actividad es inagotable.

Cuando le preguntamos qué pensaba del Phonofilm se sonrió:

—Me sonrió — nos dijo — porque es la milésima vez que me hablan del Phonofilm. Existe una fiebre por conocer esta llamada maravilla del siglo, que con sólo esa expectativa es suficiente para resultar el "clou" del año.

Para mí el Phonofilm resume todo lo que hace tiempo aspiramos los empresarios de cines: dar una nota original al espectáculo. Porque hoy día ni con films extraordinarios se consigue llamar la atención del público. Parece que está indigestado de tantas obras de arte y quiere que lo saque de esa modorra en que está sumido.

El Phonofilm es el llamado a aguijonear la curiosidad de las gentes. Yo, como empresario, deseo ansiosamente el triunfo del Phonofilm, porque su éxito será el "ábrete, Sésamo" bíblico para nuestras boleterías, un tanto anquilosadas por estos fríos y por el escepticismo del público pagano.

TEATROS

"SE ACABARON LOS OTARIOS" EN EL COMICO

El estreno de esta pieza de Julio F. Escobar, se ha caracterizado por la conjunción de factores intrínsecos y exteriores dentro de un cariz desafortunado. Poca suerte en la concepción del asunto, poca suerte en la elección de personajes, poca suerte en la escenización y en el diálogo, y como signos premonitorios de este aspecto general de la representación, varios acontecimientos luctuosos, como en un pequeño apocalipsis teatral. Una actriz que se enferma, otra que tiene que improvisar porque le dan de pronto el papel, otros que también improvisan, aunque tuvieron tiempo para estudiarlo, y alguno que después de estudiado lo olvida, suspensión de las secciones vermouth y primera de la noche y extraordinaria concurrencia en la sala para que nada pase inadvertido.

El señor Escobar, estimable autor y buen crítico, no se ha enterado todavía de que el cabaret es un tema tan agotado en el teatro como el cabello largo en los peinados femeninos y la elocuencia tribunicia en el régimen parlamentario. Sin embargo, hubiéramos transigido con una forma nueva, sintética y expresiva del cabaret o con su utilización circunstancial si ello hubiese sido factor indispensable y accesorio en el desarrollo de la pieza. Pero el cabaret del señor Escobar es lo mejor de su obra y es el peor de los cabarets que hemos visto en muchas obras. Así no es posible transigir. Y lo demás de la obra es ingenuo, trivial y sin gracia, desde la trama, dicho sea así, puesto que hay que decirlo de algún modo, hasta los chistes, a los que también bautizamos con un nombre harto benigno.

El público del Cómico, público de sainete, no es muy exigente, por cierto, y ríe de buena gana todo lo que entra en el orden de lo bufo, sin selección ni medida; con todo, pocas cosas de festejar encontró en el sainete, y por momentos daba la impresión de que podía aplicarse al auditorio la afirmación del título de la obra.

Arata y Ruggero pelearon bravamente por salvar la pieza. Corsini, en el tango "Calle Corrientes", cosechó aplausos y los demás componentes del conjunto salieron airosos de su cometido.

"EL ABOGADO BOLBEC Y SU MARIDO"

Una pulcra versión de la pieza de Verneuil y Berr, que estrenó la Sergine últimamente en el Cervantes, nos hizo conocer don Julio F. Escobar, por intermedio de la compañía del Ateneo.

La agradable comedia no ha perdido, al ser volcada al romance, de suerte que resaltar lo mismo que en el original, no sólo el interés que de suyo tiene el asunto, sino también los diálogos, muchos ingeniosos y siempre bonitos.

El proceso de la vida conyugal de esa famosa abogada que se ha olvidado de que es esposa y la suave pendientes por que cruza para reconquistar su posición en el matrimonio reaparecen en la versión española, conservando todo el interés de la obra francesa. Es de advertir, como principal acierto de los autores, la forma delicada en que está dibujado el personaje femenino, en cuyas actitudes, a pesar de sus desplantes de abogada, domina la mujer. Encarnado por Matilde De Rosas, esta inteligente actriz lo matizó cuidadosamente, realizando uno de sus mejores trabajos. También De Rosas, en el tipo del marido, estuvo muy acertado, y un desempeño a todas luces correcto fué el de la Lerena, Carlota Rossi y el actor Bellucci.

"MARIPOSAS DEL BATACLAN"

Un asunto de poca importancia para una obra buena, ha servido a Manuel Romero para escribir esta pieza, recientemente estrenada por la compañía Franco en la Comedia. El caso de la muchacha, esta vez bataclana, que, decepcionada por el abandono de su seductor, resuelve vincularse a un buen sujeto, en el caso un inglés que tolera su pasado, es un argumento ingenuo, que sólo con mucha habilidad puede resultar. No la hay en esta obrita, que en Eva Franco tuvo un intérprete eficaz, ansiosa de imponerla, disponiendo hasta del recurso de un tango para ello, lo cual demuestra qué novedades ofrece la obrita.

"QUE PENA ME DA EL FINAO" EN EL APOLO

Las peripecias de un muchacho calavera, que pretende con buen amor la mano de su prima, pero que no consigue, por el descrédito en que sus aventuras lo han colocado, constituye el asunto de esta producción de Carlos Ossorio y Antonio Botta, estrenada últimamente en el Apolo. La salvación del muchacho está en su gran parecido físico con un extranjero a quien se le ocurre la pintoresca idea de abandonar este mundo y cargar en la partida con todos los líos del enamorado galán. Y es merced a este sencillo procedimiento que se rehabilita el mozo calavera y puede derramar la ira de su tío, que a la vez ejerce el importante papel de padre de la amada. Todo termina alegremente, con reconciliación general y rosadas perspectivas.

No obstante la inocencia del argumento, los autores han compuesto una pieza que no carece de interés. Las escenas están preparadas con habilidad y se llega a enredos ingeniosos, que suscitan con eficacia la hilaridad del público. Hay también csistes de buena ley, que contribuyen a dar a la obra una jocosa y comunicativa comicidad.

De más está decir que el trabajo personal de César y Pepe Ratti contribuyó en gran modo al feliz éxito de este estreno. Chela Cordero y Mechita Caus, así como la Bouza y demás componentes del elenco contribuyeron a la buena acogida dispensada a "Qué pena me da el finao".

EL REALISMO INVADE EL NUEVO

El conocido realista José Casamayor y sus huestes habrán acampado a estas horas en el Nuevo, para dar una temporada de su especialidad teatral, reproduciendo los éxitos que alcanzaron hace poco en el Ateneo. El elenco se compone así:

Rosario Agueda, Margot Arellano, Rosa Castro, Lita Clay, Lucy Clory, Delfina Puentes, Margot Galli, Rosa Gertie, Harry Lier, Sarita López, Celia Martínez, María Esther Medieta, Aída Miotti,Laura Morales, Pepita Morales, Aída Quiroga, Dory Rasson, Olga Saldías, Concha Sánchez, Clady Vargas, Lucien Zuoni, Pancho Aranaz, José Casamayor, Rufino Córdoba, Mario Danesi, Carlos Dascuet, Victorio Gago, Manuel González, Antonio Medolla, Héctor Torres, José Antonio Vázquez, Mario Yonardi, Per. la Violach Sena, primera figura del cutrpo de baile, que dirigirá el maestro Manuel Arroyo; representante, Emilio Curi Alvarado.

"EL ESPANTO DE TOLEDO"

En el nuevo estreno ofrecido por la compañía Juárez-San Juan en el Mayo, la pieza de Pedro Muñoz Seca que nos sirve de epígrafe, se patentizan las características de muchas de las producciones del festivo autor, quien apela a toda suerte de recursos para obtener la hilaridad del público. En este caso, como en muchas obras de Muñoz Seca, lo que menos vale es el asunto; mejor dicho: el asunto es un pretexto para complicar situaciones con fines regocijantes.

Otro bravucón más aparece en "El espanto de Toledo", para engrosar la galería de valientes de teatro; pero, como era de esperarse, aquí el menos indicado echa por tierra su fama, por poseer un secreto que, de revelarse, produciría no pocos disgustos al matamoros.

Graciosa en muchas escenas, "El espanto de Toledo" fué acertadamente interpretado por Juárez, San Juan y los actores que en ella actúan, los cuales consiguieron un buen éxito de risa, determinando el aplauso del público.

"EL COTORRO DE CACHO TABARES"

El conocido autor Pablo Suero ha hecho conocer por la compañía del Buenos Aires su pieza "El cotorro de Cacho Tabares", tres cuadros donde se plantea un asunto asaz interesante y se resuelve en forma feliz. Presenta el autor bien delineado en sus perfiles psicológicos a Cacho Tabares, criollo más que maduro, calavera y gozador de la vida a todo trapo. Cuando ya poco espera de su existencia, he aquí que el amor, que esta vez llega en serio, hace caducar el "cotorro" para levantar, en cambio, un hogar, cosa que por cierto el personaje no se ha propuesto nunca.

Escrita con pulcritud y abundando en buenas observaciones, la obrita de Suero es una nota que levanta el nivel de la temporada de Muiño, quien interpretó con sumo acierto al protagonista, secundado por sus compañeros de escena, de los que se destacaron la Poli y la Cornaro, sin dejar de estar bien los demás.

El público aplaudió mucho el trabajo de Suero, haciendo justicia.

SE ESTRENARA EN EL NACIONAL

En la sala de la calle Corrientes, donde impera Carcavallo, se venía anunciando últimamente dos novedades: "El gaucho negro", de Martínez Paiva, y "El cabo Quijote", de Vacarezza. No sabemos el orden en que se producirán estos sucesos, pero es posible que salgan a la luz con la prelación indicada. Ya hablaremos de ello.

NO APTA PARA CARDIACOS

El espeluznante melodrama del Smart, "La horrible profanación", no ha causado hasta ahora ninguna víctima en la sala, pero hemos notado en muchas plateas la huella de las uñas y la presión de manos crispadas de muchos espectadores, sobrecogidos de espanto por las truculencias del espectáculo. No cabe duda de que se trata de un formidable éxito.

FASCISMO EN LA ESCENA

Salvo razones de última hora, a la fecha Parravicini ha debido variar su cartel, que no ha andado con mucha fortuna después de caer la pieza de Velloso "Una cura de reposo", representada cerca de cien veces.

"El gran fascista" era la obra que ensayaban en el Argentino cuando escribíamos estas líneas, debiendo haberse estrenado en estos últimos días. La comentaremos en otra edición.

CAVALLI EN EL MARCONI

El viejo bufo ha vuelto a reaparecer, integrnado el conjunto de Diego Piacentini, desde el escenario del aMrconi. Su presencia fué saludada con aplausos por el público, que no olvida a uno de los artistas que fueron más popuares entre nosotros. También sobresale en las funciones el tenor Capello con sus canciones genovesas, que canta con gusto.

GRAND SPLENDID

Prosigue ofreciéndose en este suntuoso salón lo más destacado de la producción cinematográfica. A "Mare nostrum" ha seguido la película "Su majestad el dinero", notable trabajo del arte silencioso, que ha merecido comentarios muy favorables por parte de la alta sociedad porteña que frecuenta las funciones de este cine. Otras grandiosas cintas serán exhibidas en esta semana.

CAPITOL

Bien poblado de público selecto, este bonito salón ofrece diariamente interesantes películas de buenas marcas, consiguiendo aumentar así su crédito.

Los programas anuncian bellos estrenos para la semana que se inicia.

CINE PARC

Este prestigioso cine de Palermo realiza sus funciones con un público constituído de familias distinguidas de la circunscripción, atraídas por la excelencia de los espectáculos, pues en esta sala sólo se pasan buenas películas.

ULTIMAS CREACIONES DE LA MODA FEMENINA



1.Creación Martial y Armand. Traje sastre, compuesto de una chaqueta de tafetán escocés con fondo azul marino, rayas verdes, rojas y amarillas. El cuello, las vueltas y la falda ejecutados con raso rojo frambuesa. — 2. Creación Paul Poiret. Vestido para deportes, componiéndose de una chaqueta recta, de moletón rojo, botonado plata. La falda y la corbata hechas con satén encerado azul. El camisero que acompaña dicho traje está hecho de crespón Georgette, tono marfil, bordado con largas flores del mismo tono; cintura de cuero colorado y metal plateado. — 3. "Trotteur" de kasha liso gris y kasha escocés gris y negro sobre fondo blanco.

Una copa de Hesperidina es una copa de Salud!



EMINENCIAS de la medicina, concuerdan en reconocer a la naranja virtudes excepcionales como estimulante y ayuda directa de la digestión, debido a la abundancia de vitaminas y sales naturales que se concentran en su corteza.

Hesperidina, famosa desde hace casi 70 años, se elabora a base de corteza de las mejores naranjas amargas especialmente elegidas, y reune en sí todas las cualidades benéficas y el exquisito sabor de esta rica fruta que los antiguos llamaban "manzana de oro." Por eso repetimos:

Una copa de Hesperidina, es una copa de Salud.







Hesperidina

BUEN APERITIVO - RICO LICOR

Tall. Gráf. A. GARCIA & Cía. Perú 1746.